

Jorge Carrión

Contra Amazon



Galaxia Gutenberg

CONTRA AMAZON

JORGE CARRIÓN

JORGE CARRIÓN

Contra Amazon

Galaxia Gutenberg



© Pedro Madueño/Galaxia Gutenberg

Jorge Carrión (Tarragona,1976) es escritor, doctor en Humanidades por la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona y director de su Máster en Creación Literaria. Ha vivido en Argentina y en los Estados Unidos y ha viajado por todo el mundo. Colabora regularmente en *The New York Times* en Español y en varios medios más de España y América Latina, como *Cultura/s* de *La Vanguardia*, *Altair Magazine* y *Otra parte semanal*. Ha publicado los ensayos *Viaje contra espacio. Juan Goytisolo y W.G. Sebald* (2009), *Teleshakespeare* (2011) y *Librerías* (finalista del Premio Anagrama de Ensayo, 2013), y también varios libros de viajes, como *La brújula* (2006), *GR-83* (2007), *Australia* (2008) y *Crónica de viaje* (2014). En Galaxia Gutenberg han aparecido sus novelas *Los muertos*, *Los huérfanos* y *Los turistas* (2014-2015) y su ensayo narrativo *Barcelona. Libro de los pasajes* (2017).

Las bibliotecas y las librerías -reales o de ficción, recorridas o leídas- son escenarios fundamentales de nuestra educación sentimental e intelectual. En este libro de crónicas que ensayan y de ensayos narrativos, Jorge Carrión

viaja a las innovadoras bibliotecas y librerías de Seúl; investiga en Nápoles y en Capri la historia de la mítica casa de Curzio Malaparte; entrevista a libreros y a escritores de Miami; conversa sobre libros y ciudades con Alberto Manguel, Iain Sinclair, Luigi Amara o Han Kang; interpreta las bibliotecas de Don Quijote y del Capitán Nemo, y rinde homenaje a algunas de las librerías y de las bibliotecas más fascinantes del mundo -y de su propia vida.

Mientras Amazon sigue conquistando espacios físicos y virtuales, el autor de *Librerías* -el libro de referencia internacional sobre el tema, traducido a las lenguas más importantes del mundo- y de «Contra Amazon. Siete razones / Un manifiesto» -que ha sido un auténtico fenómeno en el mundo cultural anglosajón- defiende la figura del librero y la librería de autor, al tiempo que nos invita a viajar y -sobre todo- a leer con espíritu crítico.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© Jorge Carrión, 2019

Según acuerdo con Literarische Agentur Mertin, Inh.
Nicole Witt e. K. Frankfurt am Main, Alemania

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Conversión a formato digital: Maria Garcia

ISBN: 978-84-17971-08-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

NOTA DEL AUTOR

«Contra Amazon. Siete razones/un manifiesto» fue publicado *online* por *Jot Down Magazine* en abril de 2017. La revista española también imprimió varios centenares de pósteres que fueron enviados a librerías de todo el país. Enmarcado, todavía puede leerse en la puerta de Rata Corner de Palma de Mallorca y en rincones de algunas otras librerías de trinchera y de futuro. En noviembre de ese mismo año, traducido por Peter Bush, apareció en inglés también simultáneamente en ambos formatos. Digital, en la web *Literary Hub*, y en papel, en forma de un precioso librito artesanal, cosido a mano, que la editorial canadiense Biblioasis regaló a unos trescientos libreros y periodistas durante el lanzamiento en América del Norte de *Bookshops*. Fue tal el interés que despertó el *chapbook*, que mi editor Dan Wells acabó regalando casi 3.000 ejemplares a profesionales de todo el mundo. El texto fue difundido también en portugués, gracias a la traducción del escritor brasileño Reginaldo Pujol que publicó *La Folha de São Paulo*. Cuando *Publishers Weekly* se hizo eco del fenómeno -inesperadamente internacional- en mayo de 2018, Dan y yo hablamos por teléfono y decidimos la existencia de este libro, para el que conté inmediatamente con el apoyo de Joan Tarrida, mi editor en español. Enseguida comencé a recopilar y a leer todos los artículos, ensayos, entrevistas y crónicas que había publicado sobre el mundo libresco en los últimos años. Seleccioné los más sólidos. En muchos de ellos aparecía, para mi sorpresa, la palabra «Amazon». Incluso Alberto Manguel me dijo, sin que yo le preguntara: «Yo no compro en Amazon», como si fuera indispensable el posicionamiento. ¿En qué bando estás?

Parece imposible escribir sobre el protagonismo del mundo del libro en el siglo XXI, sobre las librerías independientes y las bibliotecas más desafiantes o innovadoras, sobre las constelaciones de lectores que siguen creyendo en el

papel, sin pensar en Amazon como nuestro antagonista. Aunque Google Libros y otras grandes plataformas también hayan influido muchísimo en los nuevos modos de relacionarnos con los textos, la multinacional logística que dirige Jeff Bezos se ha convertido en la marca más icónica y más elocuente, la que ha alterado -y a menudo ha violentado- con más fuerza las relaciones tradicionales entre los lectores y los libros. Es un monstruo tentacular que no para de innovar ni de crecer. Algunos detalles de mi manifiesto tal vez hayan quedado obsoletos, pero su espíritu sigue vigente. Sobre todo después de que, a principios de 2019, la ciudad de Nueva York, gracias a la lucha de sus habitantes bajo el liderazgo de la congresista demócrata Alexandria Ocasio-Cortez, haya rechazado acoger una sede de la multinacional. Desde ese momento, si introduces «*against amazon*» en un buscador ya no aparece solamente mi manifiesto. En paralelo han ido proliferando los repartidores de Amazon, que recorren las ciudades con sus grandes mochilas a cuestas, como lo hacen los de otras compañías supuestamente disruptivas. En realidad han hecho propio -y neoliberal- el modelo precario de los cartoneros y los vagabundos de la chatarra.

Escribí *Librerías* en 2012, sin imaginar que quedaría finalista del premio Anagrama de Ensayo ni que sería publicado en tantos idiomas y leído en todo el mundo. Desde entonces he seguido visitando librerías y estudiando sus historias en los cinco continentes. Gracias a las traducciones, he podido regresar a algunas librerías importantes y, sobre todo, he ido añadiendo a mi colección otras, nuevas o no, la mayoría admirables. Sigo sin conocer, no obstante, la que tal vez sea la más importante de mi vida: la Biblioasis de Windsor, Ontario, con su toldo marrón, su exquisita selección bibliográfica y su equipo de librereros y editores, los primeros que se interesaron en publicar *Librerías* fuera de las fronteras de mi país. He paseado muchas veces por la calle Wyandotte: he mirado la cartelera del Olde Walkerville Theatre, he fantaseado con descubrir la comida de New Orleans en Nola's y me he detenido finalmente en la puerta de Biblioasis. Siempre está aparcado en la puerta el mismo coche gris en las fotografías de Google Street View.

También me he aficionado, durante estos últimos años, a visitar las bibliotecas más antiguas, más distintas o más impresionantes de las ciudades adonde viajo. Los libros se mueven en un cuadrado en cuyos vértices encontramos a las editoriales, las librerías, las bibliotecas personales y las

bibliotecas colectivas. Los lectores estamos en el centro centrífugo de esa circulación incesante. No hay más que acercarse a la biblioteca de tu barrio para constatar que no toda la información se encuentra en internet. En la Biblioteca Nacional de Argentina, en la State Library Victoria de Melbourne, en las Hyundai Card Libraries de Seúl, en la International Library of Children's Literature de Tokio o en la maravillosa librería Kids Republic de Pekín (extremadamente téxtil y táctil) recordé algo todavía más importante: las experiencias que te brindan esos espacios tampoco tienen una alternativa digital. Por esa razón las secciones infantiles de las librerías y de las bibliotecas tal vez sean las decisivas: forman a los lectores y usuarios del futuro. La novela, el cine, el cómic y la televisión no han cesado de imaginar espacios librescos -tanto en clave realista como en relatos fantásticos y de ciencia ficción- porque la convergencia del discurso y del objeto, de lo virtual y de lo físico, de la mente y del cuerpo es lo que nos hace humanos.

Pero gracias también a las traducciones de *Librerías* -o por su culpa- he descubierto sombras en algunas de las más famosas del mundo. En la turística y bellísima Lello de Oporto no venden la edición portuguesa, *Livrarias*, porque al parecer los datos que cito sobre ella -que yo obtuve de su página web- no son correctos y, sobre todo, porque mi editorial se negó a ilustrar con una imagen de la librería la portada del libro. Y en Shakespeare and Company no venden ni la edición francesa ni la inglesa porque cuento la auténtica historia de George Whitman y cito como fuente otros títulos que tampoco se venden en la librería. La censura está en todas partes. Amazon y las grandes plataformas digitales no son nuestros únicos antagonistas. Tenemos que seguir leyendo y viajando. Y permanecer atentos.

JORGE CARRIÓN
Barcelona, junio de 2019

[Detalle a continuación la procedencia del resto de crónicas que ensayan y ensayos narrativos (que tal vez fueran publicados con otros títulos) y agradezco la confianza a Eliezer Budasoff, Elías López, Albinson Linares, Pere Ortin, Mario Trigo, Eugenia de la Torriente, Daniel Gascón, Mar de Marchis, Toño Angulo, Iker Seisdedos, Ángel Fernández, Toni Soler, Cristina

Vila, Marcelo Cohen y Graciela Speranza, que fueron sus primeros editores: «Las mejores librerías del mundo no son las que tú crees» (*The New York Times en Español*, 15 de julio de 2018); «Viaje al final de la luz. Caminando por Londres con Iain Sinclair» (*Altair Magazine*, diciembre de 2016, premio Mañé y Flaquer de periodismo de viajes 2017); «Las bibliotecas más importantes del mundo» (*The New York Times en Español*, 27 de enero de 2019); «Borges antes y después de Borges» (Letras Libres, enero de 2016); «Desarticulo mi biblioteca» (*El Estado Mental*, marzo de 2014); «Las librerías mitológicas de David B.» (con el título «Los misterios de París», en *Revista de Libros*, septiembre de 2016); «Del Little Havana a Miamizuela» (*The New York Times en Español*, 16 de septiembre de 2018); «Mi Buenos Aires libresco. Una entrevista a Alberto Manguel en la Biblioteca Nacional de Argentina» (*Jot Down Magazine*, junio de 2018); «Ese interrogante que llamamos librería» (*El País Semanal*, 8 de diciembre de 2013); «Bibliotecas de ficción» (*El món d'ahir*, diciembre de 2018); «Los perros de Capri» (*The New York Times en Español*, agosto-septiembre de 2017); «En defensa de las librerías» (*El País*, 3 de enero de 2016); «Librerías de viejo versus librerías de nuevo. Una conversación con Luigi Amara», *Otra parte*, 2016); «Contra la bibliofilia» (*Jot Down Magazine*, junio de 2018); «¿Dónde acaba el papel y empieza la pantalla? Viaje a Seúl entre signos de interrogación» (*Altair Magazine*, marzo de 2019; con un fragmento de «Las bibliotecas experimentales de Seúl», CCCB Lab, 4 de diciembre de 2018), y «Las librerías se reinventan en Tokio» (*The New York Times en Español*, 30 de junio de 2019).]

CONTRA AMAZON

SIETE RAZONES/UN MANIFIESTO

I. PORQUE NO QUIERO SER CÓMPLICE DE UNA EXPROPIACIÓN SIMBÓLICA

Durante 55 años ese edificio, uno de los pocos ejemplos de arquitectura industrial moderna de Barcelona, fue la sede de la editorial Gustavo Gili. Ahora, tras una remodelación que ha costado varios millones de euros, se ha convertido en la central de operaciones de Amazon en esta ciudad. Gracias a toda esa tecnología de la eficiencia y la inmediatez que ahora alberga, Barcelona es ya una de las 45 ciudades del mundo en que la empresa asegura la entrega del producto en una hora. La librería Canuda, que cerró en 2013 tras más de ochenta años de existencia, es ahora un Mango de proporciones faraónicas. La centenaria librería Catalònia es ahora un McDonald's con decoración modernista y kitsch. La expropiación es literal, física, pero también simbólica.

Si escribes en Google «Amazon librería» te aparecen decenas de *links* a páginas de Amazon donde se venden estanterías. No me cansaré de repetirlo: Amazon no es una librería, sino un hipermercado. En sus almacenes los libros están colocados al lado de las tostadoras, los juguetes o los monopatines. En sus nuevas librerías físicas los libros están colocados de frente, porque sólo exhiben los 5.000 más vendidos y valorados por sus clientes, muy lejos de la cantidad y del riesgo que caracterizan a las auténticas librerías. Ahora se

plantea repetir la misma operación con pequeños supermercados. Para Amazon no hay diferencia entre la institución cultural y el establecimiento alimenticio y comercial.

La historia de Bezos es la de una larga expropiación simbólica. Escogió la venta de libros y no de aparatos electrónicos porque vio un nicho de mercado: no todos los títulos disponibles cabían en las librerías y él sí podía ofrecerlos todos. En los años noventa había pocos competidores de gran tamaño (sobre todo Barnes & Noble y Borders) y los distribuidores ya tenían el catálogo adaptado a la época digital, con los códigos ISBN incorporados. Por eso hizo un curso de la Asociación de Libreros Americanos y se apropió en un tiempo récord del prestigio que los libros habían ido acumulando durante siglos.

Todavía hoy, cuando Amazon produce series de televisión, ofrece música *online*, acaba de incorporar a su oferta piezas de coches y de motocicletas y se plantea ser operador de telefonía móvil, todo el mundo vincula esa marca con el objeto y el símbolo que llamamos *libro*. El Kindle, desde su lanzamiento en 2007, ha imitado la forma de las páginas y el tono de la tinta. Por suerte, el tacto vegetal y el olor a lignina no son de momento reproducibles en la pantalla. Para bien o para mal, todavía no somos capaces de recordar con la misma precisión lo que leímos en papel y lo que leímos en *e-book*. Las transiciones arquitectónicas son rápidas; no tanto, por suerte, las mentales.

II. PORQUE TODOS SOMOS CÍBORGS, PERO NO ROBOTS

Todos llevamos implantes.

Todos dependemos de esa prótesis: nuestro teléfono móvil.

Todos somos cíborgs: bastante hombres, un poco máquinas.

Pero no queremos ser robots.

El trabajo que deben realizar los empleados de Amazon es robótico. Lo ha sido desde el principio: en 1994, cuando eran cinco personas trabajando en el garaje de la casa de Jeff Bezos en Seattle, ya estaban obsesionados con la rapidez. Lo ha sido durante veinte años, llenos de historias de estrés laboral y

de acoso y de trato inhumano para lograr la maldita eficiencia extrema que sólo es posible si eres una máquina.

Ahora los *amazonians* son auxiliados por robots Kiva, capaces de levantar 340 kilos de peso y de moverse a metro y medio por segundo. Sincronizados con los trabajadores humanos a través de un algoritmo, se ocupan de elevar los estantes para facilitar la recogida de los productos. Una vez se han reunido los productos que el cliente ha comprado, otra máquina, llamada Slam, con su gran cinta transportadora, se encarga de escanearlos y empaquetarlos.

Kiva y Slam son los productos de años de investigación. Amazon ha convocado competiciones de robots, en el marco de la International Conference on Robotics and Automation de Seattle, para perfeccionar su procesamiento de los pedidos. En una de las ediciones las máquinas diseñadas por el MIT o la Universidad Técnica de Berlín tenían que recoger en el menor tiempo posible un patito de goma, una bolsa de galletas Oreo, un perrito de juguete y un libro. Para Amazon no hay diferencia sustancial entre esas cuatro cosas. Son mercaderías de rango equivalente.

Pero no para nosotros.

Amazon ha eliminado progresivamente el factor humano. Durante los primeros años contó con redactores que escribían reseñas de los libros en venta; ahora ni siquiera hay mediación en el procedimiento de maquetar y subir a la red un libro autoeditado. Ha robotizado la cadena de distribución y pretende que los consumidores actuemos del mismo modo.

Pero no.

Porque para nosotros un libro es un libro es un libro.

Y su lectura -atención y regalo- es un rito, el eco del eco del eco de lo que fue sagrado.

III. PORQUE RECHAZO LA HIPOCRESÍA

Una gran vergüenza de Barcelona, ciudad de muchas y muy buenas librerías, ha sido la existencia durante veinticuatro años de la librería Europa, regentada

por el neonazi Pedro Varela y un centro relevante de difusión de ideología antisemita. Por suerte, cerró el pasado mes de septiembre. En Amazon hay a la venta multitud de ediciones de *Mein Kampf*, muchas de ellas con prólogos y notas la mar de cuestionables. De hecho en 2013 el Congreso Mundial Judío alertó a la empresa de las decenas de libros negacionistas de que disponen sin cortapisas. Es decir, la librería Europa es cerrada por, entre otros delitos, incitar al odio, pero Amazon no. Pese a que en muchos países donde actúa sea delito negar el holocausto.

Amazon defiende que no cree en la censura. Por eso mantuvo en venta, pese al clamor en contra, *The Pedophile's Guide to Love and Pleasure: a Child-lover's Code of Conduct*, de Phillip R. Graves, aunque finalmente tuvo que retirarlo. Antes ocurrió algo similar con *Understanding Loved Boys and Boylovers*, de David L. Riegel. Abogó por la posibilidad de que sus clientes accedan a esos libros que defienden el amor sensual a los niños, como lo hacen los que promueven las ideas nazis, porque supuestamente no desea censurar. Sin embargo, lo cierto es que censura o privilegia los libros según le interesa. Durante su controversia con el grupo editorial Hachette de hace un par de años, la escritora Ursula K. Le Guin denunció que sus libros fueron más difíciles de encontrar en Amazon mientras duró la disputa.

Aparentemente lo único que importa es la rapidez y eficacia del servicio. Parece que no hay mediación. Que todo es automático, casi instantáneo. Pero detrás de todas esas operaciones individuales existe una gran estructura económica y política. Una estructura que presiona a las editoriales para obtener el máximo beneficio del producto, como hace con los fabricantes de monopatines o con los productores de pizzas congeladas. Una macroestructura que decide la visibilidad, el acceso, la influencia: que está moldeando nuestro futuro.

IV. PORQUE NO QUIERO SER CÓMPLICE DEL NEOIMPERIO

En Amazon no hay librereros. La prescripción humana fue eliminada por

ineficaz. Por torpedear la rapidez, el único valor de la empresa. La prescripción está en manos de un algoritmo. El algoritmo es el colmo de la fluidez. La máquina convierte al cliente en prescriptor. *Los clientes que compraron este producto también compraron.* La autoedición deja el proceso en manos del productor. Amazon elimina a los intermediarios o los hace invisibles (equivalentes a robots). Parece una máquina de ordenar. Aspira a ser tan fluida que parezca invisible. Eliminando los gastos de envío, regateando con sus grandes clientes para conseguir el menor precio posible para el cliente individual, Amazon parece barato. Muy barato. Pero ya sabemos que lo barato sale caro. Muy caro. Porque la invisibilidad es un camuflaje: todo es tan rápido, tan transparente, tan fluido, que parece que no hay intermediación. Pero sí la hay. La pagas en dinero y en datos.

Demanda, objetos, precios, envío: los procesos individuales se deshacen en la lógica inmaterial de la fluidez. Para Jeff Bezos -como para Google o Facebook- el píxel y el *link* pueden tener un correlato material: el mundo de las cosas puede funcionar del mismo modo como lo hace el mundo de los bytes. Las tres empresas comparten la voluntad imperialista de conquistar el planeta, defendiendo el acceso ilimitado a la información, a la comunicación y a los bienes de consumo, al mismo tiempo que hacen firmar a sus empleados contratos de confidencialidad, pergeñan complejas estrategias para no pagar impuestos en los países donde se radican y construyen un estado paralelo, transversal, global, con sus propias reglas y leyes, con su propia burocracia y jerarquía, con sus propios policías. Y con sus propios servicios de inteligencia y con sus propios laboratorios ultrasecretos. Google [x], el centro de investigación y desarrollo de proyectos futuros de la empresa, se encuentra en un lugar indeterminado, más o menos cercano a los cuarteles centrales de la compañía. Su plan estrella es el desarrollo de unos globos estratosféricos que aseguren en diez años el acceso a internet de la mitad de la población mundial que actualmente está desconectada. El proyecto paralelo de Amazon es Amazon Prime Air, su red de reparto con drones, que actualmente son híbridos de avión y helicóptero, con un peso de veinticinco kilos. Desde el pasado mes de agosto ha cambiado la regulación de la Federal Aviation Administration de Estados Unidos, facilitando el vuelo de drones con motivos comerciales y haciendo que sea muy sencillo acceder al certificado de piloto de drones. Viva el *lobbying*. Que el cielo se llene de repartidores robóticos de galletas Oreo,

perritos de peluche, monopatines, tostadoras, patitos de goma y... libros.

A diferencia de Facebook y de Google, que tienen que lidiar con la posibilidad de que tu nombre y tus datos sean falsos, que hacen todo lo posible para conseguir tu número de teléfono porque no te lo pidieron cuando abriste la cuenta, Amazon posee desde el principio todos tus datos reales, físicos, legales. Hasta tu número de tarjeta de crédito. Tal vez no accedan con tanta facilidad a tu perfil sentimental, emocional e intelectual como lo hacen Google o Facebook, pero en cambio saben casi todo lo que lees, lo que comes, lo que regalas. Es fácil deducir el perfil de tu corazón y de tu cerebro a partir de tus cosas. Y el imperio nació de las cosas que más prestigio cultural atesoran: los libros. Amazon se apropió del prestigio del libro. Construyó el mayor hipermercado del mundo con una gran cortina de humo en forma de biblioteca.

V. PORQUE NO QUIERO QUE ME ESPÍEN MIENTRAS LEO

Todo empezó con un dato.

En 1994 Bezos leyó que la *world wide web* crecía a un ritmo mensual de nuevos usuarios del 2.300%, dejó su trabajo en Wall Street, se mudó a Seattle y decidió empezar a vender libros por internet.

Desde entonces los datos se han ido multiplicando, se han ido agrupando orgánicamente en forma de monstruo con tentáculos o de nube tormentosa o de segunda piel: nos hemos ido convirtiendo en datos. Los dejamos en las miles de operaciones cotidianas que dibujan nuestras huellas dactilares por internet. Los emiten los sensores de nuestro móvil. Estamos escribiendo constantemente nuestra autobiografía con nuestros teclados, con nuestras acciones, con nuestros pasos.

El pasado Día del Libro, Amazon reveló cuáles fueron las frases más subrayadas durante estos cinco años de plataforma Kindle. Si lees en su dispositivo, lo saben todo sobre tus lecturas. En qué páginas las abandonas. Cuáles concluyes. A qué ritmo lees. Qué subrayas. La gran ventaja del libro en papel no es su portabilidad, su duración, su autonomía ni su relación íntima

con nuestros procesos de memoria y aprendizaje, sino su desconexión permanente.

Cuando lees un libro en papel la energía y los datos que emites a través de tus ojos y tus dedos son sólo tuyos. El Gran Hermano no puede espiarte. Nadie puede quitarte esa experiencia ni analizarla ni interpretarla: es sólo tuya.

Por eso Amazon ha lanzado la campaña mundial «Kindle Reading Fund»: supuestamente para incentivar la lectura en los países pobres, en realidad para acostumbrar a una nueva generación de consumidores a leer en pantalla, para poder estudiarlos, para tener datificados los cinco continentes. Por eso el Grupo Planeta -corporación multimedia que aglutina a más de cien empresas y que es el sexto grupo de comunicación del mundo- está invirtiendo en escuelas de negocios, academias e instituciones universitarias: porque quiere mantener niveles altos de alfabetización que aseguren las ventas en el futuro de las novelas que hayan ganado el premio Planeta. A ver quién gana.

Y sobre todo: a ver si ganamos todos.

VI. PORQUE DEFIENDO LA LENTITUD ACELERADA, LA RELATIVA PROXIMIDAD

Ha llegado nuestro momento.

Amazon se apropió de nuestros libros. Nosotros nos apropiaremos de la lógica Amazon.

Primero, convenciendo al resto de lectores de la necesidad del tiempo dilatado. El deseo no puede ser inmediatamente colmado, porque entonces deja de ser deseo, se vuelve nada. El deseo debe durar. Hay que ir a la librería; buscar el libro; encontrarlo; hojearlo; decidir si el deseo tenía razón de ser; tal vez abandonar ese libro y desear el deseo de otro; hasta encontrarlo; o no; no estaba; lo encargo; llegará en veinticuatro horas; o en 72; podré echarle un vistazo; lo compraré finalmente; tal vez lo lea, tal vez no; tal vez deje que el deseo se congele durante días, semanas, meses o años; ahí estará, en el lugar que le corresponde en la estantería correspondiente, y siempre recordaré en qué librería lo compré y cuándo.

Porque la librería te regala el recuerdo de la compra. Comprar en Amazon, en cambio, iguala una experiencia a la anterior y a la siguiente. Difumina el contorno de cada lectura, las vuelve borrosas.

Una vez hayamos conquistado nuestro tiempo y nuestro deseo, tal vez llegue el momento de dar un paso más y poner en las estanterías de todo. No temamos la mezcla -que es lo que nos hace humanos. Que en las librerías haya café y vino. Que las botellas de vino argentino estén junto a las obras completas de Borges, los CD de Gotan Project, *El Eternauta*, la filmografía de Lucrecia Martel, los libros de Eterna Cadencia, un vinilo de Mercedes Sosa, *El hambre* de Martín Caparrós y tres biografías de Carlos Gardel (aunque no fuera argentino).

O, mejor aún, olvidemos las categorías nacionales como olvidamos los géneros aristotélicos. No existen ya las unidades de tiempo ni las de espacio. En el siglo XXI no tienen sentido las fronteras. Ordenemos los anaqueles temáticamente, mezclemos en ellos los libros con los cómics, los DVD con los CD, los juegos con los mapas. Apropiémonos de la mezcla de los almacenes de Amazon, pero creando sentidos. Itinerarios de lectura y de viaje. Porque, aunque dependamos de las pantallas, no somos robots. Y necesitamos las librerías de cada día para que sigan generando las cartografías de todas esas lejanías que nos permiten ubicarnos en el mundo.

VII. PORQUE NO SOY INGENUO

No: no lo soy.

No soy ingenuo. Veo series de Amazon. Compró libros que no se pueden conseguir de otro modo en IberLibro.com, que pertenece a AbeBooks.com, que en 2008 fue comprada por Amazon. Busco constantemente información en Google. Y le regalo constantemente mis datos, más o menos maquillados, también a Facebook.

Sé que son los tres tenores de la globalización.

Sé que su música es la del mundo.

Pero creo en la resistencia mínima y necesaria. En la preservación de

ciertos rituales. En la conversación, que es arte del tiempo; en el deseo, que es tiempo hecho arte. En silbar, mientras paseo entre mi casa y una librería, melodías que sólo yo escucho, que no pertenecen a nadie más.

Los libros que no están descatalogados siempre los compro en librerías físicas, independientes, de confianza.

Eso hice, por ejemplo, el otro día. Fui a Nollegiu, la librería de mi barrio, y me compré *Acerca de la ciudad*, del arquitecto y pensador Rem Koolhaas. Y mientras me tomaba un café, allí mismo leí: «A veces una ciudad antigua y singular, como Barcelona, al simplificar excesivamente su identidad, se torna Genérica». Transparente, añade. Intercambiable: «como un logotipo».

El libro, por cierto, fue editado por Gustavo Gili en esta misma ciudad, cuando su sede era otra de la que es ahora.

LAS MEJORES LIBRERÍAS DEL MUNDO NO SON LAS QUE TÚ CREES

Mark Rubbo, director de las siete sucursales de la librería Readings de Melbourne, me cuenta que venden bolsas de tela con la imagen de la fachada de la librería madre desde hace veinte años, pero que fue hace un par cuando apostaron por el eslogan «*Shop local. Love your community*», porque «fue entonces cuando llegó Amazon a Australia».

A nadie se le ocurriría pasearse por su ciudad con una camiseta de Amazon, en cambio las bolsas de Readings son muy visibles en el centro de esta ciudad cosmopolita. En los últimos años las librerías se han vuelto parte de la identidad de los lectores más conscientes del nuevo paradigma. Las librerías son ahora vestibles, fotografiables, *sexis*.

Su crisis global ha coincidido con la explosión de los medios digitales, que han viralizado las listas, y de Pinterest e Instagram (ambos lanzados en 2010), que han popularizado el «*bookporn*». Aunque la red esté llena de listados de las librerías más bellas, más famosas o incluso más importantes del mundo, lo cierto es que se ha impuesto un canon carente de rigor, a través de una dinámica de listas que se copian entre ellas, sin más criterio que el de la acumulación de citas previas y el de la fotogenia.

Desde 2016 disponemos de un criterio serio, sin embargo, para decidir cuáles podrían ser las librerías más relevantes del planeta. Se trata de los premios a la excelencia Bookstore of the Year Award de la Feria del Libro de Londres.

«Yo no estaba en Londres, pero sí que fueron a la ceremonia en que se hizo público el veredicto un par de colegas de la librería», me cuenta Rubbo. Lo llamaron de madrugada: «Fue el momento más emocionante de toda mi carrera

profesional». Readings había sido elegida la mejor librería del mundo.

No se habían postulado con fotos ni con números de seguidores en redes sociales, sino con datos de sus 35 años de actividad, apoyando a escritores locales (con constantes presentaciones de libros y un programa de becas con el vecino The Wheeler Centre) y trabajando por la ciudad (su última aportación es Reading Kids, una preciosa librería infantil ilustrada por Marc Martin como si fuera una jungla donde perderse).

En 2017 fue la parisina Shakespeare and Company la premiada en Londres. Y este año el galardón ha recaído en The English Bookshop, de la mítica y sueca Upsala. Si sumamos a esas tres las siete finalistas, podríamos configurar una lista posible de las mejores diez librerías del mundo: Hoepli (Italia), Rahva Raamat (Estonia), Sanlian Bookhouse (China), Exclusive Books (Sudáfrica), Time Out Bookstore (Nueva Zelanda), Carturesti (Rumanía) y Timbooktoo (Gambia). Al menos dos hechos cuestionan esa lista. Por un lado, que las tres ganadoras vendan libros en inglés. Por el otro, que entre las diez no haya ninguna del ámbito hispánico. Pero, sin duda, es la selección más fiable que tenemos en estos momentos.

«El reconocimiento tuvo una gran repercusión mediática», dice Rubbo. Pero, aunque de vez en cuando llegue algún turista de alguna otra ciudad australiana o incluso de Europa atraído por el premio, «lo que más nos importa es que, a partir de entonces, la librería fue todavía más valorada por nuestros propios clientes».

Las fotos de Readings tal vez no sean internacionalmente virales en las revistas *online*, en Pinterest o en Instagram. Pero sí son mentalmente virales las imágenes de sus libros, presentaciones o librereros y librerías, que conservan los lectores de Melbourne. Y eso es lo que realmente importa.

VIAJE AL FINAL DE LA LUZ

CAMINANDO POR LONDRES CON IAIN SINCLAIR

«Nuestros paseos repetidos, nuestros circuitos e intentos de orientarnos -de llegar al corazón del laberinto- resultaron frustrantes. No había centro.»

IAIN SINCLAIR,
La ciudad de las desapariciones

I. CASA

Iain Sinclair acaba de descubrir que tenía una foto original de William Burroughs. Nos encontramos en la cocina de su casa de Albion Road, en pleno corazón de Hackney, el barrio que conoce como las palmas de sus manos y como las plantas de sus pies, el observatorio periférico desde donde ha cartografiado e interpretado tanto el Londres ritual y mágico de los poetas visionarios y los años de las plagas, como el mestizo y acelerado de las autopistas y las líneas de metro y los *take-away*. Sentado tras la mesa de madera blanca, parece un jubilado inglés con su jardín y su ardilla parda al fondo (justo ahora salta y trepa y se esfuma). Pero cada vez que se levanta para ir a buscar un libro, su cuerpo alto y fibroso muestra la vitalidad de quien camina en serio, todos los días del año, aunque llueva, truene, nieve o haya amenaza de atentado terrorista, en esta ciudad postolímpica cuyas miles de

grúas apuntan hacia el cielo como si reclamaran, nerviosas y ballardianas, la caída de un avión. Acaba de regresar por enésima vez con un libro en las manos. Lo abre. Ahí: el hallazgo.

«La foto estaba en este libro», me lo muestra, «me lo dedicó Bryan Gysin, con quien compartimos editor, y la he encontrado porque este año ha sido su centenario y me pidieron un *cut-up* a partir del *Times* del día de su nacimiento y el del 19 de enero de este año.» Al ver la foto Sinclair se acordó de que él vendió una maleta llena de fotos originales de Burroughs, en sus tiempos de librero. Una quedó atrapada en ese libro y acaba ahora de reaparecer. En ella están Burroughs y Gysin (el escritor, pintor y músico del extrarradio londinense que contribuyó a convertir Tánger en una ciudad extrema además de orientalista; el inventor de la Máquina de los Sueños, el investigador en la poesía informática, el dueño de un restaurante que fue sobre todo espacio psicodélico y relacional). La composición de la imagen recuerda a *Las Meninas*: en blanco y negro, un juego de ventanas y espejos hace que el fotógrafo y el fotografiado se repitan. Quién sabe si la fotografía -a través de la ambigüedad que hay en todo desdoblamiento- no hablará en realidad de la paternidad del *cut-up*, esa técnica literaria que probablemente ideara Gysin (al recordar ciertos procedimientos vanguardistas sin ser consciente de que los estaba recordando), y que Burroughs formalizó en algunas de las novelas más emblemáticas y salvajes del siglo XX.

«Empecé vendiendo unos libros que tenía, en el suelo, en Candem, y al poco tiempo impulsé un mercado, dos días por semana; la sede, digamos, la tenía aquí, en casa», me cuenta. «Vendía a bibliófilos de todo el mundo. La maleta de Burroughs, que contenía un gran collage, con un montón de imágenes encadenadas, se la vendí a un americano.» Esta casa la compró por cuatro duros hace cuarenta años. Ahora cuesta unos dos millones de libras. «Posiblemente fuera la primera en construirse en la calle», me cuenta, «en el transcurso de unas obras hallamos unos restos extraños, al parecer aquí había un taller de manufactura de ladrillos.» Fue la sede de su librería y de su editorial: aún guarda en un cuarto, atiborrado de trastos y de cajas, los restos de aquella época. Los veo cuando salimos de la casa. Es un archivo a la espera de ser revelado. Una psicogeografía que fue red de paseos y algún día se convertirá en un mapa, no sólo de Londres, también de varias ramificaciones de la contracultura internacional.

II. PASEO

En la puerta de su casa me dice que para él cada caminata es una historia y que no sabe caminar sin desvíos. De modo que enseguida abandonamos Albion Road y nos deslizamos por calles laterales, sin glamur, en cuyas viviendas sociales hay tendidas alfombras y pañuelos con estampados de dioses indios, cuerpos de elefante en posición de loto, cenefas desteñidas. No para de leer las paredes, los topónimos, la publicidad. «Expulsaron a los habitantes legítimos de esta zona, derribaron sus casas proletarias, construyeron esos bloques de edificios que ignoran su origen homicida, sin raíces en el territorio», dice. Y hace que me fije en los carteles de las promociones en venta: fotos de la estación de tren cercana, de los jardines interiores de acceso privado, de todo aquello que los separa radicalmente del barrio, del territorio. «Son comercialmente atractivas porque están bien aisladas y bien conectadas, porque te permiten salir rápidamente de aquí.»

No sabe caminar sin leer, tanto la superficie como su reverso. Una vez caminó con un zahorí por Hackney para buscar el curso del río perdido, de las aguas que describió William Blake en *Jerusalén*. Las encontró. La rama tembló. La energía sigue fluyendo, bajo el peso de su destierro. Uno puede sentirla: emana de los pies de Iain Sinclair, sube por sus piernas, se te contagia como risa histérica, como si un único individuo pudiera poner en jaque con sus movimientos laterales el discurso oficial de toda una ciudad megalómana.

En la película *Smoke* un personaje realiza cada día la misma foto a la misma hora en la misma esquina de Brooklyn, registrando así la vida, el tiempo, la muerte de sus vecinos y de los transeúntes cotidianos. Sinclair sale a pasear todas las mañanas por el barrio, por London Fields, repitiendo milimétricamente la misma ruta, antes de ponerse a trabajar: «Me permite mantenerme en forma, que ya he pasado de los setenta, entrar en el tiempo que haga ese día y fijarme en los pequeños cambios de esa parte de la ciudad». Durante años se encontró al mismo hombre con el mismo perro en el mismo banco del mismo parque. Un día, no estaba. Ni el siguiente. Poco después, alguien colocó una placa que lo sigue recordando. La caminata de las tardes, en cambio, es siempre distinta. A veces termina lejos y vuelve en tren. Otras, se pierde: «Es imposible conocer realmente Londres, yo conozco bastante bien

algunas de sus partes, pero el conjunto es... imposible».

El canal es precioso a la luz que atardece: las nubes, tan densas, tan pesadas, se reflejan en las aguas con la consistencia del chapoteo. Hay un par de barcos amarrados. Lo bordeamos algunos metros, pero tras atravesarlo por New Road, seguimos por una calle lateral: «Durante décadas caminé por la orilla de los canales, pero ahora es imposible, porque tienes que pelearte con los ciclistas y los patinadores». Como la mayoría de las ciudades del mundo, Londres ha idealizado las ruedas sin motor, con carriles para bicicletas y campañas de promoción de transportes no contaminantes, olvidando al peatón. Empeñado en caminar, Sinclair ha desafiado todas las lógicas del transporte en vehículo: en *Lights Out for the Territory* inventó nueve rutas a pie por la capital para buscar en ella sus patrones ocultos; en *London Orbital* caminó por sus orillas la M25, carretera urbana hacia la nada, vía en *loop* enloquecido, para rastrear los restos de los pueblos desaparecidos y de las vidas interrumpidas por ese *scalextric* de velocidad y asfalto, y en *London Overground* caminó 56 kilómetros en un día entre las distintas paradas de la línea naranja de tren urbano.

«Hice tres viajes para preparar la caminata de *London Overground*, que sí dura una única jornada, y en la que me acompañó el cineasta John Rogers», me cuenta mientras bajamos las escaleras de la Old Street Station, «pero después hicimos el viaje a la inversa, porque tuvo un accidente, un accidente brutal, en moto, y quería exorcizar ese dolor con una caminata nocturna.» Y caminar de noche volvió a parecerle un fenómeno totalmente distinto a hacerlo de día: «De día te paras en un café, entras en una librería, compras un libro, te sientas en un banco, hay gente siempre más o menos cerca; de noche, en cambio, todo está tranquilo, a veces muerto, es como navegar por lo que la ciudad sueña».

En los pasajes subterráneos de la estación, después de una floristería y de un local de crepes, está Camden Lock Books, cuyo dueño era uno de los librerías del Candem Passage de los viejos y buenos tiempos. Mientras Sinclair compra la reciente edición en inglés de *La Universidad Desconocida* de Roberto Bolaño, yo hojeo una breve monografía que hizo sobre *Crash*, la película de David Cronenberg basada en una obra de J. G. Ballard. Para Sinclair, Ballard y Michael Moorcock son los grandes narradores de la metrópolis contemporánea. Mientras que Martin Amis y sus adláteres narraban Londres desde el realismo literario con elementos modernistas, los

contraculturales como Ballard, Moorcock, Alan Moore o el propio Sinclair lo hacían desde la mezcla loca de todo tipo de estilos y lenguajes. Los proyectos de Sinclair casi siempre hacen dialogar la literatura psicogeográfica de extirpe visionaria con el cine documental. Ballard recurre por igual a la ciencia ficción y a la ciencia forense. Moorcock es sobre todo conocido por sus sagas de magia y espadas demonio, pero Londres es una presencia constante en su narrativa, como demuestra *Mother London* (donde la ciudad es contada por pacientes mentales) o la serie de Cornelius (que pese a ubicarse en un multiverso, visita recurrentemente barrios como NottingHill Gate o Ladbroke Grove). Moore revolucionó el cómic de superhéroes, creó por entregas algunas de las primeras *novelas gráficas* y llevó hasta sus últimas consecuencias narrativas uno de los ensayos seminales de Sinclair, «Nicholas Hawksmoor, sus iglesias», explorando la ciudad ritual en los tiempos de Jack el Destripador (en esa obra maestra, dibujada por Eddie Campbell, que es *From Hell*). Todos ellos han coincidido en exposiciones e instalaciones donde la literatura, el cine, el videoarte, el cómic o la performance convivían sin fronteras.

Salimos de la librería cargados de libros. Por City Road alcanzamos nuestro destino: Bunhill Fields. Me cuenta Sinclair que el cementerio dejó recientemente de ser un lugar secreto, al abrirse a este barrio cada vez más aburguesado. Las madres pasan con sus hijos, y los ejecutivos con sus móviles, y las chicas con sus perros, y los adolescentes con sus monopatines. Pero no hay turistas. No está en los circuitos. Como si el turismo castigara a Daniel Defoe y a William Blake como lo hicieron sus contemporáneos, por no pertenecer a la religión oficial, exiliados: «Nadie repara en el monolito de Defoe, pero en cambio siempre hay peregrinos que dejan su ofrenda frente a la lápida de Blake, que no es su tumba, porque ahora sabemos que fue enterrado allí, bajo aquellos árboles, junto a otras once personas».

La luz magnética de la tarde se filtra entre la maraña arbórea. Un hombre duerme en un banco y cinco muchachos bromean con los monopatines apoyados en el muro y en el suelo. Más allá asoma el campanario de una de las iglesias de Hawksmoor. Muy cerca de estas tumbas tenía Shakespeare un teatro. Estamos fuera de las murallas antiguas, en la zona de los burdeles, de los hospitales, de la diversión, de los muertos incómodos. Siete palomas gordas descansan sobre la tumba de John Bunyan, el predicador peregrino.

Hay una medalla en el lateral. Lo muestra apoyándose en un bastón, avanzando a duras penas, literalmente aplastado por el peso de su mochila.

«Me identifico con esa imagen», me dice Sinclair con la bolsa de papel de Candem Lock Books, «siempre caminando con la carga de los libros.» De la literatura. «¿Este es el centro mágico de la ciudad?», le pregunto. «Ya no, dejó de serlo, ahora es demasiado evidente, demasiado visible.» «¿Y cuál sería el nuevo centro?», insisto. «Lo estoy buscando... Tal vez lo cuente en un libro futuro.»

III. TAXI

«En mi próximo libro me despediré de Londres: se titulará *London Final*», me confiesa Iain Sinclair mi última noche en la metrópolis caníbal, mientras el taxi abandona el lujo del centro y se va introduciendo en la periferia que todo lo circunda: «Después me iré a Perú, a seguir los pasos de mi bisabuelo, que se fue allí a probar fortuna y que escribía con un estilo muy parecido al mío.»

No tomé notas de esa conversación. Habíamos bebido bastante vino. Quizá no fuera su bisabuelo, sino su tatarabuelo. Tal vez lo soñara. No le voy a enviar un email para tratar de aclararlo: él no lo haría. Pero de ser cierto, ese viaje a América del Sur será una continuación lógica de *American Smoke*, su viaje por Estados Unidos siguiendo el rastro de la Generación Beat. Porque Sinclair abandona su territorio habitual, su Londres infinita, para visitar los espacios donde Jack Kerouac, Allen Ginsberg, William Burroughs o Gregory Corso continuaron la tradición visionaria de William Blake y el nomadismo de John Bunyan. Las rutas del Nuevo Mundo donde el Viejo continuó teniendo sentido.

Me lo imagino en el avión transatlántico. En Lima. En un coche alquilado o en autocares nocturnos. La cordillera a lo lejos, como un telón o una amenaza. Me lo imagino caminando por pueblos andinos. No se conecta con el móvil, no usa el GPS, nunca está geolocalizado. Me lo imagino perdiéndose: viajando al final de su propia luz. Dice Ósip Mandelshtam que Dante imaginó un Infierno con callejones y escaleras, totalmente urbano, porque proyectó en él la Florencia que lo había exiliado. Me imagino a Sinclair caminando por

mercados indígenas y por ruinas incas como por Londres, sin parar de desviarse, sin parar de leer.

LAS BIBLIOTECAS MÁS IMPORTANTES DEL MUNDO

A finales de 2018 se inauguró en Helsinki la biblioteca Oodi, que fue recibida por los medios de comunicación de todo el mundo como la biblioteca del futuro. Se trata de un edificio impresionante, diseñado por el estudio de arquitectos ALA, que alberga una de esas mediatecas que se han impuesto en los cinco continentes como la respuesta más adecuada a la pregunta que atormenta a los políticos culturales: ¿cómo podemos lograr que los ciudadanos sigan acudiendo a espacios librescos, compartidos y públicos?

Aunque posea una colección de 100.000 libros y zonas de lectura en silencio, en Oodi se privilegian los ámbitos de formación, conversación y encuentro: cafetería, sala de proyecciones, zona familiar, restaurante, aulas de tamaños diversos, espacios de reunión informal. Su icono es el Balcón de los Ciudadanos, una gran terraza con mesas y sillas y unas espectaculares vistas de la metrópolis.

Todas esas características de la Biblioteca Central de Helsinki fueron decididas democráticamente. Incluso el nombre, que significa «oda». Incluso el presupuesto, que fue participativo.

Pero nada de todo eso hubiera sido noticia global si la nueva biblioteca no estuviera en Finlandia y si no fuera tremendamente icónica. Porque los países nórdicos son sinónimo -incluso en estos tiempos de deportaciones y xenofobia institucional- de innovación pedagógica y social, y el edificio que acoge esa supuesta vanguardia es hermoso y fotogénico.

Como las listas de las mejores librerías del mundo, las de bibliotecas acostumbran a confundir la espectacularidad con la excelencia. La arquitectura física la puede pagar el dinero, pero es más difícil comprar la estructura

emocional. Las mejores bibliotecas del mundo tal vez no estén alojadas en edificios impactantes, no tengan impresoras 3D ni aparezcan en los telediarios; pero sin duda están haciendo un trabajo por sus comunidades comparable o mejor que el de las bibliotecas nórdicas.

No es casual que los ejemplos más obvios de ese otro tipo de institución estén en el Sur, siempre menos visible que el Norte. Ni que se trate de proyectos que luchan a través de la lectura, el estudio y el arte contra la discriminación, la violencia y la pobreza.

La red de Bibliotecas Públicas Móviles de Colombia -que el gobierno anterior bautizó como Bibliotecas Móviles por la Paz-, está conformada por veinte estructuras modulares que combinan las estanterías con libros y los dispositivos tecnológicos, el espacio de lectura con el de formación. Veinte módulos instalados en puntos clave del país para trabajar por la alfabetización y por la reconciliación en comunidades especialmente atormentadas por la guerra.

El proyecto de la Biblioteca Nacional de Colombia que dirige Consuelo Gaitán adaptó a las necesidades locales el dispositivo que diseñó Philippe Starck para Bibliotecas sin Fronteras. Como la intención secreta de esos inventos hipermodernos -descritos por su creador como un módulo educativo y centro multimedia móvil y *pop up*- es estimular el ingenio artesanal, la biblioteca de Gallo inventó la Canoa Literaria para que, a través de los ríos, la cultura llegue a las aldeas de los alrededores, y desde su biblioteca móvil, el bibliotecario Víctor Solís Camacho impulsó el servicio de la Muloteca Viajera, que transporta en dos cajones libros, juegos, tecnología y materiales para realizar manualidades.

Las estadísticas demuestran que en los lugares donde actúan las bibliotecas móviles sube la alfabetización y baja la criminalidad, se va diluyendo el conflicto; los adultos encuentran espacios seguros para el diálogo y los niños imaginan futuros que hasta hace muy poco les estaban completamente vedados, como ingresar algún día en la universidad.

También en Honduras encontramos un modelo opuesto al del edificio emblemático de presupuesto millonario. Gracias a su proyecto de bibliotecas infantiles por el departamento de Lempira están en estos momentos circulando doscientas mochilas viajeras, que parten de veintitrés bibliotecas escolares y dos bibliotecas públicas que han revolucionado a la infancia proponiéndoles

tanto la lectura sistemática de las historias como la creación de las suyas propias. Leer y escribir también son formas de eso que llamamos «empoderamiento».

Ha sido tal el éxito del experimento, son tantos los niños y niñas que han descubierto alternativas a la violencia o al fracaso escolar, que en estos momentos se está tramitando una propuesta en el Congreso Nacional hondureño para imitar la fórmula en todo el país. Mientras tanto en Lempira se están construyendo cinco nuevas bibliotecas y ya han sido aprobadas diez más. Porque una biblioteca o una mochila viajera no son sólo invitaciones a la lectura y al estudio, también son escenarios de teatro, danza, títeres, mimo y oralidad. Estimulan tanto la progresión de uno como la acción de todos.

En Finlandia cuentan con el dinero, la voluntad política y las dinámicas sociales que permiten hacer realidad proyectos tan alucinantes como Oodi. Pero ese hecho no debe eclipsar la existencia de otro tipo de proyectos, de base y en red, que tienen que superar muchísimas dificultades para lograr un éxito equivalente.

Uno de esos obstáculos, el de la corrupción, lo ha diseccionado David Hidalgo en *La biblioteca fantasma*, una impecable investigación periodística del saqueo sistemático que ha sufrido la Biblioteca Nacional de Perú durante demasiado tiempo. Y un perfil muy valioso de su director por excelencia, el académico y bibliotecario ejemplar Ramón Mujica, quien perdió su batalla quiijotesca por desenmascarar a los culpables y recuperar los libros.

Reivindicando a ese héroe libresco, el cronista y director de OjoPúblico nos recuerda una obviedad imprescindible: las bibliotecas no son edificios, son personas. Las del siglo XXI, como las de todos los siglos precedentes desde Alejandría, no tendrá sentido sin el compromiso de cada uno de nosotros. Durante siglos han sido espacios de aspecto pasivo, donde la actividad ocurría sobre todo en los cerebros de los lectores. En este cambio de siglo se han vuelto dinámicas, escenarios performativos. Y reclaman más compromiso que nunca.

Los niños y las niñas de Lempira escriben reseñas de todos los libros que leen y muestran orgullosos las listas de sus cientos de lecturas. Publicaron el año pasado un libro -editado por Salvador Madrid y Albany Flores- titulado *El árbol de los libros*. Varios de los cuentos hablan de la lectura y de los libros. Uno se titula «Superlectora» y lo firma Ariani Alcántara, de once años.

Termina así: «sólo lee para ser feliz».

BORGES ANTES Y DESPUÉS DE BORGES

La obra de Borges abunda en esos personajes subalternos, un poco oscuros, que siguen como sombras el rastro de una obra o un personaje más luminosos. Traductores, exégetas, anotadores de textos sagrados, intérpretes, bibliotecarios, incluso laderos de guapos y cuchilleros. Borges define una auténtica *ética* de la *subordinación* [...] Ser una nota al pie de ese texto que es la vida de otro: ¿no es esa vocación parasitaria, a la vez irritante y admirable, mezquina y radical, la que prevalece casi siempre en las mejores ficciones de Borges?

ALAN PAULS, *El factor Borges*

I

La lápida de Jorge Luis Borges en el Cimetière des Rois de Ginebra, con su inscripción en inglés antiguo y a la sombra de un árbol que sólo florece en años impares, se encuentra al lado de la tumba de una puta. La de quien escribió «Pierre Menard, autor del *Quijote*», un cuento cuyo protagonista escribe en francés a menos de mil kilómetros de aquí, es kitsch: nadie entiende ese homenaje póstumo de María Kodama, escrito en caracteres incomprensibles y en tipografía de saga nórdica, estridente como un gaitero escocés en este paisaje armónico y sobrio de coro gregoriano. La hierba crece frondosa en el rectángulo que en 1986 enmarcó el cadáver de Borges, entonces

reciente. No hay mensajes ni flores ni piedras, como sí los hay -por ejemplo- en la tumba parisina de Cortázar. Las rosas están frescas, en cambio, en el rectángulo equivalente de Grisélidis Réal (1929-2005), escritora, pintora, prostituta.

Más allá está el monumento preciso -diseño helvético- que señalan los restos de Robert Musil, que murió en Ginebra en 1942, a resguardo de la tormenta nazi. Un poco más lejos, junto a la puerta, se encuentra la tumba de un tal Babel, que tal vez fuera bibliotecario. Pero el muerto más cercano al autor de «La lotería en Babilonia» es una muerta: una activista, una mujer valiente, una artista cosmopolita que se educó en Alejandría, Atenas y Zúrich, una puta de lujo que siempre defendió a los marginales, es decir, los habitantes de los márgenes, incluso en su funeral, que mezcló a desamparados con dignatarios, a trabajadoras del sexo con millonarios relojeros.

A los ojos de este turista cultural, de este viajero enamorado que persigue topografías literarias, hay un modo de unir conceptualmente la tumba de Borges con la de Réal mediante el tercer vértice de otro posible triángulo: aquí también fue enterrado el filólogo suizo Denis de Rougemont, que explicó como nadie los extraños modos en que codificamos el amor en Occidente.

II

Borges es un paréntesis que duró 45 años. Desde 1930, cuando publicó *Evaristo Carriego* y al poco conoció a Adolfo Bioy Casares, hasta 1975, cuando murió su madre y María Kodama se convirtió en su secretaria personal. Entre esas dos fechas escribió todas sus obras maestras como habitante de Buenos Aires y como lector iconoclasta, memorioso y memorable de la literatura universal. Antes y después de Borges, a un lado y otro del paréntesis irrepetible, hay otro Borges, literariamente menos interesante, pero muchísimo más feliz. Es el Borges que llegó con su familia en 1914 a Ginebra, donde estudió el bachillerato y conoció la obra de los vanguardistas; que llegó en 1919 a Palma de Mallorca, donde nadó y trasnochó y firmó un manifiesto ultraísta; que regresó a Mallorca sesenta años más tarde, donde visitó a Robert Graves, y que se mudó a Ginebra en 1985 para que su muerte fuera suiza.

El Borges canónico es venerable y monumental, progresivamente abstracto. Camina con la ayuda de un bastón. Se está quedando a oscuras o, como Tiresias, ya es del todo ciego y nos inquieta con sus visiones irónicas. Ha escrito cuentos indestructibles y dicta poemas y conferencias y lo traducen y recibe premios. Su mundo es Buenos Aires: vive con su madre y con la criada, Epifanía Uveda de Robledo, «Fanny» (como la abuela Fanny Haslam), pasea y cena con Bioy Casares, adora el tango, es un escritor que lee y escribe, más texto que arrebató. El otro Borges, tanto el primero como el último, es apasionado y corporal. Escribe cartas y poemas y manifiestos, todavía no es capaz de pensar en libros. O ya escribió todos los que pudo pensar y ya sólo piensa en sus *Obras completas*. Viaja con su familia, de joven, o con María Kodama, de viejo. Es feliz y no tiene pudor en proclamar su felicidad sobre esos viajes últimos, sobre esa vida en Ginebra.

También fue feliz en Mallorca: no es difícil imaginarlo mientras subes en coche por la carretera que conduce a Valldemosa y a Deià. Las terrazas y la piedra y las paredes verticales y los olivos de troncos torturados: todo transporta hacia el mismo paisaje que descubrió entusiasmado después de haber vivido y estudiado, adolescente, en Suiza. En una Suiza que, cuando llegó en 1914, le pareció triste, gris metálico, y que enseguida se convirtió en un parque cerrado al mundo a causa de la primera gran guerra. De la geometría y la amabilidad suiza pasó sin solución de continuidad a una ciudad mediterránea y cosmopolita, con turismo incipiente, y de ella a estos paisajes telúricos que encantaron al mismo tiempo que provocaron el rechazo visceral de Georges Sand y que enamoraron, en cambio, a Graves, quien tras permanecer en silencio durante toda la reunión con Borges y Kodama, les gritó de pronto en la puerta: «¡Tienen que volver! ¡Esto es el Cielo!».

III

La luz de Mallorca se contrapone, caprichosa, a la oscuridad de Barcelona, por donde hay que pasar necesariamente en aquellos tiempos sin tantos aviones: «hace unos quince días abandonamos la Ciudad Condal (así llaman los diarios a Barcelona) para venir a pasar el verano a las islas Baleares»,

escribe en *Cartas del fervor*, el 12 de junio de 1919. La ironía es esa línea que une a todos los Borges que llamamos *Borges*. Dos años después será más tajante y hablará de Barcelona como de «la ciudad rectangular e inmunda».

El viaje ha sido una idea extravagante de su padre, le cuenta a su amigo íntimo Maurice Abramowicz, y se encuentran en Palma de Mallorca, una ciudad hermosa pero también monótona. Borges reproduce un diálogo con un desconocido en que conversan sobre Suiza y él dice que allí hay de todo y que «la ciudad es tan hermosa con el lago y el Ródano y...». Está claro que ha idealizado su vida suiza, que la echa de menos, y que por eso el día a día mallorquín se le vuelve plomizo. Por las mañanas va en tranvía a Portopí, a bañarse en el mar; por las tardes recibe clases de un clérigo; por las noches, lee en el Círculo de Extranjeros (por ejemplo, a Baroja, con entusiasmo, porque será lentamente, en Buenos Aires, cuando decida programáticamente distanciarse de la literatura española y rechazarla).

Ahora Portopí es un gran centro comercial y, al otro lado de las aguas de mar, sólo queda el recuerdo del viejo puerto, con su vida de pescadores. Hay que seguir un poco más adelante para llegar a Ses Illetes, que por ser una zona militar ha sido preservada de la invasión masiva del turismo. Las aguas son transparentes, casi sin sal, de un azul muy suave. Hay algunas mansiones burguesas. Y una arena blanca de postal. Aquí es posible imaginar al joven Borges, que había aprendido a nadar en el Paraná y en el Ródano, solar y atlético, tensando los músculos en cada brazada.

Poco a poco se va sintiendo parte de la ciudad y de la isla, sobre todo gracias a la conversación y la amistad con Jacobo Sureda, enfermo de tisis, con quien compartió la complicidad vanguardista, pero también al descubrimiento de la noche, del alcohol y la noche. En 1926 dijo: «Mallorca es un lugar parecido a la felicidad, apto para en él ser dichoso, apto para escenario de la dicha, y yo -como tantos isleños y forasteros- no he poseído casi nunca el caudal de felicidad que uno debe llevar adentro para sentirse espectador digno (y no avergonzado) de tanta claridad de belleza».

En las fotos aparece con traje juvenil y corbata, el pelo peinado hacia atrás, levemente engominado.

IV

En la Grand Rue hay una librería anticuaria con volúmenes que me encantaría poseer: primeras ediciones de la Internacional Situacionista, de Kerouac, de Debord. También hay bibliografía de los siglos XVIII y XIX. Desde el fondo de la cueva una voz de mujer me grita ¡fotos no! Yo, tras pedir perdón, le pregunto a esa mujer sexagenaria y corpulenta, mientras se levanta las gafitas a punto de caer en la punta de la nariz, si Borges compraba aquí sus libros. Me dice que no. No le creo. Ella tampoco me ha creído cuando le he dicho que no sabía que no estaba permitido hacer fotos. Estamos empatados.

Una hora más tarde, cuando descubra los tableros de ajedrez gigantes en el suelo del Parc des Bastions, tras bajar de esta colina que es el centro histórico, pensaré de nuevo en ella: hemos hecho tablas. ¿Llegaría a ver Borges esos peones, esos caballos, esos dos reyes rodeados de 64 casillas blancas y negras? ¿Sabría que uno de sus símbolos fundamentales era tridimensional, allí abajo, a cinco minutos de su casa? Esta se encuentra a cincuenta metros de la librería, una placa lateral (la calle está llena de placas frontales de nombres y fechas y libertad religiosa y lucha por los derechos civiles que nadie recuerda) recuerda que aquí vivió Borges. La cita es de *Atlas*, el libro que escribió con María Kodama, su testamento a cuatro manos: «De todas las ciudades del mundo -recuerda la inscripción-, Ginebra me parece la más propicia para la felicidad». La cita se parece a la que el pueblo de Blanes repite en varios rincones para reivindicar a Roberto Bolaño. Una cita de «Pregón de Blanes». Hay que buscar en los textos menores las grandes afirmaciones, las notas a pie de los textos que sí importan.

El Borges adolescente accedió en esta ciudad, gracias a una biblioteca circulante, a los clásicos de la literatura francesa, como Víctor Hugo, Baudelaire o Flaubert. Fue Abramowicz quien le presentó a Arthur Rimbaud. Los Borges vivían en la rue Malagnou. Marcos-Ricardo Barnatán cuenta en *Borges. Biografía total* que la calle ahora tiene «el nombre del ilustre pintor suizo Ferdinand Holder», en cuyo número 17 «vivieron, en el piso con cuatro ventanas que da a la calle de la primera planta, desde el 24 de abril de 1914 hasta el 6 de junio de 1918», años durante los cuales Borges estudió en el Colegio Calvino. La materia principal era el latín, pero casi todo se estudiaba en francés.

Habían llegado a Suiza a causa de los primeros signos de la ceguera del padre, que lo obligaron a la jubilación anticipada y que anticiparon los del propio Borges (hay hombres que monopolizan el apellido de sus mayores). Curiosamente, pese a la guerra, en 1915 cruzaron los Alpes y visitaron Verona y Venecia. Lo recuerda en *Un ensayo autobiográfico* y en esas páginas tiene su protagonismo la amistad: «Mis dos mejores amigos eran de origen judeopolaco: Simon Jichlinski y Maurice Abramowicz. Uno se hizo abogado y el otro médico. Les enseñé a jugar al truco, y aprendieron tan bien y tan rápido que al final de nuestra primera partida me dejaron sin un centavo».

Me intriga muchísimo ese viaje en plena Primera Guerra Mundial: ese turismo inesperado. Pero no encuentro rastro sobre él en sus biografías. Sí repiten, en cambio, que su hermana Norah llegó a soñar en francés.

V

«Fuimos a Mallorca porque era hermosa, barata y porque apenas había otros turistas que nosotros -prosigue Borges en sus memorias-. Vivimos allí casi un año, en Palma y en Valldemosa, una aldea en lo alto de las colinas.» Él siguió estudiando latín, con un sacerdote que jamás había sentido la tentación de leer una novela, mientras su padre escribía *El caudillo*, una ficción notable que se inscribe en esa obsesión de la literatura latinoamericana, desde *Facundo* de Sarmiento hasta *La fiesta del chivo* de Vargas Llosa, pasando por *Pedro Páramo* de Rulfo y tantas otras, por la figura masculina y autoritaria, tótem del poder. Imprimió quinientos ejemplares en Mallorca, que llevó en el barco de vuelta a Buenos Aires. Antes de morir, le pidió a Borges que algún día la reescribiera y la limpiara de retórica.

No lo hizo.

Las cartas de aquella época revelan cómo siguió pendiente del debate cultural europeo también desde la isla. En el Círculo era común discutir sobre las teorías de Einstein. Con Sureda avanzan en su complot ultraísta. Y hasta encontró Borges a un barbero lector de Baroja, Huysmans y la baronesa de Suttner. Cuando se acerca la partida, confiesa estar triste por el regreso a Buenos Aires: «Voy juntando por aquí y por allá -escribe- informaciones sobre

ese extraño país».

Después de dejar atrás el Mediterráneo, a Jacobo Sureda no volvería a verlo, porque falleció en 1935, pero sí se reencontró con Jich-lins-ki y Abramowicz en Ginebra a principios de los años sesenta. Casi no reconoció, a causa de las canas, del envejecer, a aquellos «hombres de cabeza gris» dice en *Un ensayo autobiográfico*.

No menciona su ceguera.

VI

En los papiros egipcios, en los viejos coranes, en la Biblia de Gutenberg, en los bellísimos manuscritos japoneses, libros de la almohada, en el retrato de Dante que atribuimos a Botticelli, en las primeras ediciones de la *Divina Comedia* y de las tragedias de Shakespeare y del *Quijote*, los alfabetos se van sucediendo como páginas de un único libro, de una única historia textual de la humanidad que en la Fundación Martin Bodmer de Ginebra puede leerse mientras se pasea, la luz tenue, una sutil intimidad.

Tras el *Ulises* de Shakespeare and Company y alguna alusión al vecino Musil (el tercer volumen de *El hombre sin atributos* fue publicado en Lausanne en 1943), como los clásicos indiscutibles, Borges tiene en el museo de la letra y el libro una vitrina para él solo. En el discurso de la institución, con él acaba la literatura, oriental y occidental, una historia antigua que comienza con el bello caos del mito y termina con la perfección conceptual del logos. Se exhibe el manuscrito de «El Sur» de 1953, la primera edición de *Ficciones* (Sur, 1944) y la de *El aleph* (Losada, 1949) y la de *El libro de arena* (Emecé, 1975), algún otro manuscrito y, finalmente, en un carrusel que da vueltas, para que puedan verse las páginas caligrafiadas por ambas caras, la versión original de «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius» de 1940.

Esa vitrina a las afueras de Ginebra, con vistas al lago y a la ciudad puntual, es el auténtico mausoleo de Borges y no aquella tumba kitsch que he visitado esta mañana. Un mausoleo clásico y dinámico, sobrio como sus obras completas en La Pléiade, con la iluminación tenue de las velas o del respeto. Todas las tradiciones, todos los alfabetos concluyen aquí y, como una veleta o

una rosa de los vientos, da vueltas un mundo que es un cuento.

VII

Que Borges fue feliz en Ginebra y que quiso morir en Suiza son cosas que sabemos por María Kodama. Bioy Casares no lo tenía tan claro, como dejó dicho en la página 1590 de su faraónico *Borges*, el viernes 14 de febrero de 1986: «Ferrari me dice que está preocupado por la falta absoluta de noticias de Borges. Dice que Fanny también está preocupada. Al rato me confiesa que Fanny le contó que según el nuevo médico Borges está en una clínica, probablemente en Ginebra. El nuevo médico, no sin reticencias, finalmente lo habría autorizado a viajar, previniéndole: “el frío de Europa no es nada bueno para usted”. Borges me dijo: “No estoy nada bien. No sé cómo me irá. Tanto da morir en una parte o en otra”».

En las palabras que dictan el dolor de ese amigo cuya relación ha sido malograda por la amante joven casi se insinúa una conspiración.

Hasta el 12 de mayo no consiguió hablar con él: «Me dio el teléfono y hablé con María. Le comuniqué noticias de poca importancia sobre derechos de autor (una cortesía, para no hablar de temas patéticos). Me dijo que Borges no estaba muy bien, que oía mal y que le hablara en voz alta. Apareció la voz de Borges y le pregunté cómo estaba. “Regular, nomás”, respondió. “No voy a volver nunca más.” La comunicación se cortó. Silvina me dijo: “Estaba llorando”. Creo que sí. Creo que llamó para despedirse».

El diario sólo dura cinco páginas más. En ellas se habla de Kodama. Bioy dice que era su amor. Que murió con su amor. Pero también que era una mujer extraña. Que lo acusaba, que lo celaba, que se impacientaba con sus lentitudes, lo castigaba con silencios (duro castigo para un ciego, que no puede leer la expresión del rostro que calla). «Creo que con María podía sentirse muy solo», afirma el viejo amigo. Y añade: «Según Silvina, Borges partió a Ginebra y se casó para mostrarse independiente, como un chico que quiere ser independiente y hace un disparate. Yo agregaría: “Viajó para mostrarse independiente y para no contrariar a María”».

Según Edwin Williamson en *Borges. Una vida* fue ese mismo impulso de

independencia respecto a su familia el que llevó a Borges a escribir en las cartas de despedida de Mallorca, 65 años antes, alusiones pornográficas sobre burdeles, bebida y juego. El Borges monumental, el genio, el autor de las obras maestras, vivió siempre entre los paréntesis que mantuvo, como columnas de Hércules, su madre. «Curiosamente, fue en un burdel donde el joven Borges tuvo un anticipo de la reconciliación posible de sus conflictos interiores -escribe Williamson-. Parece que durante sus visitas a la Casa Elena de Palma, había establecido una curiosa amistad con una prostituta llamada Luz, y esa relación le había otorgado al joven nervioso, hipersensible, cierto presentimiento de lo que podía ser una relación natural con una mujer.»

En ausencia de amor, se entregó a la amistad. Jichlinski, Abramowicz y Sureda fueron los grandes amigos del joven nadador y vanguardista. Bioy Casares fue el gran amigo del genio irónico, del Borges que importa. A María Kodama le tocó ser la gran amiga del punto y final.

El último médico que lo atendió, ya en el lecho de muerte, fue el hijo de Jichlinski.

Las notas a pie de página se van difuminando como lágrimas en la lluvia. Quedan las obras. Grandes libros como *La invención de Morel*, que nos recuerdan que somos lectores de las palabras y las pasiones y las relaciones y los textos que produjeron hologramas que cada vez se parecen más a islas desiertas.

Querida madre, ayer en la penumbra de una vasta biblioteca, hubo una ceremonia íntima y casi misteriosa. Unos caballeros afables me hicieron miembro del National Institute of Arts and Letters. Yo pensaba en ti todo el tiempo.

J. L. B., postal desde Nueva York, 26 de marzo de 1971

DESARTICULO MI BIBLIOTECA

I. LA PRIMERA BIBLIOTECA

Yo tenía trece años y quería trabajar. Alguien me dijo que te pagaban por arbitrar partidos de baloncesto y me indicó el lugar donde podría obtener información sobre ese empleo de fin de semana. Necesitaba ingresos para nutrir mi colección de sellos y para mis novelas de Sherlock Holmes. Recuerdo borrosamente que llegué a un despacho lleno de adolescentes que hacían cola ante un joven con cara de administrador. Cuando llegó mi turno, me preguntó si tenía experiencia y mentí, de modo que salí de allí con el acta de un partido que se jugaría dos días más tarde y la promesa de setecientas pesetas en efectivo. Hoy en día, un chaval de trece años, si quiere aprender algo que desconoce, recurriría a YouTube. Yo aquella misma tarde me compré un pito en una tienda de deportes y me fui a la biblioteca.

No saqué nada en claro de aquel par de libros de reglas de *básquet*, uno con gráficos y el otro sin ellos, pese a mis apuntes y mis dibujitos y mi estudio del viernes por la tarde; pero tuve mucha suerte y el entrenador local, el sábado por la mañana, me fue explicando desde el banquillo los rudimentos de un deporte que yo había practicado hasta entonces con pocos datos de su teoría.

La práctica era la calle y el patio del colegio. El otro conocimiento, el abstracto, se contenía en los anaqueles de la Biblioteca Popular Caixa Laietana, la única de que disponía en aquellos tiempos Mataró, la pequeña ciudad donde me crié. Mi frecuentación de sus salas de lectura debió de comenzar en sexto o séptimo de EGB. Fue entonces cuando empecé a leer

sistemáticamente. Toda la colección de *Los Hollister* en casa, y las de *Tintín*, *Massagran*, *Astérix y Obélix* y *Alfred Hitchcock y los tres investigadores* en la biblioteca. Arthur Conan Doyle y Agatha Christie fueron devorados indistintamente en ambos lugares. Cuando mi padre comenzó a trabajar por las tardes en Círculo de Lectores lo primero que hice fue adquirir las novelas de Poirot y Miss Marple que me faltaban por leer. Es probable que fuera entonces cuando nació mi deseo de poseer libros.

La Biblioteca Popular de la Caixa Laietana oficiaba de guardería encubierta. No creo que los niños de hoy escriban tantos trabajos como nosotros en los años ochenta. Largos trabajos mecanografiados sobre Japón y sobre la Revolución francesa, sobre las abejas y sobre las partes de la flor; trabajos que eran la excusa perfecta para *investigar* en los estantes de la biblioteca, entonces sí infinita, sí inabarcable, mucho mayor que mi imaginación de barrio, todavía limitada por los tres canales del televisor y los veinticinco libros de la microscópica biblioteca de mis padres. Hacía los deberes, investigaba un rato y todavía tenía tiempo para un cómic entero o un par de capítulos de la novela de detectives de turno. Algunos niños se portaban mal, yo no. Aquel bibliotecario de veinticinco años, policial pero amable, alto pero no demasiado, los vigilaba; a mí no. Yo recurría a él para preguntarle acerca de la ubicación de algún libro que no era capaz de localizar. Y a la otra bibliotecaria joven, Carme, que nos liberó del trato con las viejas y antipáticas, comencé enseguida a atosigarla con cuestiones repelentes aunque bibliográficas: ¿Algún libro sobre el polen que no repita lo que dicen todas las enciclopedias?

He mencionado la microbiblioteca de mis padres. He dicho «veinticinco libros». Eso merece una explicación. La Transición española tuvo como protagonistas a las cajas de ahorro. Los ayuntamientos se dedicaron a urbanizar y a especular y delegaron en ellas la cultura y los servicios sociales. Mataró era un caso paradigmático: la gran mayoría de las exposiciones, de los museos y de los centros para jubilados, además de la única biblioteca de una ciudad de 100.000 habitantes, dependían de la Caixa Laietana. A principios de este siglo, durante mi investigación (ahora ya real) sobre el obispo Josep Benet Serra para mi libro *Australia. Un viaje*, Carme -que se ha convertido en la gran bibliotecaria de Mataró durante estos veinticinco años- me abrió las puertas del Fons Mataró. Entonces no fui consciente de esa metáfora

definitiva, porque la crisis económica todavía no había mostrado la desnudez del emperador: el fondo documental de Mataró, su memoria histórica, no se encontraba en el archivo municipal, no estaba en la biblioteca pública, sino en el corazón de la Biblioteca *Popular* Caixa Laietana. Durante la Transición española ese supuesto deber de velar por la cultura, asumida por las cajas sin que nadie lo pusiera en duda, se evidenciaba cada vez que una de ellas publicaba un libro y se lo regalaba a todos sus clientes. En mi propia biblioteca conservo un ejemplar, heredado o sustraído de casa de mis padres, *Picasso. Su vida y su obra / La seva vida i la seva obra*, de Alexandre Cirici. En la contraportada se lee: «*Gentilesa de la Caixa d'Estalvis de Catalunya*». Es el único mensaje institucional. Aunque parezca mentira no hay ningún prólogo de ningún político ni de ningún banquero. No hacía falta justificar un gesto que era *natural*. Más de la mitad de los libros de mis padres eran regalos de instituciones bancarias.

Muchos años más tarde murió un amigo de infancia de mi hermano en un accidente de tráfico. Su madre, carcomida por el duelo, le contó a la mía que en su grupo de apoyo había una mujer que llevaba en su monedero un recorte de diario. Lo sacó. Lo leyó en voz alta. Aquellas palabras le hacían sentirse orgullosa de su hijo, a quien tanto echaba de menos desde que un accidente en la autopista acabara con su vida, la de su esposa y la de sus dos pequeños. Aquellas palabras la ayudaban a vivir sin sus nietos, hijos de un bibliotecario disfrazado de policía amable. Aquellas palabras, parcialmente borradas por todas las que he escrito después, durante un breve tiempo fueron mías: ahora pertenecen a las hemerotecas que van desapareciendo, porque es probable que incluso para aquella madre, superado parcialmente el duelo, sean ya puro recuerdo. No estoy seguro de si en aquella necrológica evoqué aquellas tardes de sábado en un patio de colegio, cuando yo ya había dejado la biblioteca de Mataró por la de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, en que los amigos del bibliotecario, ya no tan joven, y mis propios amigos jugamos juntos algunos partidos de baloncesto.

II. UNIVERSIDADES

El otro día bajé a la biblioteca de la universidad en que trabajo en busca de un ejemplar de *Nadja* de Breton que necesitaba para una clase y que no encontraba en mi propia biblioteca. Allí estaba, en el mismo lugar que debía de ocupar en 1998, cuando leí todos los libros surrealistas que encontré, interesado en su teoría del amor (y en mis prácticas): *Mobile* de Michel Butor. Pero entonces no lo vi. Lo hice siete años más tarde, en la biblioteca de la Universidad de Chicago, con todo un invierno de lecturas por delante. Tengo la sensación de que las librerías muestran, seductoras, casi obscenas, los libros en su haber: porque te los quieren vender; las bibliotecas, en cambio, los ocultan o al menos los disimulan, como si se contentaran con atesorarlos. Pero también es cierto que es tu mirada la que escanea los lomos de los libros, que es en tu atención o en tus caprichos donde los títulos y sus autores se revelan o pasan desapercibidos.

La biblioteca de la Universitat Pompeu Fabra era muy joven cuando yo entré en primero de Humanidades. Era tan joven que sus secciones aún no tenían nombre. A medida que una biblioteca envejece comienza a albergar donaciones, colecciones, archivos, cada cual con el nombre del donante, del erudito, del jubilado o del muerto. El verbo «fatigar» lo vinculamos con Borges cuando se trata de una biblioteca. Yo soy un fatigador de librerías y bibliotecas: me encanta pasar horas mirando las estanterías, una por una, anaquel por anaquel, lomo por lomo. Lo he hecho en jornadas de lluvia en muchas ciudades del mundo. Y en jornadas de nieve sólo en una: Chicago. Nunca me he sentido tan solo como aquellas semanas de principios de 2005. Llegué a pasar doce o trece horas en aquella biblioteca gigantesca. Antes de descubrir el servicio de préstamo interbibliotecario, que te permitía consultar cualquier libro en posesión de cualquier biblioteca de Estados Unidos, pasé muchas horas en la sección de literatura española, descubriendo libros de viaje y ensayos que sólo puedes encontrar así, en el Google predigital que es la deambulación por cualquier laberinto de libros. Mi hilo de Ariadna: todos aquellos títulos y páginas, su desorden secreto. Estar solo: no hay peor minotauro.

Acostumbrado a una biblioteca tan joven como la de mi universidad, la de Chicago -y antes de ella la de la Universidad de Barcelona- me conectaron con un concepto clave de la cultura: el de fondo. Esa memoria posible de un cierto estado de la cultura y del mundo. Ese fragmento que nunca acabarás de

conocer de un todo que nunca pudo estar reunido. A menudo los fondos son pozos sin fondo, lugares donde los manuscritos inéditos y las cartas más importantes pueden existir sin ser vistos (ni, aún peor, leídos). En el fondo del pozo de la historia de la Universidad de Chicago, o simplemente en la primera piedra de su colección de libros, encontramos el primero de los muchos nombres propios que vendrían después: William Rainey Harper. Su erudición y sus experimentos pedagógicos llegaron a oídos de Rockefeller, quien le prometió 600.000 dólares para que creara un centro de educación superior en el Medio Oeste capaz de competir con Yale. Finalmente fueron ochenta los millones destinados a la Universidad de Chicago, porque además de escribir manuales de hebreo y griego, además de urdir estrategias para que los más pobres o los que tenían un empleo también pudieran beneficiarse de estudios de alto nivel, era un excelente gestor. Creó la editorial universitaria que todavía sobrevive. En cambio, la William Rainey Harper Memorial Library fue cerrada en 2009. El mensaje de la página web Librarything no puede ser más contundente:

University of Chicago - William Rainey Harper Library

Status: Defunct

Type: Library

Web site: <http://www.lib.uchicago.edu/e/harper/>

Description: On 12 June 2009, the William Rainey Harper Memorial Library was closed, and its collections were transferred to Regenstein Library.

Biblioteca difunta. La defunción de una biblioteca como muerte final de una persona que consiguió sobrevivir casi un siglo a su propio fallecimiento. No hay palabra más pretenciosa, por cierto, que *universidad*.

En uno de sus olvidados artículos sobre literatura, que al fin leí el otro día en la biblioteca de Humanidades de la universidad donde trabajo, Michel Butor escribió que «la biblioteca nos ofrece el mundo, pero nos ofrece un mundo falso, algunas veces se producen grietas y la realidad se rebela contra los libros, mediante nuestros ojos, unas palabras o incluso ciertos libros, algo extraño nos hace una señal y nos provoca la sensación de estar encerrados». Creo que tiene razón: la librería materializa la idea platónica y capitalista de

libertad, mientras que la biblioteca es a menudo aristocrática y puede convertirse por momentos «en una cárcel». En nuestras casas, gracias o por culpa de las librerías, a imitación de las bibliotecas que desde la infancia hemos frecuentado, construimos nuestra propia topografía libresca. Dice Butor: «Añadiendo nuevos libros intentamos reconstruir toda la superficie para que surjan algunas ventanas». Pero en realidad añadimos centímetros de grosor a las paredes de nuestro propio laberinto.

III. MI BIBLIOTECA SE CAE A PEDAZOS PERO SIGUE SIENDO MEMORIA

En alguna ocasión no había encontrado libros secundarios, casi prescindibles, en mis propias estanterías; pero el día que no encontré *Nadja*, una de esas novelas que como *El Quijote*, *El corazón de las tinieblas*, *Rayuela*, *La montaña mágica* o *Véase: amor* he consultado regularmente durante más de diez años, no me quedó más remedio que preocuparme. En su célebre ensayo «Desembalo mi biblioteca», el nómada urbano Walter Benjamin dice que toda colección se debate entre el orden y el desorden. Otro que tal, Georges Perec, enuncia en *Pensar, clasificar* un principio incontrovertible: «Una biblioteca que no se ordena, se desordena: es el ejemplo que me dieron para explicarme qué era la entropía y varias veces lo he verificado experimentalmente». Tengo que reconocer que en los cuatro años y medio que han pasado desde la mudanza a este piso del Ensanche barcelonés sólo he hecho que acumular libros y alguna estantería, sin reordenar la estructura general. Y ahora todo es un caos tremendo.

La lógica del mundo es mimética. Todo funciona por imitación. La originalidad de nuestra personalidad no es más que una combinación compleja de opciones que hemos ido tomando prestadas de diversos modelos. En mi biblioteca, que supongo que es la respuesta al vacío con que conviví en casa de mis padres, hay rastros de todas las bibliotecas públicas que he frecuentado desde niño. El otro día me encontré con unas fotocopias del diario de Paul Bowles, con el sello estampado de Caixa Laietana. Atesoro también ejemplares comprados en la Biblioteca de la Universidad de Chicago, pues

periódicamente se deshacen de libros, en una transformación fugaz -fin de semana- de la biblioteca en librería de viejo. En la última mudanza ordené mi biblioteca por ámbitos lingüísticos y por distancias de intereses. Al lado de mi escritorio tengo los libros de teoría literaria, de comunicación, del viaje y sobre ciudad. A mis espaldas, a dos pasos, la literatura en lengua española, ordenada alfabéticamente. Frente a mí, a tres, cuatro pasos, la literatura universal. Hay que caminar hasta la estancia vecina, el comedor, para acceder al ensayo histórico, cinematográfico y filosófico, las biografías y los diccionarios (cada vez más lejos a causa de sus versiones *online*). En el pasillo archivo los cómics y los libros de viaje. Y en la habitación de invitados, por último, la literatura catalana, el ensayo sobre el amor, mi bibliografía sobre Paul Celan y varios centenares de crónicas hispanoamericanas, además de dos ejemplares de cada uno de los libros que, total o parcialmente, he escrito. Lógica y capricho se entrelazan en una biblioteca que ha ido ocupando espacios a medida que crecía el número de libros y se sucedían las visitas a Ikea.

Porque las estanterías del estudio son de madera maciza: las que mis padres, que todavía creen en la solidez, compraron con mi dinero para albergar en un piso de Mataró el prototipo de esta biblioteca cuando me fui de viaje en 2003. Pero el resto del piso de alquiler está surtido de estanterías Billie, combadas por el peso, progresivamente desarticuladas por mi impericia, que las condenó a la deformación en el mismo momento en que las atornillé mal, porque soy un lector más o menos competente, pero un negado para el bricolaje. Entre mis juguetes infantiles, además de un microscopio y Minervanova y Fisiova, hubo una caja de herramientas: ni que decir tiene que no me acabé dedicando ni a las ciencias ni a la carpintería.

«Toda colección es un teatro de los recuerdos, una dramatización y una puesta en escena de pasados personales y colectivos, de una infancia recordada y del recuerdo después de la muerte», ha escrito Philipp Blom en *El coleccionista apasionado*. Y añade: «es más que una presencia simbólica: es una transubstanciación.» A través de todos esos libros que me rodean cotidianamente me siento cerca tanto de mí mismo -del que fui, de ese lector que fue creciendo, cambiando, acumulando estratos- como de la información, de las ideas que contienen. O que sólo insinúan. O que simplemente hipervinculan: muchos de mis libros son planetas que orbitan alrededor de

pensadores, escritores, personajes históricos que no conozco de primera mano, que son amigos de amigos, cómplices involuntarios, piezas móviles en un sistema complejo de posibles conocimientos.

Amigos, conocidos, futuros. Esas son las tres etiquetas que van a organizar mi biblioteca, decido ahora, mientras termino de escribir este ensayo, a partir del próximo mes, cuando reestructuremos la casa por motivos felices, familiares. La voy a desarticular para reinventarla. Voy a poner cerca de mí sólo a los autores y los libros con quien mantengo una relación de amistad más o menos íntima. Se quedarán (o ingresarán) en el estudio. Me rodearán, como ya lo hace su recuerdo o el de sus autores. En el comedor tendré a los conocidos, esos con quienes mantengo una relación de simpatía y de respeto. La mayoría de los libros que no he leído y que no sé si leeré serán donados, regalados, sacrificados; los que queden, en el pasillo, esperarán su turno, pacientes, lejanos, como personas a quienes no conoces y quienes nada ni nadie puede saber si algún día frecuentarás.

Aby Warburg, autor de la biblioteca más fascinante del siglo XX, puso sobre la puerta de entrada una única palabra: «Mnemosyne». Sus libros y sus láminas se movían, migraban, según relaciones dinámicas de afinidad y simpatía, configurando collages provisionales cuyos vínculos tenían que imaginar los lectores. Para él una biblioteca sólo tenía razón de ser si podía recorrerse, pasearse. En la mirada del caminante, las imágenes y los textos disparaban entre ellas flechas invisibles, sinopsis neuronales: la electricidad que nutre la historia de las formas y del arte. «No es una mera colección de libros, sino una colección de problemas», dijo Toni Cassirer tras visitarla: una biblioteca sólo tiene sentido si calma al tiempo que desasosiega, si soluciona pero sobre todo plantea enigmas, retos. Convivir con una biblioteca personal significa saber que no te rindes, que siempre tendrás ante ti menos lecturas realizadas que lecturas por venir, que los libros en compañía son cadenas de significados, contextos mutantes, preguntas que cambian de entonación y de respuestas. Una biblioteca tiene que ser heterodoxa: sólo la combinatoria de elementos diversos, de relaciones problemáticas, puede conducir a un pensamiento propio. Muchos de quienes vieron la de Warburg la calificaron de laberinto.

En la introducción a *Warburg Continuatus. Descripción de una biblioteca*, Fernando Checa escribe: «Como teatro y arena de las ciencias, la

Biblioteca es también un verdadero “teatro de la memoria”». Lo mismo ha pretendido ser este ensayo. «No habrá nunca una puerta», escribió Borges en un poema titulado precisamente «Laberinto», «Estás dentro / y el alcázar abarca el universo / y no tiene ni anverso ni reverso /ni externo muro ni secreto centro.»

LAS LIBRERÍAS MITOLÓGICAS DE DAVID B.

Antes de que Walter Benjamin se planteara escribir su monumental y por siempre incompleto *Libro de los pasajes*, Louis Aragon publicó uno de sus modelos: *El aldeano de París*. Un libro hipnótico que contrapone dos espacios muy significativos de la capital de Francia y del siglo XIX: los pasajes y los parques. Como su compañero de aventuras éticas y poéticas, André Breton, Aragon camina por un París flotante, en que todas las esquinas y todas las puertas pueden conducir a la alucinación o el sueño. Entre los herederos de esa obra seminal están tres autores tan distintos como el propio Benjamin, filósofo y narrador o narrador filósofo, el novelista y ensayista Georges Perec (las enumeraciones de comisarías de policía y de oficinas de recaudación y de correos y de telégrafos bien podrían pertenecer al autor de *Especies de espacios*) o el artista gráfico y guionista David B. Porque cuando describe pormenorizadamente el pasaje de la Ópera, Aragon toma como puntos de referencias dos librerías, una del interior del pasaje y la otra exterior a él: la librería Rey y la Flammarion. Ese podría ser el hilo vanguardista del que parte secretamente *Los sucesos de la noche*. Reinventar el surrealismo. Reinventar París. Y hacerlo tejiendo viñetas y digresiones y sueños mediante el hilo conductor de las librerías.

Este cómic en dos volúmenes, que promete una continuación que probablemente nunca llegará, porque David B. es famoso por sus proyectos interrumpidos, comienza con la conjunción de un sueño y una librería. El protagonista, que se parece mucho al autor, sueña en 1993 con que encuentra -precisamente- los tomos 2 y 3 de una serie de folletines o revistas titulada *Los sucesos de la noche*, historias fantásticas de finales del siglo XIX y

principios del XX. A partir de ese momento emprende una búsqueda patética, onírica y épica de otros tomos. Una búsqueda en que su camino se cruzará con el de Azrael, ángel de la muerte; con Ene, el dios antiguo de la masacre y el olvido; con un detective curtido en mil juegos sucios, que atesora el archivo de todo lo deleznable que ha ocurrido en la ciudad y el gobierno; con una banda de criminales que se ocultan y se multiplican, y, sobre todo, con los librereros más emblemáticos de París, porque la clave de la indagación está en las librerías, como nodos de una red que le da a la metrópolis otro sentido.

Antes de *Los sucesos de la noche* David B. realizó otros dos volúmenes de imaginación similar, ambientados en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial y protagonizados por los personajes que había creado en *La lectura de las ruinas*. En esas dos entregas de *Por los caminos oscuros* queda claro el interés del autor por las vanguardias históricas y su apuesta por el onirismo y el subconsciente, pues reconstruyen la aventura dadaísta de Gabriele D'Annunzio en Fiume, y planta la semilla que fructifica en su obra posterior, porque en las páginas finales se dice que el protagonista, Lauriano: «escribía artículos para *Los sucesos de la noche*; cada vez con un seudónimo distinto. Intentaba aparecer lo menos posible en todos los actos de su vida. Aguzaba todos sus sentidos buscando una señal del país de Nunca Jamás». Si bien ambos proyectos se pueden considerar como dos actos de una misma y genial obra de teatro, el color de *Por los caminos oscuros* (obra de Hubert a partir de los originales de David B.) aleja esta obra del pulp y la acerca a las artes plásticas de la época que trata, la de entreguerras en ebullición artística. *Los sucesos de la noche*, en cambio, sólo podía ser en blanco y negro, porque el mundo del que participa es igualmente surreal, pero sus caminos son realmente oscuros, sin lugar para el amor o el final feliz de su antecesor.

El resultado de las idas y venidas de David B. por ese París de librerías de viejo y puentes criminales, de despachos de policías y apartamentos donde se cometen asesinatos salvajes, es todavía más extraño que el de D'Annunzio en Fiume. Es una topografía fascinante que contiene tanto elementos de la ciudad surrealista y oulipiana como de la tradición pulp de *Los misterios de París* de Eugène Sue y del cómic underground. Pero, sobre todo y al mismo tiempo, es absolutamente personal. Como *From Hell* de Alan Moore y Eddie Campbell, que nos revela un Londres simbólico y secular (que Moore extrae de la obra postsituacionista de Iain Sinclair, el erudito oscuro de la

metrópolis, el reverso del luminoso Peter Ackroyd, su biógrafo oficial), *Los sucesos de la noche* nos obliga a mirar la ciudad de un modo nuevo, mitológico, mitográfico, desquiciado y deslumbrante. Bajo la historia, bajo las páginas, bajo París, en la obra late una historia inmemorial de la destrucción. Las digresiones que cuentan el mito del diluvio universal según varias versiones, a partir de la babilónica, el primer genocidio ejecutado por los dioses, y la extinción de los grandes mamíferos prehistóricos, la primera extinción ejecutada por los seres humanos le da al cómic un vuelo estratosférico -aunque sean sendos descensos a los infiernos. Esa oscilación constante entre la aventura y la reflexión filosófica, entre la acción barriobajera y la conexión cabalística, entre el relato de detectives y la figuración mitológica hace de *Los sucesos de la noche* una obra maestra. En mi opinión, la obra más importante de su autor.

Las obras mayores de David B. se mueven entre la realidad y la imaginación, entre la verosimilitud y el sueño. Su título más conocido, *Epiléptico. La ascensión del gran mal*, que además de un relato familiar, centrado en la figura de su hermano enfermo, es una autobiografía de artista donde se ve la genealogía de su vocación y de su artesanía, recurre a la enorme plasticidad de su imaginación para escapar, mediante figuraciones abigarradas y míticas, de la aplastante realidad. Y *Los mejores enemigos. Una historia de las relaciones entre Estados Unidos y Oriente Medio*, un libro de divulgación histórica cuyo guión es del profesor Jean-Pierre Filiu, comienza con imágenes bastante fieles al texto y, a medida que avanza, y de un modo definitivo en el segundo volumen, muta en una sucesión de dibujos que interpretan de modo muy libre las palabras que acompaña. Páginas y páginas de interpretación. De torrencial visualización simbólica del universo. Cuando lo real es un punto de partida pero no necesariamente de llegada, como en *Por los caminos oscuros* o *Los sucesos de la noche*, encontramos a mi entender la mejor versión de David B. Porque sea cual sea el material con el que trabaja -documentos o sueños-, lo va a traducir a su propio universo referencial y gráfico, que es más onírico que documental.

Todas las obras que he citado tienen en común una visión del mundo absolutamente conflictiva. Las bandas de criminales de *Por los caminos oscuros* o *Los sucesos de la noche*, con sus enfrentamientos y hasta masacres; las decenas de escaramuzas y guerras entre Estados Unidos y los distintos

países orientales que se van narrando en *Los mejores enemigos*, con un prólogo que conecta ese imaginario violento con *El poema de Gilgamesh*; los enfrentamientos con médicos, vecinos y otras personas que caracterizan la vida de la familia del autor en *Epiléptico*. También otros títulos menores, como *La banda de los postizos* (con Tanquerelle), representan un universo de lucha entre la ley y el crimen, el orden y el caos. En las viñetas más escalofriantes de *Por los caminos oscuros* esas luchas se representan en forma de grabados intestinales, inspirados en pintores como George Grosz, en que los hombres se identifican con perros. Pero en muchas otras páginas la representación nos lleva a un diseño mítico, inspirado en textos sagrados y legendarios. Eso significa que para David B. el surrealismo o el propio lenguaje del cómic no son más que vehículos a través de los cuales conectar con el subconsciente colectivo, con su galería de formas y símbolos, con los dioses que hemos ido matando, con nuestra violencia original.

DE LITTLE HAVANA A MIAMIZUELA

«En Nueva York el español es un idioma de cocina, mientras que en Miami es una lengua de poder», me dice Pedro Medina mientras recorremos en su coche el Biscayne Boulevard. Tras leer *Varsovia*, una novela sucia, poblada por putas y policías de Miami Beach, me esperaba a un tipo rudo y tatuado a lomos de una Harley Davidson: en su lugar ha aparecido un peruano de cuarenta y un años que ha pasado aquí la mayor parte de su vida adulta, gafas de sol, polo negro, a bordo de un Volkswagen Jetta gris. En esta ciudad sin peatones, es lógico que la entrevista sea a cincuenta kilómetros por hora.

«Miami es una vaina que cambia todo el tiempo», afirma. Por eso no es raro lo que ocurrió con *Miami vice* en los años ochenta. La serie de Michael Mann se inventó con su vestuario, sus efectos visuales y su banda sonora new wave y techno una metrópolis que no existía: «Pero con el tiempo la realidad se acabó pareciendo a la de la serie».

El jefe de Sonny Crockett y Rico Tubbs era el teniente Martin Castillo, de origen cubano. Dos décadas después llegó otra serie, *Dexter*, y la jefa de la comisaría cambió de género pero no de origen: María LaGuerta también venía de la isla. Aunque el actual alcalde de Miami, Francis X. Suarez, sea hijo del exalcalde Xavier Suárez, nacido en Cuba, el mapa del poder está cambiando, como lo está haciendo el del periodismo y la literatura.

Cuando Medina llegó desde Lima a principios de siglo, la ciudad era sobre todo anglosajona y cubana: «Yo siempre destaco una novela de aquella época, *Nieve sobre Miami*, de Juan Carlos Castellón, porque el género *noir* estaba en manos de los escritores anglos, y con ese libro un escritor de Barcelona pero con muchos años en América empieza a narrar Miami en nuestro idioma».

Eso es lo que se han propuesto durante los últimos diez años los autores

del grupo Suburbano: impulsar la crónica, la ficción y la crítica escritas en español, a través de su portal de periodismo digital y de la publicación de libros. Libros como *Viaje. One way. Antología de narradores de Miami*, que editaron Medina y Hernán Vera (el otro alma mater del proyecto, de origen porteño) y se ha convertido en un libro de referencia para entender la transformación literaria de esta ciudad que se hunde lentamente. Alrededor de la plataforma y del taller literario de Vera, que cuenta con la complicidad de más de veinte escritores que se reúnen regularmente, se ha articulado aquí una escena literaria latinoamericana con autores como la peruana Rossana Montoya Calvo, los argentinos Gabriel Goldberg y Gastón Virkel o el venezolano Camilo Pino. Aunque la joven Legna Rodríguez Iglesias o los veteranos José Abreu Felipe y Antonio Orlando Rodríguez sigan asegurando el acento cubano, ya no es el predominante en los libros escritos aquí, donde viven también Jaime Baily, Andrés Oppenheimer o César Miguel Rondón.

Estas autopistas urbanas, estos barrios que parecen islas, estos contrastes entre la opulencia extrema y la miseria enajenante, este bochorno con fuerte olor a trópico, este hundimiento y cada uno de los huracanes están siendo narrados en todos los acentos de nuestros idiomas.

* * *

«Yo hablo perfecto inglés», le dice en perfecto español una muchacha mulata a un señor con guayabera. No está hablando en inglés ni una sola de las 43 personas que hay en este momento en Versailles Bakery, el restaurante cubano más famoso del mundo según reza el rótulo -y tal vez sea cierto. Piden o degustan croquetas, empanadas gallegas, tortillas de pimiento, sándwich cubano, *cheesecake*, pastel tres leches o tartaleta de manzana o de nueces, que acompañan con un jugo natural o un cortadito con evaporada.

Desde su apertura en 1971 el Versailles ha sido un importante lugar de reunión del exilio cubano. Aquí se celebró con música y ron y tanta euforia la muerte de Fidel Castro el 25 de noviembre de 2016. El suelo es una colmena verdiblanca de hexágonos muy desgastados. Los cubanos ricos ya no viven aquí, pero sí vienen a reunirse con amigos o a comprarles la merienda a sus hijos. En Little Havana conversaron en voz baja durante décadas los agentes de la CIA y los líderes del exilio, para conspirar y para tramar atentados. Es

muy probable que varios de esos encuentros ocurrieran en estas mismas mesas.

«Ahora, en este preciso momento, esas reuniones están ocurriendo en El Doral, una zona de Miami que se conoce como Doralzuela, para acabar con Maduro», me dice Medina quitándose las gafas de sol en una mesa de la cafetería. Y sentencia: «Dentro de diez o quince años estudiaremos el Miami venezolano como ahora estudiamos el cubano.»

Nos despedimos después de pasear por las cigarrerías, los locales de salsa y mojitos y el parque del Dominó, donde los viejos cubanos juegan como si fueran autómatas o atracciones del parque temático del exilio. «Ahora me quitaré mi ropa de escritor y me pondré el traje de la oficina», me confiesa Medina mientras nos damos la mano: «trabajo en un banco venezolano.»

* * *

Entre Little Havana y Miamizuela hay cuarenta minutos en Uber y casi medio siglo de historia latinoamericana. De 1953 a 1999, de la Revolución de los Barbudos al inicio de la presidencia del Comandante Hugo Chávez. «Mi papá es hijo de cubanos y nacido en Cuba, llegó a los tres años a Venezuela, sabía muy bien qué era un régimen comunista, de modo que el primer año del gobierno de Chávez dijo que no se quedaba allá y se vino para Estados Unidos», me cuenta Verónica Ruiz del Vizo -treinta y dos años, chispa en la mirada, 115.000 seguidores en Instagram-, «forma parte del primer grupo de inmigrantes venezolanos, que llegó a principios de este siglo, con mucho dinero, compró casas en dos zonas, Weston y en El Doral, hizo inversiones, creó empresas, pero no fue una emigración públicamente notoria.»

La que se hace notar es la que comienza en 2014. Las protestas y la represión y las sucesivas crisis vuelven irrespirable el aire en Venezuela: empiezan a llegar miles de estudiantes, profesionales, periodistas, intelectuales, en una sucesión de olas que llega hasta nuestros días. La mayoría de ellos se instala en El Doral. Y empieza a organizarse como una auténtica diáspora.

La directora de Mashup -la agencia de gestión de contenidos digitales que fundó hace casi una década, cuando todavía estaba en la universidad- es ahora una de las voces destacadas de ese segundo gran exilio masivo de habitantes

de un país latinoamericano en Miami. Entre las iniciativas en que se ha involucrado destaca Dar Learning, un programa educativo en que varios grandes profesionales venezolanos con más de diez años de experiencia en un área dan cursos gratuitos *online* para ayudar a personas en su proceso migratorio.

«Lo que diferencia nuestra literatura de la cubana», opina Vera, «es que para ellos el pop y la tecnología nunca fueron importantes, y en cambio para nosotros fueron fundamentales.» «Lo que diferencia nuestra diáspora de la cubana», según Ruiz del Vizo, «es que muchos de los primeros venezolanos que llegaron aquí tenían experiencia en el mundo corporativo y encontraron puestos de nivel ejecutivo, cuando no abrieron sucursales de sus propias empresas, y todos los jóvenes que llegamos después teníamos una gran experiencia en el uso de lenguajes contemporáneos, como los de las redes sociales.» Twitter, por ejemplo, se convirtió hace años en la herramienta que utilizan miles de ciudadanos de Caracas y otras ciudades del país para conseguir penicilina o sangre.

A través de Facebook, Instagram, WhatsApp o Twitter, los inmigrantes del mundo cultural se han podido vincular y organizar a una velocidad sin precedentes. El Paseo de las Artes, que cerró en El Doral, por ejemplo, ha reabierto en Wynwood, con una gran oferta teatral y de humor. Las salas se llenan cada fin de semana. En la subcultura del exilio George Harris se ha convertido en una estrella de la *stand-up comedy*, con sus chistes sobre Nicolás Maduro y Diosdado Cabello y hasta su propia madre.

«Eso ha supuesto una alianza inesperada entre inmigrantes venezolanos y colombianos, en teatros, en galerías de arte, en artesanía», comenta la creativa e *influencer*. Incluso la arepa se ha vuelto un lugar de encuentro, con nuevos restaurantes que tienen en su carta unas arepas reinventadas en clave de cocina creativa, por parte de chefs de los dos países. La discusión de siglos sobre quién inventó la arepa ha encontrado una tregua en Miami: a ver si se animan los inmigrantes chilenos y peruanos y llegan a un acuerdo sobre la propiedad intelectual del pisco sour.

* * *

El local más emblemático de la comunidad venezolana de El Doral durante los

últimos quince años está en una gasolinera, porque antes de la desafortunada inversión de los recién llegados este suburbio era vertedero e industria. En el parking de El Arepazo hay varias camionetas y una estatua de Simón Bolívar. A la una del mediodía de un miércoles de septiembre están ocupadas todas las mesas menos las tres que tienen un cartelito de «reservado», con el escudo del Barça a un lado y el del Madrid al otro. Debajo de los nueve televisores de plasma la decoración de las paredes incluye el eslogan del restaurante de arepas y tequeños («La Venezuela de ayer: cómo olvidarla») y varias páginas de diarios («Día de la Liberación. 18 horas de júbilo frenético en Caracas por la caída del dictador»). No hay duda de que aquí se celebrará por todo lo alto el fin de Maduro.

En Doral City Place, un complejo de apartamentos de tres habitaciones por 3.620 dólares al mes, con restaurantes de quesos franceses y heladerías en los bajos, a diez minutos en Uber y diez años de historia de la diáspora venezolana, dejando la sede de Univisión a mano derecha, sólo hay un espacio cultural. Cinébio ofrece una carta de tragos y de platos latinos y otra de películas de Hollywood. Ceviche o churrasco con jalapeño *pineapple margarita* antes de ver, por ejemplo, *Crazy Rich Asians*.

«¿Por qué no abre una sucursal de Altamira en El Doral?», le pregunto a Carlos Souki, dueño de la única librería que vende exclusivamente libros en español en Miami, situada en Coral Gables. «Porque no nos interesa centrarnos en los lectores venezolanos, aunque nosotros lo seamos, y aquí, entre Books and Books y Barnes & Noble, es donde vienen los lectores en nuestro idioma de toda la ciudad, por eso nos interesaba estar aquí.»

En Caracas tenían tiendas de discos, porque en los años ochenta descubrieron que había un público muy interesado en música en inglés que no podía conseguir lo que deseaba: «Y aquí descubrimos que también había un público insatisfecho, pero a la inversa, de literatura en español, por eso importamos libros de España, México, Colombia y, hasta hace poco, Argentina, para que todas esas personas puedan tener acceso a lo que les interesa». Tras viajar a la feria Liber de Madrid y llegar a acuerdos con las editoriales más importantes, se dieron cuenta de que podían competir con Amazon, que en Estados Unidos no cuenta con una política de precios en español tan agresiva como la que rige sus ventas en inglés, porque comercia a través de terceros. «Amazon es el Coco, pues», dice Souki sonriendo y

señalando los anaqueles de madera bañados por una luz verdosa, «pero nosotros hemos logrado que el 80% de nuestros títulos tengan un precio inferior al del nombre que no se puede nombrar.»

El 70% de la población de Miami habla o entiende el español. La Feria del Libro organiza cerca de doscientas actividades al año con autores hispanoamericanos. Pero el mercado está muy condicionado por la presión social y cultural del mundo anglosajón. Altamira cumple ahora dos años de vida en su lucha por conseguir que los habitantes de Miami, acostumbrados a cronometrar su vida cotidiana y a comprar por internet, se acerquen al 219 de Miracle Mile para pasar la tarde entre libros.

«Para que veas cómo son los hábitos, incluso de los latinos, te cuento que nuestro mejor cliente nos llama cada tres lunes para darnos una lista de los libros que querrá tres lunes más tarde, y nos envía un cheque; no lo conocemos, vive a cuatro cuadras, pero nunca le hemos visto la cara: un día le dijimos que podíamos ir personalmente a llevárselos, y nos dijo que no le diéramos problemas, que lo prefería por correo.»

MI BUENOS AIRES LIBRESKO

UNA ENTREVISTA A ALBERTO MANGUEL EN LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ARGENTINA

En su despacho de director de la Biblioteca Nacional de Argentina destacan un póster del séptimo centenario de Dante y un busto del poeta italiano, una fotografía de Jorge Luis Borges, una gran bandera albiceleste y un pequeño dinosaurio de plástico verde. «Me lo regaló mi hijo», me cuenta el escritor argentino-canadiense, bibliófilo, nómada cultural, profesor, traductor, editor, ensayista y novelista, antólogo, crítico, polígrafo multilingüe, gestor cultural y, sobre todo, lector Alberto Manguel, setenta años que crean estratos sucesivos a través de las gafas en sus ojos muy claros, «porque se llama *Albertosaurus* y encontraron su esqueleto en la provincia canadiense de Alberta.» Después se sienta en una gran butaca, me ofrece la otra y comenzamos a hablar.

Estamos en una institución que todo el mundo vincula con Borges. ¿Cómo le está ayudando su experiencia como director de la Biblioteca Nacional para entender mejor al maestro?

Son dos hechos que sólo se relacionan en esa constelación universal donde todo está relacionado. Borges fue director simbólico de la biblioteca, un director universal, un bibliotecario universal, que representó no a la Biblioteca Nacional de Argentina, sino a la Biblioteca en todos sus aspectos. Ahora bien, la Biblioteca Nacional de Argentina, como una institución de piedra y hierro, de papel y de tinta, implica obligaciones, necesidades y funciones extraliterarias. Borges fue el símbolo de lo literario, y la literatura se divide en un antes y un después de Borges. No se puede escribir en

castellano ni tampoco se puede escribir en cualquier otra lengua sin sentir, consciente o inconscientemente, la presencia de Borges. Textos como «Pierre Menard...» cambian para siempre la noción de lo que significa escribir y leer. Mi misión se encuentra en otro campo, completamente distinto, que es el de la pura administración. Yo he abandonado mi carrera de escritor y, hasta cierto punto, de lector, asumiendo este puesto de director de la Biblioteca Nacional a fines de 2015, y me he convertido en la persona encargada de eliminar obstáculos al trabajo de las ochocientas y pico de otras personas que trabajan aquí. ¿Conoce usted un ballet de una gran coreógrafa alemana, Pina Bausch, que se llama *Café Müller*? ¿Recuerda que se trata de una mujer que baila y otro personaje le quita las sillas del camino para que no se tropiece? Pues yo soy esa persona.

En Con Borges, su libro de recuerdos, vincula el trabajo de Borges como bibliotecario con el suyo como librero, porque él pasaba por la librería donde usted trabajaba después de salir de la sede anterior de esta misma biblioteca. Además de conocer a Borges, ¿qué más le aportó aquella primera experiencia como joven librero?

Yo trabajaba en la librería Pigmalion, donde vendíamos libros en inglés y alemán, a la edad de quince, dieciséis, diecisiete años. Iba al colegio por las tardes. Y Borges venía a comprar sus libros ahí, y un día me pidió que fuera a su casa a leerle, como a tantas otras personas. Yo ya sabía que quería vivir entre libros, sabía que el mundo me era revelado a través de los libros y que luego el mundo confirmaba o daba una versión imperfecta de lo que los libros me habían revelado. Lo que hizo Borges fue darme dos enseñanzas fundamentales. La primera es que no me preocupase por las expectativas del mundo de los adultos, que querían que fuese médico, ingeniero o abogado -vengo de una familia de abogados- y que aceptase mi destino entre los libros. La segunda se refiere a la escritura. Borges quería que le leyese unos cuentos que le parecían casi perfectos, sobre todo de Kipling, pero también de Chesterton y Stevenson, porque quería revisitarlos antes de ponerse a escribir de nuevo cuentos. Él dejó de escribir cuando se quedó ciego, y diez años después, a mediados de los años sesenta, quiso volver a escribir. Quería ver cómo estaban fabricados. Recordemos que para Borges hay una palabra importante, el vocablo con el cual los anglosajones nombraban al poeta, el

hacedor, *the maker*. Para Borges la escritura era un trabajo manual, de ingeniería, entonces él anatomizaba el texto, paraba mi lectura después de una frase o dos para observar cómo se combinaban las palabras, qué palabras habían sido elegidas, qué tiempo verbal se usaba, cómo se reflejaba una frase en la otra. Esa segunda enseñanza, una enseñanza relacionada con la escritura, fue que para escribir hay que conocer el arte. Los ingleses tienen la palabra *craft*, la artesanía de un texto. Hasta entonces yo había pensado que la literatura era emocional, filosófica, aventurera. Borges me enseñó a preocuparme por cómo ese texto fue construido antes de comunicar la emoción. Como si mi relación hasta entonces con las personas fuera a través de lo que decían, de su aspecto físico, y de pronto me dijeren: no, no, fijate en cómo respiran, en cómo caminan, cuál es la estructura de sus huesos.

Pero al margen de las lecciones de Borges, ¿usted qué aprendió en la librería?

Cuando entré, la dueña me dijo: como no sabes nada de librerías, lo primero que tienes que saber es qué contiene una librería y dónde está lo que contiene. Es algo que han olvidado los libreros de hoy: van a la computadora, cuando uno les pregunta: «¿Tiene *El Quijote*?», preguntan de quién es ese libro y lo buscan en la computadora, y si la computadora les revela que hay un ejemplar, preguntan a la computadora dónde está el libro en sus estantes. Nosotros, que no teníamos la computadora, teníamos que aprender la cartografía del lugar. Me puso con un plumero a sacar el polvo... Durante un año no hice más que eso. Y me dijo «cuando veas un libro que te interesa, lo sacas y lo lees», ella esperaba que yo lo trajese de vuelta pero muchas veces me quedaba con el libro... Porque necesitas saber qué estás vendiendo. Entonces me enseñó que un librero tiene que conocer su espacio, tiene que conocer a los habitantes de ese espacio y tiene que saber hablar y recomendar lo que hay en ese espacio.

¿Qué librerías frecuenta usted en Buenos Aires?

Las librerías que yo frecuento, pues yo no compro nunca libros en Amazon, son aquellas donde puedo conversar, donde el librero, con un gusto que puedo o no compartir, habla de libros. Entonces, por ejemplo, aquí en Buenos Aires mi librería favorita se llama Guadalquivir, porque los libreros saben lo que

hay ahí y tienen sus pasiones privadas y a veces los escucho y a veces no y a veces me llevo los libros que me recomiendan y a veces no; pero de eso se trata, de un lugar de pasión de lector, que es lo que aprendí en Pigmalion.

¿Sobreviven algunas librerías del Buenos Aires de su adolescencia?

Las librerías que frecuentaba no existen más. La librería Santa Fe, que yo quería mucho, se ha transformado en otra cosa más comercial. Las librerías que yo conocía, como Atlántida, no existen; pero hay muchas nuevas librerías excelentes. Eterna Cadencia es una librería buenísima, y luego quedan todas esas librerías de libros de segunda mano de la avenida Corrientes, y sobre todo la librería de Ávila, frente a mi colegio, el Colegio Nacional de Buenos Aires, y también está una librería que he descubierto ahora en un lugar subterráneo y espantoso, en Florida con Córdoba, se llama Memorias del Subsuelo, es extraordinaria, de libros usados, ahí siempre encuentro de todo.

Usted ha vivido también en París, en Milán, en Tahití, en Inglaterra, en Canadá, en Nueva York. ¿Cuáles han sido sus librerías en todos esos lugares?

Las grandes librerías del mundo son librerías pequeñas. En cada país, en cada ciudad tengo algunas librerías favoritas a las que siempre vuelvo. En Madrid, la librería Antonio Machado; pero me gustan también mucho las librerías de libros de segunda mano, hay una en la calle de Prado, otra cerca de la plaza de la Ópera. Me importa siempre esa relación con el librero. Y hay una distinción importante. Las librerías de libros nuevos frente a las de libros usados. Yo prefiero las librerías de libros usados, me gustan los libros con biografía, me gusta descubrir a viejos amigos y encontrar obras relacionadas con los libros que ya conocía. Obviamente entre los libros nuevos siempre hay cosas que a uno le sorprenden, sobre todo en el área del ensayo, el ensayo literario ha encontrado un auge en este tiempo y me encantan esos ensayos inauditos, sobre la historia del cabello o libros sobre los transportes públicos, cosas así, inesperadas. Es cierto que en muchos lugares las librerías han desaparecido. Nueva York, que era una ciudad de librerías, ha sufrido una auténtica extinción; pero hay unas pocas librerías que sobreviven, como reliquias de un tiempo que ha pasado. Eso afecta a la vida intelectual de una ciudad, afecta a la conversación, cambia la manera en la que uno piensa. En

Madrid, en Buenos Aires o en París ves a gente con un libro en la mano. En Nueva York, la gente siempre tiene un iPhone en la mano y eso me perturba. No es que las lecturas virtuales me parezcan nefastas, sino que es otra cosa. El equivalente de este desierto intelectual en el mundo del transporte sería la ciudad de Los Ángeles, donde uno no camina, sino que va a todas partes con el coche: una ciudad donde no se camina es una ciudad de fantasmas.

Ha vivido en varias ciudades y continentes, escribe regularmente, que yo sepa, en español, inglés y francés, y lee en portugués, alemán e italiano. Es, por tanto, un escritor extraterritorial, según la famosa etiqueta de George Steiner... ¿Se siente parte de una tradición de escritores viajeros?

Yo no me considero un escritor viajero, me considero un viajero que escribe, un viajero por obligación, porque en realidad no quiero cambiar de sitio, pero hay algo en mi destino que me obliga a irme del lugar donde soy feliz para encontrar otro. Si tuviese que buscar una genealogía para mis actividades, sería la de los lectores que se han resignado a escribir. Todos mis libros surgen de mis lecturas. Como Borges decía, que otros hagan alarde de los libros que han escrito, que él hacía alarde de los libros que había leído. Es una declaración que me define. Si me dijiesen que no puedo escribir más me preocuparía mucho menos que si me dijiesen que no puedo leer más. Si no pudiese leer más, me sentiría muerto.

Entonces, ¿por qué asumió esa responsabilidad de gestión de la Biblioteca Nacional, que le impide poder seguir escribiendo y leyendo? ¿A qué se debe ese sacrificio?

Yo creo que tenemos ciertas obligaciones y que cada uno sabe cuáles son. Yo debo mi vocación al Colegio Nacional de Buenos Aires. Probé un año en la universidad, después de seis años en el colegio secundario, pero éstos habían sido tan excelentes, que no seguí. Me dieron toda la base de lo que yo hice después. Yo leo a través de lo que aprendí en el Colegio, escribo a través de lo que aprendí en el Colegio, tengo muy pocas ideas que sean posteriores a mi estancia en el Colegio. De manera que tengo una enorme deuda intelectual con el Colegio Nacional de Buenos Aires, donde fui tan afortunado de tener profesores como Enrique Pezzoni o Corina Corchon y muchos otros, una deuda con la ciudad de Buenos Aires. Y luego estaba la coincidencia un poco

absurda de que yo conocí a Borges cuando trabajaba como director de la Biblioteca, cuando estaba en la calle México. Que después de un poco más de medio siglo volviese a ocupar, lo digo con gran descaro y vergüenza, el puesto que ocupaba Borges, me pareció el inevitable argumento de una mala novela donde el lector no cree que esas coincidencias fuesen posibles.

Además usted nunca había ejercido como bibliotecario...

En efecto, ese sería un tercer argumento. Toda mi vida he vivido entre libros, he pensado acerca de libros, he reflexionado sobre bibliotecas y librerías y sobre el acto de lectura; pero nunca he sido bibliotecario, y me pareció que me estaban dando una oportunidad de entrar en la cocina después de haber escrito cientos de recetas, que finalmente ponía las manos en la masa. Muy rápidamente me di cuenta de que no, de que no iba a ser bibliotecario, de que no se puede aprender a ser bibliotecario sin seguir una carrera de formación bibliotecaria, pero que podría ayudar a los que ejercen esa tarea. A los treinta años tenía energía de sobras para una tarea así. Ahora acabo de cumplir setenta, y físicamente siento que no tengo la energía para seguir durante mucho tiempo, porque este es un trabajo que exige una presencia física y mental desde temprano por la mañana. Yo estoy en la biblioteca desde las seis y media de la mañana, y con las cenas oficiales y demás, no me voy a la cama hasta la medianoche. Siete días por semana, con los viajes y con problemas constantes, es decir, una biblioteca no es un lugar donde se hace una sola cosa. Cada quince minutos tengo que resolver un problema, de instalación eléctrica, de compra de libros, de burocracia de aduana, de política gremial, de problemas personales, son 850 personas, un hijo enfermo, un divorcio, diseño de exposiciones, materiales administrativos, conferencias, talleres, digitalización, en fin... Cada quince minutos hay un problema distinto, y aunque tengo un equipo maravilloso, es agotador. Si bien yo quisiera acabar mis días en la biblioteca, que me encuentren alguna tarde tirado en el piso de esta oficina, pienso que voy a seguir en mi puesto mientras tenga la energía para cumplir adecuadamente con mis funciones.

Una parte de su biografía que me intrigaba es la de estos años como director de la Biblioteca, la otra que me intriga mucho es la de sus años en Tahití. ¿Cómo fue su vida allí?

Como usted sabe, nuestras geografías son todas imaginarias. Los lugares existen según lo que nos han contado sobre ellos, la realidad física sirve para disuadirnos de que un lugar era como nos lo habían contado. Yo estaba trabajando en una librería en París, que había abierto un editor, acababa de casarme. Tenía veinticuatro, veinticinco años. Entonces, por un problema no resuelto con ese editor, decidí dejar el puesto, sin tener todavía otro trabajo. Casi el último día en la librería vino a verme una persona para comprar libros que vivía y trabajaba en Tahití, en una editorial francesa, y con ese descaro que uno sólo puede tener cuando es joven, le pregunté: «¿Y no necesitaría por casualidad un editor en Tahití?», y me dice: «Por casualidad, sí lo necesito, me gustaría conversar con usted». Entonces fuimos a tomar un café y al cabo del café me había ofrecido un trabajo en la otra punta del mundo. Volví a casa y le dije a mi mujer que teníamos que buscar en el mapa dónde estaba Tahití, porque nos íbamos dentro de dos semanas, e hicimos las maletas. Son muy distintos los lugares que visitamos como turistas y esos mismos lugares si vivimos en ellos. Tahití es bellissimo, sobre todo las islas que rodean la isla principal, Morea, por ejemplo, pero si uno vive en la capital, trabaja en la capital, descubre que las cosas son carísimas, porque todo es importado, y además si trabajas todo el día no tienes tiempo de ir a la playa (y a mí no me interesan los deportes, entonces no iba a bucear y esas cosas). El clima es tropical húmedo, todo se pega a la piel, los insectos te pican, los libros se cubren de moho...

Entonces... ¿Descartamos cualquier posibilidad de aventura?

Yo no tuve ninguna aventura en Tahití, trabajaba en una oficina de Éditions du Pacifique como podría haber trabajado en una oficina de... No sé... Cualquier lugar del mundo, con la dificultad de que estábamos antes de la era electrónica, de modo que teníamos que hacer libros escritos en Francia, puestos en página en Francia y luego impresos en Japón, donde era más barato imprimir, en un proceso que duraba mucho tiempo y era trabajoso. Había que escribir muchas cartas, teníamos télex, pero funcionábamos sobre todo por correo normal. Era un trabajo un poco rutinario, lo hice durante cinco años: primero pasamos dos años, después volví a Francia durante un año, y después volvimos a Tahití con dos hijas que se criaron prácticamente en la playa. Cuando terminó ese período, en el 82, el editor se mudó a San Francisco y

tuve la posibilidad de elegir entre San Francisco, ir a Japón -donde me habían ofrecido un puesto, porque me conocían- o de intentar iniciar una nueva carrera, una nueva vida en Canadá. Mi libro *Breve guía de lugares imaginarios* había tenido mucho éxito en Canadá, también la antología que preparé de literatura fantástica, el sello se llamaba Lester & Orpen Dennys y su editora, Louise Dennys, me preguntó si quería vivir allí. Y me dije, bueno, si quiero tener una carrera como escritor quizá esta vez sería bueno que nos instalemos en el país que no esté en la otra punta del mundo y rodeado de mar. Y nos fuimos a Canadá. La aventura llegó en ese momento. Con mi mujer embarazada de nuestro tercer hijo, pasamos por Argentina, donde mi hermana se había casado unas semanas antes de la guerra de las Malvinas. Mi exmujer es inglesa, y las niñas habían nacido en Inglaterra. A mí me quitaron el pasaporte argentino, ellas no podían salir, yo no podía salir, tuvimos que fugarnos furtivamente a Uruguay, donde tomamos el avión a Inglaterra. Pero no me dejaban entrar en Inglaterra, donde estaba por nacer mi hijo, porque yo era el enemigo. Finalmente, después de mucho tiempo, me dieron una visa de compasión, como la llamaban, y pude llegar justo para el nacimiento de mi hijo. Y de ahí, sí, nos fuimos a Canadá.

En su último libro, Mientras embalo mi biblioteca, habla del proceso de despedirse de su biblioteca de 40.000 ejemplares y de su casa en Francia, una biblioteca que ahora se encuentra en un almacén, en cajas. ¿La documentó fotográficamente? ¿Sueña con ella? ¿Sabe qué pasará con ella en el futuro?

Vamos a ver. Hay fotos que tomaron mis amigos de la biblioteca cuando fue embalada. Sí, sueño con ella, siempre, constantemente. Ha reemplazado todos los otros paisajes de mis sueños y siempre vuelvo a esa biblioteca, a ese jardín, a mi perra. La definición del paraíso se corresponde con el lugar que uno pierde y mis sueños me demuestran que ese lugar, en mi caso, era el paraíso. Nunca había tenido y nunca tendré una casa con tanta paz, con tanto espacio para reflexionar y con todos mis libros reunidos, que están ahora en un depósito en Montreal. No sé si en algún momento, antes de mi muerte, podré volver a ponerlos en estanterías. Hay algunos proyectos de instituciones de Estados Unidos y de Canadá, que quizá puedan alojarlos, pero nada se concreta y yo tengo muy pocas esperanzas de que eso se haga antes de que yo

muera. La he definido como una biblioteca de la historia de la lectura, porque ese es su corazón.

¿Por qué tuvo que irse de esa casa, con su fabulosa biblioteca?

Por razones burocráticas. No quiero entrar en el tema... Pero durante dos o tres años tuve que luchar con la burocracia francesa y después dije no, no quiero pasarme el resto de mi vida haciendo esto. En algún momento de 2005 o 2006 yo hice unas declaraciones en Francia contra Sarkozy, diciendo simplemente que todo lo que él estaba haciendo iba en una dirección peligrosa, aunque contenida por el Estado democrático francés, pero que en Argentina, antes de la dictadura militar, nosotros también pensábamos que todo ese movimiento de derecha estaba contenido por la estructura democrática del país. Y no fue así. Entonces, añadí que nunca podía uno estar seguro de que una institución democrática fuese suficientemente fuerte para soportar el embate de un movimiento derechista. Parece que algún político local del partido de Sarkozy, del pueblo donde yo vivía, se ofendió mucho con eso y me hizo perseguir burocráticamente, que es la peor persecución de todas, buscando el quinto pie del gato, y tuve que contratar abogados, y me empezó a costar una fortuna y en cierto punto -esto le parecerá divertido a usted, que también es lector, si no fuera terrorífico- me pidieron, de mi biblioteca de 35.000 volúmenes en ese momento, que les diese una constancia de la compra de cada ejemplar, de cuánto costó y dónde lo compré, con documentos. Al poco tiempo me rendí, dije no, vendimos la casa, se nos destrozó el corazón y embalamos los libros y aquí estoy.

En Mientras embalo mi biblioteca dice que ahora entiende mejor a don Quijote: cuando le destruyeron su biblioteca dejó de tener interés en regresar a casa...

Es así, o mejor dicho, sintió que la biblioteca la llevaba en él, y que así podía actuar en el mundo. Yo «actúo» ahora en el mundo a través de mi biblioteca mental. No es lo mismo, pero me sirve.

En el libro habla de algunas secciones importantes de su biblioteca personal, como la de estudios gais. La homosexualidad y el feminismo son algunos de los ejes de actuación de la Biblioteca Nacional de la nueva

época, según he leído. ¿Cómo se relaciona, entonces, la sección que uno tiene, por ejemplo, en su biblioteca personal, sobre libros de homosexualidad, y el proyecto posterior, de alcance público?

Es muy distinta la biblioteca personal y la nacional. En la biblioteca personal las secciones principales eran las secciones por idioma, por el idioma en el que el libro estaba escrito originariamente. Entonces, ahí había de todo, ensayo, ficción, poesía, teatro. En la sección literatura en lengua castellana tenía incluso traducciones al ruso de *El Quijote*. Luego había ciertas secciones especiales, como la de los libros de cocina, de los diccionarios y libros de etimología, los libros sobre la tradición de Don Juan... Otra sección era la de literatura gay y lesbiana, algo de literatura erótica y ensayos sobre el cuerpo. Me interesa mucho nuestra obsesión con los rótulos: no podemos pensar fuera del vocabulario de las etiquetas, aunque sabemos que las etiquetas restringen y distorsionan lo que queremos conocer. No es lo mismo poner el cuento «Los asesinos», de Hemingway, bajo el rótulo de literatura policial, que de literatura clásica americana o de literatura masculina. En fin. Me interesaba cómo se define lo gay o lesbiano a través de un rótulo y entonces hice con mi compañero [Craig Stephenson] una antología gay que deliberadamente llamamos *In Another Part of the Forest: Anthology of Male Gay Fiction* y que incluía cuentos sobre hombres homosexuales escritos por todo tipo de escritores y de escritoras. El tema me interesa personalmente. Pero la Biblioteca Nacional es otra cosa. Yo quiero que la Biblioteca Nacional represente a todos los habitantes de esta sociedad. Entonces, vamos a abrir un centro de documentación de los pueblos aborígenes, de los pueblos originarios, para recatalogar material que tenemos. También estamos ordenando y ampliando la sección gay, lesbiana y transexual, justamente para que haya documentación en la Biblioteca Nacional de quien quiera informarse sobre el tema.

En un librito que le publicó la editorial Sexto Piso, Para cada tiempo hay un libro, usted dice: «Desde la época de Gilgamesh, los escritores se han quejado siempre de la mezquindad de los lectores y de la avaricia de los editores. Y sin embargo todo escritor encuentra a lo largo de su carrera algunos notables lectores y algunos generosos editores». ¿Cuáles han sido, en su caso, esos lectores y esos editores?

Muchos, por suerte. Mi primera lectora generosa fue Marta Lynch, la novelista, que era la madre de un compañero mío del Colegio Nacional de Buenos Aires, su hijo le llevó algunos escritos míos, muy malos, los primeros cuentos que escribía, con quince años, y me mandó una carta, ella que era una novelista reconocida, una carta hermosa que conservo, en papel azul, comentando mis cuentos, alentándome... Acababa con esta frase: «Te felicito y te compadezco». Editores he tenido muchos también generosos. Quiero destacar a Valeria Ciompi, ahora somos amigos, era mi segunda editora, pero se convirtió en mi editora principal en lengua castellana y me ayudó muchísimo. Gracias a ella tengo presencia en nuestro idioma. Además, los libros de Alianza Editorial son bellísimos. No hay más que ver la maravilla que han hecho con el diseño de *Mientras embalo mi biblioteca*.

Yo diría que sus dos libros más ambiciosos son Una historia de lectura y Una historia de la curiosidad, ambos editados justamente por Alianza. En ellos encontramos un estilo que es al mismo tiempo riguroso y ameno, levemente académico y muy seductor. ¿Cómo encontró ese estilo? ¿Cómo llegó a lo que comúnmente se llama «una voz»?

Entre mis lecturas infantiles había una colección de libros que me encantaba, «Clásicos para chicos», con títulos como *La Isla del tesoro*, *Azabache*... Y cada volumen tenía una introducción de una mujer que se llamaba May Lamberton Becker, que siempre tenía el mismo título, «Cómo fue escrito este libro». Y me encantaba porque daba los datos biográficos y bibliográficos necesarios, pero contándolos como si hablase con un amigo. Me parece que la conversación con el lector tiene que ser una conversación inteligente, tiene que ser una conversación en la cual uno siempre suponga que el lector es más inteligente que uno, pero uno tiene que tratar de decir las cosas de la manera más simple posible. Una editora mía de Canadá, Barbara Moon, me dio un consejo formidable: «Cuando estés escribiendo imagina a un pequeño lector sentado sobre tu hombro, que ve lo que estás escribiendo y te pregunta: “¿Y por qué me estás contando esto a mí, que no soy tu mamá?”». Es muy importante no confundir la primera persona del singular con la primera persona singular. Yo me uso como personaje, como tantos escritores, para hacer que el lector entre en confianza. La *Comedia* sería una cosa muy distinta sin Dante como personaje principal. Yo no soy el Alberto Manguel que recorre

mis libros, yo elijo algunas opiniones, algunas de las ideas de Alberto Manguel, y las pongo en primera persona. A nadie le interesa lo que yo pienso cada minuto del día, lo que yo como, lo que hago.

La Biblioteca Nacional fue la sede del acto final del #Dante2018, la propuesta del profesor argentino Pablo Maurette, afincando en Estados Unidos, que ha llevado a miles de personas a leer La Divina Comedia durante los primeros cien días de este año...

Fue realmente maravilloso. No me esperaba semejante repercusión. Fue muy interesante y muy emocionante ver a tanta gente leyendo a Dante gracias a las redes sociales.

Además de a la docencia y a la escritura de libros, se ha dedicado profesionalmente sobre todo al periodismo cultural y a la edición. ¿Qué consejos les daría a los jóvenes que quieren dedicarse a ello?

Borges me dijo que si quería dedicarme a la literatura, no enseñase ni hiciese periodismo, ni fuese editor. Pero uno tiene que vivir de algo y no todos somos best sellers.

Es curioso ese consejo de Borges, porque él se dedicó toda la vida a la edición y escribió en varias revistas...

Si uno quiere hacer periodismo cultural, le recomendaría que busque un medio en el que reconozca su estilo -hoy puede ser también una publicación virtual-, que escriba un artículo en ese estilo, que lo envíe y que cruce los dedos. Pero debe saber también que tiene que escribir cientos de artículos para ganarse así la vida. El *Times Literary Supplement* de Londres paga, por un ensayo que lleva semanas escribir, unas cincuenta libras. Y *Babelia*, en España, paga trescientos euros. Si uno, en cambio, quiere ser editor: mi consejo es que se amigue con un editor.

*Como se observa claramente en *Fantasies of the Library*, el libro de The MIT Press editado por Anna-Sophie Springer y Etienne Turpin, la última tendencia en teoría de la biblioteca es defender su dimensión relacional y la intervención en ella de curadores y mediadores. Es decir, la biblioteca ha sido invadida o contaminada (yo creo que felizmente contaminada) por el*

arte contemporáneo. ¿Qué opina de esas ideas? ¿La Biblioteca Nacional participa de ellas?

Depende. Una parte de las actividades de una biblioteca pública es la de sus exposiciones y eventos, y allí intervienen curadores y mediadores. Pero esa es la parte «visible» del iceberg: la parte invisible (y mucho mayor) es su actividad técnica: digitalización, confección del catálogo, preservación, etcétera.

Se trata, de hecho, de la recuperación de ideas ya formuladas en parte por Aby Warburg. En La biblioteca de noche le dedica un capítulo, «La biblioteca como mente», donde dice que su biblioteca estaba regida por una suerte de «composición poética». ¿Es toda biblioteca personal poética o caos y toda biblioteca pública prosa u orden?

Toda biblioteca tiene parte de ambas.

Bajo la dirección de Borges nació la escuela de formación de bibliotecarios. ¿Qué es lo más importante que debe defender un bibliotecario?

La existencia misma de la biblioteca. Si una biblioteca existe, si una biblioteca funciona como debe funcionar, todos los otros aspectos pueden bien que mal desarrollarse.

Dice en Mientras embalo mi biblioteca que es fundamental no olvidar que una biblioteca nacional no es de la capital, sino del país. En Bogotá hablé con Consuelo Gaitán, la directora de la Biblioteca Nacional de Colombia, precisamente de eso: ella está convencida de que hay que tejer y que reforzar la red que une a todas las bibliotecas colombianas, de todos los tamaños, tanto en los núcleos rurales como en las ciudades. Pero allí Medellín contrapesa a la capital, Buenos Aires en cambio no tiene rival. ¿Cómo está trabajando la descentralización?

Las bibliotecas provinciales tienen también su peso en nuestro país. La de Salta, por ejemplo, es admirable. Pero estamos trabajando en tratar de fortalecerlas más aún, de darles una visibilidad y actuación más grandes.

¿Sabe si ya es una realidad el proyecto de hacer una biblioteca en el

Faro del Fin del Mundo de Tierra del Fuego? ¿Qué libro no debería faltar en ella?

Ojalá que se haga, estoy muy interesado en ese proyecto, pero no sé si se hará. Por supuesto que el libro que no debería faltar es *El faro del fin del mundo*, la novela de Jules Verne. Pero va a depender mucho de la identidad que quieran darle a esa biblioteca, si es una biblioteca para todo el mundo, si es una biblioteca para los habitantes de las Malvinas, o si es una biblioteca simbólica para la política argentino-británica... Sí existe ya la Biblioteca del Fin del Mundo, en Ushuaia, que sólo por el nombre ya vale la pena de ser visitada. Tiene una muy buena colección de libros de viajeros.

Perdone que, para acabar, le haga la misma pregunta que ya le han hecho tantas veces: ¿Fue emocionante recibir el premio Formentor a sabiendas de que anteriormente lo había recibido Borges?

Todo premio comporta una parte de regocijo y una parte de vergüenza. Kafka decía que tenía una pesadilla recurrente, que estaba en clase y el profesor lo alababa y una persona entraba y decía «¡Es un farsante! ¡Es un mentiroso!». Vivo aterrado por el momento en que algún lector inteligente diga: «Pero ¡si esto es absurdo!». Ese lector podría ser yo mismo, al verme usurpar un premio que hubiesen tenido que darle antes a otros 40.000 escritores que prefiero. Pero al mismo tiempo uno no puede tener la arrogancia de no aceptarlo. Borges decía que la humildad es la peor forma del orgullo. Entonces, estoy encantado, pero estoy enormemente consciente de la diferencia que es casi un chiste que empieza con Borges y Beckett y termina con Alberto Manguel. Por lo menos este año he estado en el jurado y hemos rectificado el error del año pasado con Mircea Cărtărescu, que sí me parece que está a la altura de Borges y de Beckett.

ESE INTERROGANTE QUE LLAMAMOS LIBRERÍA

En un vuelo entre Ciudad de Guatemala y San Francisco conocí a un camionero -pocas palabras, rasgos duros- que me dijo: «A la tumba sólo nos llevamos los viajes». Yo estuve totalmente de acuerdo con él, porque tenía veintidós años y un sinfín de leguas por delante. Ahora añadiría a los viajes otros tópicos: los amores, los amigos y las lecturas. Todo ello confluye en las librerías, espacios por excelencia de lo que hemos entendido por modernidad, albergue de nómadas y extranjeros, patria de los amantes de los libros, cueva o santuario donde se reúnen amigos y cómplices, hospital de *flâneurs* y pobres, archivo de cortesías y en historia e importancia: únicas.

Las buenas librerías son preguntas sin respuesta. Son lugares que te provocan intelectualmente, que cifran enigmas, que te sorprenden y te plantean retos, que te hipnotizan con esa melodía -o cacofonía- que crean la luz y sus sombras, los anaqueles, las escaleras, las portadas, la puerta al abrirse, un paraguas que se cierra, movimientos de cabeza que dicen hola o adiós, la gente en movimiento. En una crónica sobre Strand, Juan Bonilla cuenta que cuando Augusto Monterroso visitaba Nueva York un amigo lo dejaba a las nueve de la mañana en la librería y lo recogía a las nueve de la noche. Sólo una pregunta nerviosa y estimulante que no puede ser contestada te mantiene en vilo once horas (dejemos una para la ensalada Waldorf y el *cheesecake*) en el laberinto que es toda librería. Un laberinto amable, sin extravío: ya te perderás después en casa, cuando te sumerjas en los libros que has comprado. En nuevas preguntas que sí puedas responder.

En el mejor relato sin ficción sobre librerías que conozco, *84, Charing Cross Road* de Helene Hanff, el gran interrogante coincide con los rasgos de

un librero. Todos hemos leído anatomías y poéticas de escritor, de bibliómano y de bibliotecario: pero ¿qué diablos significa *ser librero*? Las cartas que la escritora norteamericana intercambia con el personal de la librería Marks & Co. durante las dos décadas que siguen a la Segunda Guerra Mundial languidecen cuando fallece su principal interlocutor, Frank Doel. Sólo entonces la viuda le escribe a Hanff: «ahora me doy cuenta también de que era una persona sumamente modesta, porque he recibido cartas de mucha gente que le rinde homenaje y de profesionales del libro que dicen que era una autoridad». ¿Qué significa eso? Que la modestia es el principal atributo del librero. ¿Seguro? En el mejor relato de ficción sobre librerías que conozco, *Mendel el de los libros* de Stefan Zweig, lo que define al protagonista no es tanto su condición de personaje secundario en una Viena llena de estrellas intelectuales como su memoria. Eso tal vez quiera decir que durante dos siglos los libreros y las librerías fueron Funes memoriosos y modestias personificadas. Pero desde que los negocios se informatizaron y (casi) todo fue asequible a golpe de clic, la memoria perdió importancia: quedó, superviviente, la modestia.

«Ten en cuenta que los protagonistas tienen que ser los libros», me comentaron el otro día en Zaragoza Julia y Pepe, que se enamoraron en una librería y fundaron Antígona hace veinticinco años, «por eso los desnudamos de las fajas.» Su proyecto es radical: no tienen página web, no sirven café ni vino, alimentan una comunidad que prefiere -talibán- las primeras ediciones. Él es el penúltimo Mendel, el penúltimo librero del mundo que todavía archiva el fondo entero en su cabeza. En los locales de viejo de la calle de Donceles de Ciudad de México, donde tampoco han llegado los programas de gestión del catálogo, cuesta dar con alguien que sepa de qué estamos hablando; sólo de vez en cuando encuentras, tras la legión de dependientes, a un librero de verdad. No soy apocalíptico: la historia del mundo es la de una cierta memoria que se difumina, generación tras generación; la de algo que se pierde para ganar *lo nuevo*. Y miles de librerías de viejo, en México y en el resto del mundo, siguen siendo atendidas por libreros de todas las edades que aman, conocen, memorizan los libros. Pero desde su configuración a principios del siglo XIX, cuando se abre a la calle mediante los escaparates y se multiplican los lectores y las publicaciones periódicas con sus expositores y sus vitrinas, el acontecimiento más importante que ha experimentado la librería ha sido la

informatización de los fondos. Y su desdoblamiento en página web. Compartir la memoria propia con las ajenas de todo el mundo.

Finalmente, una pantalla abarca menos que la mirada de alguien que entra o curioseas por una librería. Por eso la librería física sigue siendo superior a la virtual: no es posible -todavía- ganarla en generación de contextos. Sistemas complejos. Planetarios. Una librería literaria abre líneas de relación y de fuga, pone en conversación miles de títulos, diseños, iconos. Funciona como una máquina surrealista de analogías inesperadas. Ahí está precisamente el reto, en las dos dimensiones de todo proyecto libresco: hacer que los libros protagonicen esos mínimos centímetros de píxel y esos metros cuadrados sólidos y tridimensionales; pero que también haya lugar en ellos para otros protagonistas del mundo del libro, como los escritores o los propios libreros. Las librerías deberían presumir, en sus paredes y en sus páginas web, de los autores que las han visitado y de los libreros que las han convertido en lo que son. George Steiner evoca en *Errata* los locales que en su infancia fueron tan importantes para su formación como la escuela, y da testimonio de la mítica Gotham Book Mart de la calle 47: «Sus paredes están empapeladas de fotografías, normalmente firmadas, de Joyce, T. S. Eliot, Frost, Auden, Faulkner y autoridades más recientes». Galerías de contemporáneos, libros de visita, recortes de prensa, biografías: que las librerías y sus libreros maten su modestia y hagan visible su historia. Una historia que es una declaración de intenciones y una genealogía.

Porque la memoria y la modestia son malos aliados. Sólo si tenemos conciencia de la importancia de los profesionales del libro en la historia cultural preservaremos sus legados. El árbol genealógico de los libreros republicanos todavía puede reseguirse, de Lima a Montevideo, de Buenos Aires a La Habana, de Caracas a Sevilla. Entre ambas orillas del Atlántico, sus rastros son puentes borrosos y en nuestras manos está el redefinir sus contornos. Puentes como el que cruzó Eliseo Torres a causa de la Guerra Civil o el que llevó a Abelardo Linares a comprarle a su viuda el millón de libros que el gallego dejó en su librería de Manhattan. Ese fue uno de los caudales que confluyeron en la sevillana librería Renacimiento, cuyo nombre no puede ser más esperanzador. Torres era -como tantos otros antes y después que él- editor además de librero. Renacimiento también es editorial. E Iberoamericana de Fráncfort y Madrid. Y Laie y La Central de Barcelona. Y

Eterna Cadencia de Buenos Aires. Y Maruzen de Tokio. Es difícil, de hecho, encontrar grandes librerías del mundo que no hayan estado implicadas en proyectos de edición de libros. Recuerdo el volumen que la berlinesa Autorenbuchhandlung publicó para su trigésimo quinto aniversario. Reunieron a Enzensberger, Franzen, Esterházy, Jelinek y muchos otros escritores de alto nivel en una antología de textos e imágenes expresamente creados para rendir homenaje a una librería clave para la reunificación alemana -y de la democracia y del capitalismo. Porque todas las librerías son locales y globales, nodos políticos y negocios, embajadas de la democracia y del libre comercio.

Las preguntas que plantea una librería no son intercambiables, sino personales. Cada lector tiene sus propias librerías, su propia colección, sus propios recuerdos. Antes de que los libreros nutrieran la biblioteca de Alejandría, antes de que los vendedores ambulantes vendieran libros en las posadas europeas, antes de que se inventara la filología y la novela y la imprenta, antes de que Diderot escribiera en su *Carta sobre el comercio de libros* que el «fondo editorial de un librero es la base de su comercio y de su fortuna», antes de que abriera sus puertas la librería Roca de Manresa (estamos en 1824) o la librería religiosa Calatrava de Madrid (saltamos a 1873), antes de que Adrienne Monnier y Sylvia Beach inauguraran y cerraran sus míticas librerías de la rue de l'Odéon de París, antes -incluso- de que George Orwell trabajara en la londinense Booklover's Corner en las vísperas de la Guerra Civil española y de que esa librería, cincuenta años más tarde, se convirtiera en un café de jugadores de ajedrez y después en pizzería, mucho antes de que todo eso ocurriera, yo entré de niño en la librería Robafaves de Mataró. Porque sin las primeras librerías no existirían las otras. Si no te convertiste de joven en un amante de las librerías, en un yonqui libresco, es improbable que después te dediques a perseguirlas en tus viajes y a investigar sus historias y sus mitos y -en fin- a leerlas.

Aquel vuelo americano de hace quince años fue en realidad un puente entre la guatemalteca librería El Pensativo y la californiana City Lights. La Navidad anterior había hecho escala en la Shakespeare and Co. de París: George Whitman estaba todavía vivo, pero su cuerpo era cada vez más ectoplasmático, vagaba por los rincones de su reino como el fantasma del rey Lear. Compré libros y postales en las tres librerías; pedí tarjetas de visita,

folletos conmemorativos; tomé apuntes, hice fotos. Con los años fui descubriendo que Ferlingetti había construido la librería beat de San Francisco imitando el modelo de Whitman. Y que en un tablero de ajedrez, en un rincón de El Virrey de Lima, había rastros de exilio que provenían de la Operación Cóndor en Montevideo y de las librerías que la familia Sanseviero había tenido en otras ciudades iberoamericanas. Y que Altair de Barcelona se inspiró en la parisina Ulysse, el local de la gran viajera Catherine Domain. Y que había muchísimas librerías que compartían nombre, en la misma o en lenguas diversas: Odisea, Antígona, Central, Ciudad, Laberinto, Rayuela, Bartleby y compañía. Así comenzaron mis propias preguntas, mis propias hipótesis, mis propias redes: mi colección de librerías. Pronto fui consciente de que es imposible conocerlas todas, pues entre un viaje y otro ya han desaparecido, ya se han mudado, ya se han adquirido la silueta de otro interrogante. Cada cual construye sus puentes -más o menos difuminados, más o menos olvidadizos-, a menudo con pilares que se sustentan en el capricho. Y en el enamoramiento. Descubrir Pandora la última vez que estuve en Estambul, dividida entre dos aguas, las de los textos en turco y la de los textos en inglés; visitar en Bogotá la monumental y blanca librería del Fondo de Cultura Económica; frecuentar la madera de The Book Lounge y de The Hill of Content durante mis días en Ciudad del Cabo y en Melbourne, fue menos emocionante que regresar a las librerías ya conocidas. A Clásica y Moderna de Buenos Aires, a Stanfords de Londres, a Bertrand de Lisboa. El año que viene regresaré a Green Apple Books de San Francisco, menos célebre pero tan memorable como Luces de la Ciudad. Insistir. Reescribir. Fracasar siempre, pero cada vez un poco mejor. Ser testigo de su congelación o de sus cambios. Mitificar para desmitificar -pues de eso se trata. Acumular capas de lectura. Añadir unas pocas líneas al Libro de Arena de una historia no escrita. Dijo José Saramago que ser librero es como estar enamorado de por vida. Entonces ser lector y ser viajero es como ser librero. Ya sé que esto puede sonar tópico y cándido, pero es que en el mundo ya hay suficiente pesimismo.

BIBLIOTECAS DE FICCIÓN

I. EL PATRIMONIO COMÚN

«En el siglo X, en Persia, el gran visir al-Sahib ibn Abbad al-Qasim, con el fin de no separarse de su colección de 17.000 volúmenes durante sus viajes», nos cuenta Alberto Manguel en *Una historia de la lectura*, «se la hacía transportar por una caravana de cuatrocientos camellos adiestrados para caminar en orden alfabético.»

Desde la biblioteca de Alejandría hasta nuestros días el ser humano no ha cesado de imaginar, construir, poblar, destruir, salvar, quemar, recrear, reconstruir y hasta defender con uñas y dientes sus bibliotecas. Animales coleccionistas, adictos al archivo, otro nombre posible para el *Homo sapiens sapiens* podría haber sido el de *Homo bibliotecario*, porque el orden alfabético o por géneros o pasiones ya forma parte de nuestro ADN -esos terabytes de información microfilmada, esa biblioteca biológica, portátil y en miniatura que cada cual transporta en sus venas y sus carnes-, porque ya es genética nuestra necesidad de ordenar la memoria.

La literatura, la arquitectura, la pintura, el cine, el cómic o la televisión han dado cuenta de esa necesidad humana de acumular libros, clasificarlos, en un espacio cuya frecuencia sea la misma que la del deseo. Porque es ahí, en esa constelación de lo que nos apasiona y nos atemoriza, en esa galaxia que hemos creado a partir de imágenes, cuentos y mitos, imaginación convertida en materia, donde conviven los bibliotecarios alejandrinos de la Antigüedad con los atemporales bibliotecarios de la Biblioteca de Babel de Borges, los lectores anárquicos como Sherlock Holmes con los lectores sistemáticos como

Bouvard y Pécuchet, las bibliotecas mínimas como la de David Copperfield en el último piso de su casa, el legado de su padre, con las interestelares que encontramos en las novelas de Isaac Asimov o en las películas de ciencia ficción.

El joven Copperfield leía como si le fuera la vida en ello, alimentando con *El Quijote*, *Robinson Crusoe* o *Tom Jones* la esperanza de que existía una vida mejor, identificándose con los héroes y antihéroes de sus lecturas: deseando ser ellos. La lectura como deseo y evasión recorre los últimos siglos de historia literaria. Al menos desde los dantescos Paolo y Francesca sabemos que la lectura del amor produce monstruos. Las lectoras modernas, como *Madame Bovary* o *La Regenta*, sufren precisamente porque los libros que devoran no les proporcionan modelos que realmente les sirvan para ser felices, es decir, para pactar con la realidad. Mucho antes que ellas, su abuelo imaginario Alonso Quijano se transforma por culpa de su propia biblioteca en su mister Hyde, don Quijote de la Mancha. En la Universidad de Miskatonic que creó Lovecraft se encuentra al parecer un libro terrible, el *Necronomicón*, cuya lectura provoca la locura y la muerte: su posible existencia nos recuerda que las pesadillas están hechas de la misma pasta de papel que los sueños.

La Biblia no es un libro único, es una colección de papiros y rollos, de libros canónicos del judaísmo y del cristianismo, una biblioteca sagrada que ahora leemos en un único volumen -en fin: una antología de novelas, poemas y cuentos. Lo mismo ocurre con otras manifestaciones de la idea de Libro, como la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert (que suma veintiocho volúmenes del siglo XVIII) o la Wikipedia (que impresa serían unos 8.000 volúmenes de setecientas páginas cada uno), formalizaciones del Libro de Arena que nadie ha leído al completo, que sólo existe en nuestras conciencias como selección, como constelación de fragmentos. Eso es precisamente leer: acumular piezas en el recuerdo y en el subconsciente de un puzle que jamás podremos completar.

En tanto que lectores, cada uno de nosotros atesora su propia biblioteca. Nos alivia y nos reconforta saber que más allá de esas paredes existen bibliotecas públicas, municipales, universitarias, nacionales, que almacenan cientos de miles de libros, tantísimo conocimiento impreso; pero nuestra propia cultura, más allá de las paredes de nuestro cráneo, se materializa en los anaqueles de nuestro estudio, de nuestra casa, a los que durante toda una vida

hemos ido añadiendo volúmenes, que hemos leído o que no, que leeremos algún día o que jamás serán abiertos, quién sabe, qué importa. Lo que realmente nos importa es poseerlos, ordenarlos, saber que están ahí, a nuestro alcance, que podemos tocarlos u hojearlos o leerlos, parcial o totalmente, cuando nos plazca, recurrir a ellos como hace el capitán Nemo con su biblioteca del *Nautilus* o los monjes que imaginó Umberto Eco, nocturnos y clandestinos, en su monasterio de la Baja Edad Media, laberinto asediado por la censura y el crimen.

Durante milenios hubo en cada hogar una pequeña representación del Templo: una capilla, un altar, un rincón consagrado a los genios, a los difuntos o a los dioses. La modernidad los fue borrando de la arquitectura doméstica, al tiempo que el imperio de la imprenta y la proliferación de las ediciones de bolsillo llenaban de libros las casas, convertían las estanterías en muebles tan usuales como la mesa y las sillas, las superficies del pan nuestro de cada día. La biblioteca ocupó el lugar divino y doméstico. La Enciclopedia Espasa suplanta a la Biblia.

Todos tenemos nuestra biblioteca personal, íntima, que también es parcialmente imaginada. Este ensayo habla de tres bibliotecas de ficción pero también de la suma de todas nuestras bibliotecas. De esas bibliotecas de ficción que han sido tan leídas o tan vistas, tan admiradas y temidas y disfrutadas, que ya no pertenecen al conde Drácula o a la Bestia o a los bibliotecarios de Babel o al Doctor Who, ni siquiera a Bram Stoker, Walt Disney, Jorge Luis Borges o Sydney Newman, sino que son patrimonio de la humanidad, imaginario colectivo, sueño y propiedad de todos y cada uno de nosotros, ejemplares del *Homo bibliotecario*.

En otras palabras: aunque sean de ficción son reales; aunque fueran creadas por otros, son nuestras, porque somos lectores. Nos pertenecen.

II. LA BIBLIOTECA DE ALONSO QUIJANO, EL BUENO

La biblioteca de don Quijote de la Mancha no tiene paredes ni estanterías ni

volúmenes encuadernados ni más techo que un cráneo cubierto de cuatro pelos con sus canas y, sobre el cráneo y los cuatro tristes pelos con sus canas, un yelmo un tanto cómico, un poco ridículo, pese a ser llevado con porte, convicción y dignidad, toda la dignidad que permite el trote un poco torpe de Rocinante. Porque la biblioteca portátil de don Quijote de la Mancha es su cabeza, a ratos loca, a menudo sensata, siempre entrañable. Cuando él habla lo hace como si leyera en voz alta alguna de las muchas novelas de caballerías que devoró, que releyó, que memorizó hasta enloquecer de demasiada lectura de novelas de caballerías y demasiado poco sueño, cuando era un hidalgo delgaducho, conocido como Alonso Quijano, *el Bueno*, y sus libros no eran todavía constelaciones de neuronas, miniaturas bioquímicas en su cerebro.

La biblioteca de Alonso Quijano sí tiene paredes y estanterías y poco más de cien volúmenes, los grandes bien encuadernados, nada nos dice Cervantes sobre el aspecto de los pequeños. Accedemos a ella, paradójicamente, no a través del lector protagonista, sino de sus censores: aquellos que se preocupan por su locura. Mientras el ama y la sobrina -armadas con un agua bendita que en realidad podría ser gasolina- son de la opinión de que todos los libros son sin excepción dañinos y que deben ir todos a parar a la misma hoguera, el licenciado y el barbero deciden llevar a cabo un escrutinio, es decir, mirar los objetos de sospecha uno por uno. Ojearlos, hojearlos, comentarlos, para que los lectores tengamos la suerte de asistir a una inesperada escena de crítica literaria.

El primer libro que revisan es *Los cuatro de Amadís de Gaula*: uno opina que merece las llamas por ser la primera novela de caballerías impresa en España y por tanto el origen de todos los males; el otro objeta que es el mejor de los libros de ese género y que por eso, su calidad, debe salvarse. Pero no corren la misma suerte los siguientes ejemplares examinados: son lanzadas por la ventana varias secuelas, por malas, por arrogantes, por disparatadas. Tras tantas condenas, al fin es salvado un segundo volumen y entonces comienzan a jugar su particular partido de tenis la moral y la estética. Lamentablemente, casi siempre gana la extraña moral de los dos inquisidores, que disfrazan con argumentos sociales y literarios una inquina malsana hacia la literatura popular y de evasión. Por suerte no sólo hay libros de caballerías, sino también de poemas. Gracias a ello aparece *La Galatea*, de Miguel de Cervantes, amigo del licenciado y «más versado en desdichas que en versos».

Se revela así que el cura y el barbero son lectores tan avezados, tan fanáticos de la prosa y el verso como el propio Alonso Quijano, que son secundarios del mundillo literario, con la mala o la buena suerte de no gastarse en libros la cordura.

Ni la fortuna. Edward Baker, en *La biblioteca de don Quijote*, demuestra que es inverosímil que alguien del estatus social y económico de Alonso Quijano poseyera esa biblioteca, que valora en unos 4.000 reales de la época y por tanto es digna de un millonario; y que también es inverosímil que esos libros estén juntos, porque podían existir individualmente, pero a ningún lector culto del siglo XVII se le hubiera ocurrido ordenarlos en un mismo sistema. Compara la colección de libros del protagonista con otras dos que aparecen en la novela: la del ventero y la de Diego de Miranda, caballero del Verde Gabán. Y concluye que la biblioteca de Alonso Quijano es moderna porque en ella predominan la literatura de ficción y la poesía, lo que hoy consideramos *literatura*, en detrimento de la teología y otras disciplinas que debían presidir cualquier *librería* en el extraño caso de que alguien decidiera dedicar un espacio de su casa a la acumulación y ordenación de libros.

La obra maestra de Cervantes es un clásico gracias a esa capacidad de adaptarse al futuro que ella misma genera. Porque es la novela que más novela ha generado. De modo que su biblioteca de ficciones y versos, a medida que han ido pasando las décadas y los siglos, se ha ido pareciendo cada vez más a las bibliotecas de las nuevas generaciones de lectores, que fueron olvidando la teología o las vidas de santos y se fueron decantando por la fantasía, el realismo, la picaresca, el amor o el terror -su reverso.

Gracias a su biblioteca doblemente imaginaria, Alonso Quijano, *el Bueno*, pudo convertirse en don Quijote de la Mancha. Fue su magistral excusa para dejar atrás ese pueblo de la Mancha de cuyo nombre ya nadie jamás podrá acordarse, esa aldea que ya es cualquier aldea manchega, todas las aldeas castellanas, todos los pueblitos anclados a un páramo como un barco al desierto que dejó tras su evaporación la laguna; para abandonar durante lo que dura un sueño su vida sedentaria; para cambiar la lectura, que es contemplación de vidas ajenas, por la acción, que significa protagonizar la vida propia para que sea contemplada por otros, tus lectores; para expandir los límites de su biblioteca y cruzarse con decenas de narradores y de lectores, incluidos los de sus aventuras apócrifas; para convertirse en viajero.

Gracias a la bendita locura de don Quijote, de fácil contagio, también Sancho Panza o Sansón Carrasco pudieron viajar, desde el pueblo de interior hasta el puerto de Barcelona: desde la estepa sólida hasta el mar tan líquido.

El objetivo secreto de ese viaje es que don Quijote conozca una imprenta, que entre en el óvulo, la matriz, la nave nodriza de su pasión lectora, de su enajenación libresca: el vientre donde se engendran los libros que están destinados a nutrir nuestras bibliotecas. Y nuestros viajes. Y nuestras benditas locuras.

III. LA BIBLIOTECA DEL NAUTILUS

Jules Verne describe con todo lujo de detalles la biblioteca del *Nautilus*. Su retrato parte de los libros, muy numerosos y de encuadernación uniforme; después amplía el zoom hacia los muebles que los contienen: unas estanterías de palisandro -la codiciada madera rojinegra del guayacán- con ribetes incrustados de cobre, en los huecos de cuya parte inferior se incorporan unos cómodos divanes tapizados en cuero acolchado y marrón; aquí y allá, unos escritorios móviles, muy ligeros, permiten apoyar el libro que se está consultando en ese momento, pero es la gran mesa central la que invita al estudio sistemático. La biblioteca está iluminada por cuatro esferas de luz eléctrica. Pese al lujo del mobiliario, los protagonistas absolutos son esos 12.000 volúmenes que recorren incansablemente las profundidades marinas, las aguas turbias, difusas, maternas de nuestro subconsciente colectivo.

Porque *Veinte mil leguas de viaje submarino* es mucho más que una novela: es uno de esos mitos que todos compartimos. Porque Jules Verne es mucho más que un escritor: es una máquina popular de generar lectura compulsiva, iconos, utopía, esperanza. En el corazón del submarino hay una biblioteca de textos impresos en todas las lenguas, tanto de literatura como de ciencia, ordenados sin que importen las lenguas, porque el capitán Nemo es un lector políglota: de Homero y Jenofonte a George Sand y Victor Hugo, de mecánica y balística a hidrografía y geología. Sólo hay dos temas proscritos: la economía y la política. Como si, supersticiosamente, el capitán pensara que al eliminar los libros sobre esas disciplinas su embarcación estaría a salvo de

la influencia de la geopolítica internacional.

Durante las primeras sesenta páginas de la obra el narrador, a bordo de un barco estadounidense, nos hace creer que estamos persiguiendo a una ballena. El cetáceo más rápido y huidizo que se pueda imaginar: es capaz de surcar los siete mares con tal rapidez que parece que en realidad se esté teletransportando. A Aronnax, el científico francés que nos cuenta la historia, lo acompañan su criado Conseil y el canadiense Ned Land, el rey de los arponeros, que tanto recuerda al tatuadísimo Queequeg. De hecho la novela de Jules Verne se puede leer como el reverso de la de Herman Melville: si en *Moby Dick* asistimos al relato épico de cómo una obsesión, la del capitán Ahab por el Monstruo Blanco, se convierte en un combate a muerte de tintes apocalípticos, bíblicos, en *Veinte mil leguas de viaje submarino* la oscuridad del capitán Nemo, ese deseo arrollador de venganza que comparte con Ahab, no corroe la luz de su proyecto científico, tecnológico, ese progreso que se contrapone al atavismo de la religión. El capitán Nemo es un científico, un tecnófilo, un coleccionista: menos su ira irreductible, todo puede ser medido y comprendido a través de la razón. Ambas obras comparten el afán enciclopédico: la voluntad de resumir todo lo que sabían los hombres de aquella época acerca del mar. Si la experiencia real a bordo de un ballenero brindó a Melville un conocimiento directo de los asuntos cetáceos, que completó con lecturas que también se transparentan en la ficción (las digresiones zoológicas son casi del mismo tamaño que las propias ballenas), Verne se nutrió en cambio, como siempre, de su condición de rata de biblioteca.

No es de extrañar, por tanto, que las bibliotecas sean una constante en su obra. Cuando en la novela *París en el siglo XX*, ambientada en unos años sesenta absolutamente secuestrados por la tecnología, fabula el futuro de la Biblioteca Imperial, dice que en cien años ha pasado de 800.000 a dos millones de volúmenes y que en su sección de literatura los bibliotecarios, aburridos, duermen ante la ausencia de lectores. El protagonista de *Viaje al centro de la Tierra*, por su parte, visita la biblioteca de Reikiavik y se encuentra con sus estantes despoblados, porque sus 8.000 volúmenes viajan constantemente por Islandia, de casa en casa, debido a que los isleños son unos lectores compulsivos y su biblioteca nacional, un archipiélago fragmentado y portátil. Se dice sobre Ciro Smith, de *La isla misteriosa*, donde

no hay biblioteca, que «era un libro vivo, siempre dispuesto y siempre abierto en la página que se le necesitaba». En esa novela aparece y muere Nemo: Smith se encuentra con él tras atravesar la biblioteca del *Nautilus*, que es descrito como «una obra maestra llena de obras maestras». Sedentarias o dinámicas, monumentales o nómadas, colectivas o unipersonales, centrales o remotas, esas decenas de bibliotecas que retrata Verne son la columna vertebral de su obra, de su poética transmedia.

Tras la descripción inicial, la biblioteca del *Nautilus* aparece raramente durante el transcurso de la novela. Aronnax acude a ella sobre todo para encontrar explicación a fenómenos o realidades desconocidos que descubre en su travesía, como la isla de Ceilán. En la vida cotidiana en la embarcación hay mucha monotonía, poca aventura. La ficción, de hecho, quitando algunas escenas como la lucha con los pulpos gigantes o la crisis del submarino rodeado de hielo, es menos de aventuras que de estudio. Un himno al positivismo: observar, leer, tomar notas, pensar la teoría a partir de la suma de miles de casos concretos, de experimentación directa con lo real. «El espectáculo de aquellas aguas ricas en especies a través de los paneles del salón, la lectura de los libros de la biblioteca y la redacción de mis apuntes empleaban todo mi tiempo y no me dejaban ni un minuto para el aburrimiento o el cansancio», escribe el narrador y en sus palabras observamos un orden: en primer lugar, la observación directa de la naturaleza; en segundo lugar, la lectura; por último, la escritura, gracias a la cual podemos leer nosotros mismos, aprender por intermediación, el espejismo de la literatura.

Veinte mil leguas de viaje submarino es, más allá de una novela de aventuras y de una enciclopedia marina, una auténtica biblioteca sumergida en los abismos tanto de nuestra imaginación como de la del propio Verne. Políticamente, destaca por oponerse a los imperios. Recónditamente, destaca porque en el retrato del capitán Nemo se esconde un autorretrato. El autorretrato del viajero y el revolucionario que querría haber sido el sedentario escritor.

IV. LA BIBLIOTECA DE BABEL

Imaginemos una realidad sin naturaleza ni jardines; sin caminos que atraviesan los bosques ni playas. Imaginemos un mundo sin ciudades: desprovisto de calles, de avenidas, de vehículos, de semáforos, de tráfico rodado, de rascacielos con azoteas, de fiestas populares, de prensa sensacionalista o deportiva, de publicidad. Un universo sin planetas ni selvas ni urbes ni plazas ni cafés ni esquinas. Imaginemos una humanidad sin amaneceres ni puestas de sol, sin guarderías, sin orfanatos, sin desfiles de moda, sin mercados ni mataderos, sin familias ni reuniones ni vacaciones familiares ni niños malcriados. Imaginemos, en fin, un mundo de estanterías, una colmena dominada en exclusiva por la lógica tiránica de los libros.

«El Universo (que otros llaman la Biblioteca) se compone de un número indefinido, y tal vez infinito, de galerías hexagonales, con vastos pozos de ventilación en el medio, cercados por barandas bajísimas»: así comienza «La biblioteca de Babel», uno de los relatos más célebres del escritor y bibliotecario Jorge Luis Borges, que imagina una esfera infinita y sin centro. Un espacio libresco iluminado por grandes lámparas esféricas y un espejo, bajo cuya luz insuficiente e incesante, supongo que lenta causa de ceguera, los seres humanos asumen su condición de bibliotecarios.

Unos bibliotecarios que, en el relato, no cesan de moverse. Son viajeros. Son peregrinos. Son buscadores de una respuesta definitiva que no puede llegar -porque no existe: todas las respuestas son provisionales, inyecciones de consuelo cuyos efectos no tardan en disolverse en la circulación de nuestras arterias. A cada uno de los muros de cada hexágono corresponden cinco anaqueles; cada anaquel encierra 32 libros de formato uniforme; cada libro es de 410 páginas; cada página, de cuarenta renglones; cada renglón, de unas ochenta letras de color negro; negras también son -imagino- cada una de esas pupilas lectoras que inquietan -avispas, polen, abejas, mantra- la colmena.

En el cuento, miniatura del mismísimo Universo, indagación en la idea pitagórica de que hay una matemática que lo rige todo, la música del mundo, basada en la combinatoria de las veintitrés letras del abecedario, hay lugar para todos aquellos fenómenos que han afectado a la historia de los libros: su quema, su culto, su mesianismo, el cielo y el infierno. Hay incluso espacio para lo que todavía no podía existir cuando Borges escribía en los años cuarenta: internet como red textual de hipervínculos, la evidencia de que cualquier frase ha podido ser escrita en un mundo sísifo que no cesa de

multiplicar exponencialmente su carga de información.

Por eso el cuento gemelo de «La biblioteca de Babel» es «El Libro de Arena», que escribió treinta años más tarde y cuenta la historia de un vendedor de biblias que le ofrece al narrador un libro de páginas infinitas. Un libro que es en sí mismo una biblioteca que se expande. Un libro que es la biblioteca de Babel. Lo que más se parece al Libro de Arena es un ordenador portátil conectado a internet. Como la biblioteca de Babel o como el Aleph, el Libro de Arena es monstruoso: Borges siempre habla de cómo la cultura nos devora, nos engulle, nos deglute, nos aniquila. El personaje se obsesiona con el libro infinito. No sale de casa. No comparte con nadie su tesoro. Flirtea con la idea de quemarlo, pero teme que el incendio y el humo sean, como el libro, inagotables. De modo que decide esconderlo. «Recordé haber leído que el mejor lugar para ocultar una hoja es un bosque», dice el narrador: «Antes de jubilarme trabajaba en la Biblioteca Nacional, que guarda novecientos mil libros; sé que a mano derecha del vestíbulo una escalera curva se hunde en el sótano, donde están los periódicos y los mapas». Aprovecha un descuido de los empleados para ocultar el volumen mágico en uno de los anaqueles carcomidos por la humedad. Allí nos sigue esperando, en las catacumbas de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires.

Tal vez existan dos grandes tipos de jardines: los franceses, de perfección geométrica, que con sus setos esculpidos y sus fuentes poliédricas y sus perspectivas tan bien calculadas comunican la idea de que el hombre puede domesticar a la naturaleza, dominarla hasta en su más ínfimo detalle, y los ingleses, exaltación romántica, prados agrestes, bosques pretendidamente salvajes, que nos susurran la idea contraria: la belleza natural debe reproducirse en su exuberancia y asimetría, como hace con un árbol el bonsái. Del mismo modo dos son las imágenes predominantes de la biblioteca: la ordenada y simétrica, donde todo es virtualmente alcanzable por los lectores, por un lado, y por el otro la caótica y polvorienta, el laberinto, que puede ocultar en sus agujeros negros libros monstruosos. «La Biblioteca de Babel» sintetiza en uno ambos imaginarios. El orden puede ser enloquecedor. La geometría infinita, en lugar de tranquilizarnos, nos da un vértigo suicida.

«Creo haber mencionado los suicidios, cada año más frecuentes», leemos al final del cuento. Chéjov dijo, explicando su modo de entender el teatro, que si en la primera escena de una obra aparecía un fusil colgado de la pared, el

disparo llegaría en el último acto. En la versión borgeana de ese mecanismo, lo que aparece en el inicio del cuento son las barandas bajísimas que sutilmente invitan al salto (en un mundo donde no existen los ataúdes los muertos son lanzados al vacío, caen eternamente, sin más féretro que la cápsula móvil de aire o luto). A partir de esas barandas se suceden las razones para la depresión y la congoja en esa Biblioteca también conocida como el Universo, cuya historia es nihilista y conduce a la extinción. La filosofía, dijo el irónico Borges, puede ser leída como una rama de la literatura fantástica. Desde esa perspectiva, la teología podría ser un subgénero del terror. «La Biblioteca de Babel», lejanamente inspirada en esas pocas líneas que la Biblia dedica a la caída colectiva de la Torre, que supuso el nacimiento de todas nuestras lenguas, es un cuento terrorífico: simula la creación de un paraíso, pero en realidad habla de la existencia eterna del infierno.

LOS PERROS DE CAPRI

I. LA CASA SELFI

Curzio Malaparte no le ladraba a la luna, sino a los perros de esta isla. Cuenta en *Diario de un extranjero en París* que aprendió a hablar con ellos durante su confinamiento de los años treinta en Lipari, una de las islas Eolias, las hermanas menores de Sicilia: «No tenía a nadie más con quien hablar». Subía a la terraza de su triste casa junto al mar y se pasaba largas horas «ladrando a los perros, que me contestaban, y los pescadores de Marina Corta me llamaban el perro».

Siguió haciéndolo en el París de 1947, tras catorce años de exilios italianos, castigado y encarcelado una y otra vez por el régimen de Mussolini que él apoyó en sus primeros pasos con la misma intensidad con que lo repudió después. Pero eran los gatos de la rue Galilée quienes le respondían: «Tuve que dejar de hablar con los gatos en la lengua de los perros, porque los gatos no querían y me insultaban».

Pero fue sobre todo aquí, en Capri, donde el autor de *Kaputt* ladró y ladró y continuó ladrando, por las noches, aunque los isleños lo llamaran el loco y se quejaron a los soldados americanos, que le pidieron que dejara de hacerlo; pero Malaparte pidió audiencia con el almirante Morse, oficial al mando, quien le dijo: «Tiene usted derecho a ladrar si quiere, porque ahora Italia es un país libre. Mussolini ya no está. Usted puede ladrar».

¿Será todo eso cierto?, me pregunto mientras desembarco tras una hora de travesía en ferri desde Nápoles. Mitómano y narcisista son algunos de los adjetivos que siempre acompañan al nombre de Kurt Erich Suckert, nacido en

La Toscana en 1898 de padre alemán y madre italiana, fallecido hace exactamente sesenta años, cuyo seudónimo fue una torsión irónica del apellido de Napoleón y cuya vida y obra fueron contradictorias, extraordinarias, profundamente europeas, entre la crónica y la novela, entre las vivencias increíbles y la imaginación verosímil; una vida narrada por sí mismo en clave de eso que desde hace ya cuarenta años llamamos autoficción -y que él practicó mucho antes que ningún otro.

Esa masa es muy real: me recibe amorfa. El cronista de viajes sabe que al lector no le interesa el turismo. De modo que no describiré lo que se desparrama por el puerto a las nueve de la mañana: la corriente que hace colas para embarcar en ferris hacia Ischia, Sorrento o Nápoles; la que llega para la excursión a la Grotta Azzurra, o para coger el teleférico que te sube por dos euros al pueblo de Capri, o para tomar un taxi descapotable que hace el mismo recorrido, en el mismo tiempo, por un zigzag de curvas de veinte euros, propina aparte.

Cambio de párrafo y, por arte de elipsis, estoy ya en el camino que me conducirá a un plano cinematográfico, a una casa mítica, vista desde lejos. He venido a buscar perros y una mirada. Los nietos de los perros con los que dialogaba Malaparte y la mirada que me llevó a su casa. Esa casa me condujo a un camino. Y ese camino, según el mapa que me acaban de regalar en la oficina de turismo de Capri, une esa casa filmada con una casa que no pudo serlo.

La mirada le pertenece a Godard: para *Le Mépris* una película suya de 1963, rodó varias escenas en la Villa Malaparte; pero la que me sedujo no ocurre allí mismo, sino a lo lejos. Dos hombres con sombrero caminan por un sendero escalonado, sombreado por una compacta arboleda. La cámara los sigue mientras bajan hasta que, de pronto, hace un movimiento que el espectador no podía prever: se desvía hacia la derecha y muestra la gran casa roja, el submarino de piedra varado en lo alto de un acantilado, lejano.

Y dos figuras minúsculas, en la terraza también roja que parece una pista de aterrizaje: una se queda, la otra baja las escaleras. Era un cine para ser visto en el cine: cada vez que he pulsado play en la pantalla de mi computadora la silueta del hombre y la mujer se han ido confundiendo, camaleónicas, con sendos píxeles.

La casa que, en cambio, no pudo ser filmada es mucho menos famosa y

mucho más discreta: en ella se alojó Pablo Neruda durante los meses de invierno que pasó aquí a principios de los cincuenta con Matilde Urrutia. Cuando casi medio siglo más tarde se rodó la película *Il Postino*, la isla ya era demasiado turística, había cambiado demasiado, como para lograr que se pareciera a la que había conocido el poeta chileno. Michael Radford y su equipo rodaron en otros parajes y el guión obvió mencionar la palabra «Capri».

Como los viajes son lo que ocurre mientras haces otros planes de viaje, lo primero que me encuentro en el camino que debe conducirme a las dos casas que he venido a ver es una tercera casa, inesperada. El cronista de viaje sabe que la digresión la inventó un viajero. En el número 4 de la Traversa Croce vivió en 1938 Marguerite Yourcenar, dice una placa de letras azules sobre fondo blanco. Escribió que toda isla es un microcosmos, un universo en miniatura.

En la puerta de al lado han instalado una tienda de productos típicos de Ucrania, Polonia, Rumanía, Rusia, Bulgaria y Moldavia. Capri fue refugio de todas las anomalías de los siglos pasados, de todas las desviaciones. Las sofisticadas amigas lesbianas, intelectuales y artistas de los años de entreguerras aparecen, por ejemplo, en *Extraordinary Women* (1928) noveladas por el marido de una de ellas, Compton Mackenzie (su esposa, Faith, tuvo una aventura con la pianista Renata Borgatti). Y los fumadores de opio y adictos a todo, con Jacques d'Adelswärd-Fersen en su centro, fueron retratados en *L'Exilé de Capri* (1959), de Roger Peyrefitte.

Extraterritorial y multilingüe como Tánger, igualmente proscrita y refugio y oasis e infierno: contó siempre con la ventaja de estar rodeada de azul. Las sociedades engendran normas que acorralan, implacables, los desvíos. Pero hasta que ese momento llega, todos los desviados, todos los originales, todas las almas libres, todos los adictos y los inclasificables tratan de aprovecharse del paréntesis.

Yourcenar escribió aquí su novela *El tiro de gracia* en 1938, pero había estado el año anterior con la americana Grace Frick, en un viaje de bodas que atravesó Italia de norte a sur y sobre el cual sabremos los detalles en 2037, cuando sea posible leer al fin la correspondencia entre ambas (no imaginaron que varias décadas antes todos ya estaríamos preparados para ello). Marguerite Yourcenar, por cierto, era seudónimo de Marguerite de

Crayencour. La literatura tiene algo de baile de máscaras, como el viaje.

El cronista de viajes sabe que es cuerpo que camina bajo un sol cada vez más incisivo y, como se ha dejado el sombrero en el hotel de Nápoles, le pide protector solar a dos turistas estadounidenses que van por la misma calle bien cogidas de la mano. Con el cráneo embadurnado, dejo atrás la via Sopramonte y me adentro en la via Matermania, que pronto se convierte en un mirador en cada recodo, y en un desvío al Arco Naturale -ese marco que encuadra un lienzo biazul-, y en una escalinata entre pinos, escalones bien contruidos, apuntalados con cemento, en esta isla urbanizada y no obstante puro vértigo.

Y en cierto momento, aunque no lleve sombrero, de pronto soy uno de los dos hombres con sombrero que bajan por aquí, cada paso un fotograma, que cincuenta años no son nada y el cine viaja a la velocidad de la luz. *Voilà*, ahí está el submarino rojo y antediluviano: la *Casa come Me*.

Malaparte se enamoró de Capri en 1936, a los treinta y ocho años, cuando ya tenía un currículum literario que incluía novelas como *Sodoma y gomorra*, ensayos como *Inteligencia de Lenin* o *Técnicas de golpe de Estado*, además de su experiencia en el frente, en periodismo, en diplomacia y en conspiraciones. Le compró a un pescador ese promontorio del cabo Masullo y se dispuso a erigir allí un autorretrato en forma de hogar.

Si en arquitectura la norma de Capri era la que habría certificado el escritor, ingeniero y alcalde Edwin Cerio, organizador del congreso «Convegno sul Paesaggio» de 1922, donde se acordó la línea estilística (blancura y sencillez mediterráneas) que debía predominar en la isla, el monstruo o el desvío o el alma libre es ese selfi en espejo cóncavo, ese manifiesto futurista rojo y rectilíneo, esa *Casa come me*, la casa que he venido a ver porque es parte de la bibliografía de un gran creador y porque aparece en una película de Godard: la Villa Malaparte, construida entre 1938 y 1942, firmada por el arquitecto Adalberto Libera, pero en realidad parida sobre todo por su dueño y señor.

En ese tejado plano al que se accede por una escalinata homérica, Malaparte extendió infinitas veces la mirada como hace un capitán en proa y siempre vio el mismo paisaje mítico pero con miles de variantes, porque él no creía en la historia y por tanto podían convivir en aquellos peñones y aquellas islas y aquella costa el mundo cristiano y el precristiano, la erupción del Vesubio y el esplendor de Pompeya, Virgilio y Leopardi y Plinio el Viejo,

Andrómeda llorando encadenada a una roca, Perseo asesinando a un monstruo, sus hermanas malapartianas: las sirenas.

En esa terraza improbable estuvieron escritores fascistas y comunistas, actrices italianas y norteamericanas, militares, cónsules y espías de toda Europa, amantes. En la mesa de Malaparte no cabían más de ocho comensales, ocho era también el número máximo de invitados que podía alojar: en el interior de la isla había otra isla en forma de casa -que miro desde el mismo lugar donde lo hizo la cámara de Godard.

En esa terraza estuvo sobre todo él, solo con su perro y solo como un perro. Así nos lo muestran la mayoría de fotos que se conservan: con los brazos en cruz, las manos enguantadas apuntando hacia el cielo, a caballo de una bicicleta de carreras, preparándose para pedalear desde Nueva York a San Francisco en 1955, y con sus distintos perros, en brazos, en las piernas, en plena caricia, las orejas gachas, blancos y negros. Pulso play de nuevo en mi cabeza y Brigitte Bardot toma una vez más el sol desnuda en esa misma azotea que veo a lo lejos, boca abajo, un libro de fotografías en blanco y negro le cubre apenas las nalgas.

Y bajo ese tejado legendario, frente al ventanal del salón, más de veinte años después de muerto, por arte del play Malaparte repite lo que dijo en *La piel*, pero esta vez con el cuerpo y la voz de Marcello Mastroianni que lo encarna en la adaptación cinematográfica de 1981: «Me preguntó si había comprado la casa tal cual o si la había proyectado y construido yo mismo. Le respondí -aunque no era verdad- que la había comprado tal cual. Y con un amplio gesto de la mano señalé la pared de Matromania, los tres colosales escollos de los farallones, la península de Sorrento, las islas de las Sirenas, el lejano azul del litoral amalfitano y el remoto esplendor de la costa de Paestum, y le dije: “Yo he proyectado el paisaje”».

Me conformo con imitar el *travelling* de Godard sin sombrero y seguir encaramado a este peñasco al borde del camino, porque es a lo máximo a lo que puedo aspirar: según las personas a las que he preguntado en Nápoles y las páginas web que he consultado, la casa no se puede visitar. Por eso he mirado tantas veces las escenas de *El desprecio* y *La piel* y los vídeos de YouTube y las fotos que muestran ese interior inaccesible. Las máscaras abisinias, las alfombras finlandesas, los cuadros y la mesa de despacho que ya no están. El retrato de Campigli, la impresionante chimenea, el gran

bajorrelieve de Pericle Fazzini, los paisajes naturales enmarcados por las ventanas, sobre todo, lo que sigue allí.

Dicen quienes estuvieron alojados en su casa que llevaba una vida espartana, sin apego a los objetos. Lo que más le gustaba era mirar la costa y el mar sublimes, tanto en los días de sol como en los de mal tiempo. También escribía y leía y comía y follaba y miraba la tele. Pero no está mal recordarlo así a final de párrafo: abrazado a su perro, dejándose invadir por ese oleaje que, cuando arreciaba la tormenta, inundaba el piso inferior y salpicaba de espuma blanca y gaseosa el brillante tejado rojo, de pronto submarino barro y mate que se sumerge, espía.

Hace ya cuarenta minutos que miro y fotografío en completa soledad (sólo ha pasado una pareja estadounidense y él me ha preguntado qué era esa casa tan *weird* y yo se lo he explicado y ellos, *wow, very interesting, thank you, bye*) cuando de pronto aparecen dos píxeles, tal vez tres.

Sí: tres píxeles que salen de la casa y bajan por la escalinata de piedra que conduce al embarcadero. Podría ser una pareja de Hollywood: no puedo verles las caras, pero se mueven con glamur, ella con pamelita blanca, él con panamá blanco, ella con vestido blanco, él con pantalones cortos negros y camisa azul celeste, ella con un bolso de playa, él con una maletita de ruedas. Alguien los acompaña hasta la lancha que los espera, con una maleta en cada mano, que entrega al capitán o pescador o taxista. La pareja sube y se despide. La tercera persona les dice adiós. Y de pronto hay un perro a sus pies, un perrito que se despide con ladridos que no puedo oír, pero puedo imaginar.

La lancha se va: ya sólo queda la estela. La tercera persona y el perrito suben de nuevo por la escalinata.

¿Quiénes serán? Los pasos dejan de ser fotogramas y vuelven a ser lo que siempre fueron: latidos. Empiezo a alejarme y el plano cinematográfico y la casa van quedando atrás.

Compruebo en la pantalla del iPhone que me he hecho un buen selfi con su selfi perfecto al fondo. Y sigo caminando.

II. BAJO EL VOLCÁN

Capri y el Vesubio son los dos tótems -geográficos y simbólicos- que más invoca Curzio Malaparte en *La piel*. No sólo hay escenas que suceden allí, ambos topónimos se mencionan constantemente. El narrador habla de la isla y del volcán durante sus vagabundeos por la ciudad o por la costa, como si fueran dos de los vértices de su triángulo de las Bermudas: el tercero es Nápoles.

Reconstrucción distorsionada, cruda y sarcástica de la ocupación norteamericana del sur de Italia, con el propio escritor como hilo conductor y como traductor entre los nativos y las tropas aliadas, es muy probable que *La piel* sea la gran novela napolitana. Los napolitanos, por supuesto, no la leyeron así. Durante mucho tiempo su autor fue persona non grata. Benedetto Croce se arrepintió en público de haberle «dado cuerda». Y *La piel* fue incluida por el Vaticano en el *Índice de Libros Prohibidos*.

Desde la isla de Lipari -donde estuvo confinado y aprendió a ladrar- se ve la de Vulcano: el destino de Malaparte eran los volcanes y las islas. Desde mi hotel Una Napoli, rodeado por un mercado que surge al amanecer y desaparece por la tarde -gritos de vendedores roncós, penetrante olor a pescado-, veía tanto la estación de la Circumvesuviana como el Vesubio, dormido desde 1944, cuando ocurrió la última de sus veinte erupciones mortales. Actualmente más de tres millones de personas viven en su radio de amenaza.

En el siglo I -cuando se despertó por primera vez- no existía en latín una palabra que significara «volcán». Para los romanos el Vesubio era una montaña verde, por eso cuando comenzó a salirle humo, Plinio el Viejo quiso acercarse a observar el extraño fenómeno: el resto es lava y silencio. Quienes murieron en el año 79 sepultados por la piedra pómez, los gases, la tierra en llamas y la ceniza no entendieron la razón de su muerte. La realidad no existe si no la precede el lenguaje. Y el viaje no tiene sentido si no encuentra sus palabras.

El cronista de viajes debe tener un *dealer* en cada puerto. Asediado por un calor grumoso, llamé al mío de Nápoles y me dijo ven, déjalo todo. Raimondo me recibió recién afeitado y, sin embargo, lucía encogido. Vestía un polo Lacoste azul marino, llevaba las manos en los bolsillos y la mirada irónica de quien lo sabe todo. Nunca me ha fallado, no sé qué haré el día que al fin decida dejar el negocio: había conseguido el material en apenas veinticuatro

horas. Lo sacó de debajo del mostrador con el cuidado y la emoción con que se manipula un alijo carísimo: «Tuve que ir a la casa de Sergio Attanasio a recogerlo, no había otro modo de hacerse con él».

Le di a cambio lo que me pidió, me despedí con un «*Ci vediamo dopo*» y me fui a perseguir el rastro de otro viajero, Giacomo Leopardi, porque eso hacemos en las crónicas: seguir siempre los pasos de otros. Muchos años antes de emprender la sucesión de viajes que lo conducirían a la muerte en esta ciudad, escribió su poema más cargado de futuro, «El infinito». Un poema que habla del horizonte como frontera entre dos abismos. Era muy joven cuando lo escribió, todavía no había viajado, pero toda su vida se puede interpretar como una carrera de obstáculos, los cien metros vallas y, tras cada salto, un horizonte distinto.

Entré en el parque Virgiliano, tras perder de vista a la izquierda los raíles de la estación Napoli Margellina y me dejé acompañar por las farolas de otro tiempo, la sombra de los cipreses, el olor de los pinos y el trino de los pájaros, mientras subía por el camino que zigzaguea hasta la mole marmórea que recuerda que allí está enterrado el gran poeta romántico.

Una cámara de seguridad me certificó. Y un extintor, junto a la lápida de mármol, me recordó que toda aquella conmemoración era absurda: el poeta murió en plena epidemia de cólera, sus restos se perdieron para siempre en alguna fosa común, sus versos son los únicos restos que conservamos del ADN leopardiano.

Pero seguí subiendo y enseguida me asaltó una ola de frío, procedente del túnel abandonado que perfora la colina. En su entrada catedralicia había otro extintor y una docena de palomas -revoloteo y arrullo- que habían hecho nido en los huecos de aquella obra de ingeniería de la Roma Imperial, un túnel impresionante que atraviesa la colina de Posillipo, setecientos metros de largo por cinco de alto y cuatro y medio de ancho, boca de lobo mitológico.

Miente la tradición una vez más: Virgilio no encargó la construcción de este túnel, fue obra de Lucius Coccius Auctus y permaneció en uso durante siglos gracias a las obras de actualización de dignatarios como Alfonso V el Magnánimo o José Bonaparte. Desde fines del siglo XIX espera la llegada de algún alcalde a la altura de sus predecesores. Las palomas zureaban, de un lado al otro, almas en pena. Y el extintor me recordaba que el poder cumple con sus obligaciones de un modo protocolar, sin esmero (pronto hará dos

milenios de la desintegración del imperio).

También agujereaba la colina, más modestamente y a pocos metros, de nuevo en la ola de calor, la gruta de la tumba de Virgilio (según la tradición, esa gran mentirosa). Cerrada temporalmente por obras. Los andamios oxidados. Una telaraña en la reja. Mierda de paloma en el papel que avisaba del cierre, tal vez de la misma que descansaba cadáver en el interior monumental e inhóspito, a oscuras.

Tres cámaras de seguridad apuntaban -respectivamente- hacia la cripta virgiliana, la boca del túnel y el camino por el que había subido. Me pregunté si estarían conectadas y si estarían conectadas las pantallas y si alguien me estaría viendo escribir en mi cuaderno los apuntes que, con fortuna, luego se convertirían en este texto.

Desandé mis pasos y, antes de salir, me acerqué a la ventana de la caseta de los vigilantes de la entrada: la pantalla del televisor, encendida, mostraba alternativamente planos fijos de los monumentos sin nadie, en blanco y negro: la mole de mármol, la ingeniería pretérita, la gruta tan cagada. Un funcionario delgado y uniformado miraba en otra tele un culebrón de sobremesa. Su compañero regordete, en su teléfono móvil, revisaba su perfil de Facebook.

Los librereros son *dealers* y son virgilio. Sin los cicerones que te revelan lo que no está en Wikipedia, la crónica de viaje no tiene sentido. Regresé a Dante & Descartes, mi librería itaca napolitana -subtitulada «Libros perdidos y encontrados»-, para recoger a Raimondo e irnos a comer bacalao. Me había conseguido otro libro que necesitaba para mi viaje a Capri en busca de dos casas, dos escritores, dos películas, una crónica.

Me lo regaló, junto con *Napòlide*, de Erri de Luca (uno los libros del autor y amigo que ha editado el propio Di Maio). En *El día antes de la felicidad*, de hecho, aparece un personaje librero, don Raimondo. «No vive aquí, ¿verdad?», le pregunté, y me respondió: «Hace tiempo que se marchó pero viene muy a menudo, a veces se queda en casa, hace poco dio una charla en Scampia, ese barrio que en la serie *Gomorra* aparece como un infierno de la droga pero que, en realidad, está lleno de asociaciones culturales, sobre todo vinculadas con la música, y donde viven muchísimos jóvenes que no son ni aspiran a ser camorristas».

Roberto Saviano presentó en Dante & Descartes su primer libro, *Gomorra*, una crónica sobre la Camorra que antes de convertirse en best

seller, película, obra de teatro y serie de televisión, fue su condena a muerte. Vive escondido en Estados Unidos. Leopardi fue perseguido por los fanáticos católicos, que impugnaban su filosofía antidogmática. Matilde Serao también tuvo problemas con su descarnada crónica *El vientre de Nápoles* y la polémica tras la publicación de *El mar no baña Nápoles* de Anna Maria Ortese duró décadas. Aunque también inspire admiración, ternura e incluso complicidad parece que es imposible escribir sobre Nápoles sin empuñar un bisturí -o un taladro.

«Con Roberto todavía hablamos de vez en cuando», me contó Raimondo de camino al restaurante y preguntó: «¿Te importa si nos desviamos un momento?» ¿Tienen acaso otra forma los viajes?, pensé, y abandonamos la via Mezzocannone para meternos por los callejones del centro histórico.

«En esa esquina», prosiguió al cabo de unos minutos, señalando el número 22 de la calle Donnalbina, «abrí en 1984 la sede original de la librería; la verdad es que el éxito, aunque discreto, fue inmediato.» Hace con los dedos índice y anular de ambas manos el gesto nervioso de las comillas mientras pronuncia la palabra «fortuna» y me dice que después me contará las razones de su suerte.

Caminamos algunos cientos de metros más por la calle empedrada, entre fachadas monumentales pero descascaradas -cómo olía, bajo el sol, aquella basura- hasta detenernos en la parte superior del Pendino de Santa Barbara. Se trataba de un pasaje escalonado, con arcos de entrada y salida, en cuyas paredes se podía estratificar la historia de Nápoles: desde las piedras grecolatinas que fueron reutilizadas por los albañiles medievales y que remiten a Parténope -el asentamiento griego con nombre de sirena- hasta las pequeñas capillas iluminadas con luces fluorescentes y los grafitis.

«Aquí es donde Malaparte inventa la más sugestiva y bizarra de las imágenes hiperrealistas de *La piel*, en esta callejuela escalonada ofrecen sus servicios una legión de prostitutas enanas», me dijo mi librero cicerone. Con cara de duende superdotado y los brazos en jarras, Raimondo me contó que la invención amplificó un hecho histórico: en aquella vía estrecha, que jamás había conocido un rayo de sol, realmente vivía una comunidad de mujeres enanas pero no por genética, sino por el raquitismo y la miseria.

No fue difícil imaginar -en el sopor del mediodía, sobre una pátina de suciedad- a aquellas mujeres obligadas por la pobreza a «dejar a la vista el

negro pubis iluminado por el brillo rosado de la carne desnuda», mientras gritaban «*Five dollars! Five dollars!*» a los soldados afroamericanos. Y que cerraban las piernas en cuanto estos habían desaparecido. Es la escena más suave de *La piel*, una novela donde un padre cobra por mostrar la vagina abierta de su hija virgen y donde se sirve en una cena aristocrática un pescado que tal vez sea una sirena o quizá sea una niña muerta.

La literatura contemporánea insiste en realizar versiones del mito de origen: en el principio Capri fue el hogar de las sirenas y a la playa de Nápoles llegó el cadáver de Parténope tras su desencuentro con Ulises. Pero la mitología, en realidad, desdibuja o incluso olvida el origen: las sirenas homéricas tenían rostro o torso de mujer pero el resto del cuerpo era de ave, no de pez. La versión Disney elabora una tradición que comienza en la Edad Media y que convierte a las sirenas en sujetos sexis.

Pero las auténticas sirenas eran monstruos estridentes, horribles. El propio Norman Douglas -autor de *La tierra de las sirenas*- fue expulsado de Italia por pederasta (aunque consiguió regresar a Capri para suicidarse). Y Malaparte, ¿qué decir de la monstruosidad de Malaparte?

«También aquí hay una larga tradición de libros enanos», me explicó Raimondo más tarde, mientras dábamos cuenta de sendos platos de carpaccio de bacalao. En Nápoles comenzaron a imprimirse desde el mero nacimiento de la imprenta, gracias a un editor nómada, el alemán Mattia Moravio. «Hay continuidad hasta hoy», explica el librero y saca de una bolsa algunos de los minilibros que ha publicado mientras agrega: «Pero la tradición moderna comienza con la edición semanal de la Biblioteca Lillipuziana, en 1892, impulsada por Luigi Chiurazzi. Fue él quien convirtió la producción de libros de pequeño formato y minúsculos en un sello distintivo napolitano.»

Don Raimondo es la memoria viva del arte libresco de esta ciudad textual -y tan textualizada. Lleva años amenazando con recopilar en un volumen infinito todos los artículos que ha escrito sobre editores, impresores, bibliotecarios y libreros de Nápoles: «Cuando se estrenó *Il Postino* enseguida se llenó el centro de ediciones pirata de la novela de Antonio Skármeta», me cuenta antes de pedir un babá de postre. Y prosigue: «Pero en lugar de estar firmadas por él, lo estaban por Massimo Troisi, el actor protagonista que acababa de morir: no se me ocurre mejor ejemplo de la sofisticada picaresca napolitana».

Aquella tarde y la mañana siguiente las recuerdo como una única, larguísima caminata, tan sólo interrumpida para detenerme en cafés donde buscar en los libros de la mochila nuevos datos que rastrear en la realidad o para entrar en librerías a la caza de algún texto desconocido sobre las sirenas, el Vesubio, Leopardi, Malaparte, los perros de Capri, los perros de Nápoles (el hotel fue un paréntesis relativo porque seguí caminando en sueños). Aunque paseara solo, no dejé ni por un segundo de conversar mentalmente con mi cicerone, cuya voz rasposa y vibrante asocio en mi memoria con la voz de la ciudad o al menos con su banda sonora.

«No encontré ni rastro de Leopardi en su tumba exagerada», le conté a Raimondo al día siguiente, mientras almorzábamos pasta con alubias en otro restaurante cercano a su librería. «Sí lo encontré, en cambio, en la casa donde murió y, tras subir por una de esas calles en pendiente del Quartiere Montecalvario», proseguí: «en la via Nuova Santa Maria Ogni Bene.» Le enseñé la foto de la placa en la pantalla de mi móvil: «En dos habitaciones de este edificio, entre diciembre de 1833 y mayo de 1835, pernoctó Giacomo Leopardi».

Y le conté que la entrada era noble, con una gran reja de hierro y un farol precioso en lo alto; pero que el edificio daba miedo, porque en él convivía la piedra antigua con los injertos de cemento agrietado, la arquitectura clásica con el canalón de plástico y la ropa tendida y una niña de seis o siete años que se reía cada vez que su madre le pegaba un nuevo coscorrón con el puño cerrado.

Con la esperanza de que el aire del sur contuviera partículas que lo curaran de su edema pulmonar, Leopardi vivió en varios apartamentos de Nápoles, entre octubre de 1833 y junio de 1837. Piero Citati describe así en su biografía la vida de aquellos años que transcurrían entre las tertulias, las librerías de viejo y el culto napolitano por el café y los frutos del mar: «Era un placer nuevo que no había experimentado ni en Bolonia, ni en Pisa, ni en Florencia: caminar hasta perderse en la multitud, convertido también él, como todos los demás, en un cuerpo, un color, un cantar, un erizo».

Leopardi tenía joroba. Los niños se acercaban a él para tocarla, entre divertidos y temerosos, y así robarle unos quilates de suerte. «Todavía no me has contado la historia de la buena fortuna de tu primera librería», le dije a Raimondo. «Es cierto, te invito un *espresso* y te la regalo», me respondió. En

la barra del café recordó a aquel anciano que se quedaba todos los días, durante varios minutos, embelesado mirando el escaparate de la recién inaugurada Dante & Descartes.

El joven librero se fue dando cuenta de que no miraba los libros, sino otra cosa, tal vez las paredes, el suelo, el techo, como si escarbara en el espacio que ahora ocupaban los títulos de Italo Calvino o Natalia Ginzburg o Benedetto Croce o Dante Alighieri. ¿Qué diablos estaba mirando siempre? Un día al fin se decidió a invitarlo a un café y el caballero le confesó que en 1945 aquel local albergaba un burdel: «Me dijo que allí ofrecían sus encantos muchachas venecianas, milanesas, sicilianas y... bueno, se acordaba sobre todo de una joven de Boloña, que supongo que le había impresionado particularmente».

Las mantas militares hacían las veces de paredes de separación entre los distintos ambientes. Raimondo le preguntó qué recordaba de las cercanas escaleras de Santa Barbara al Pendino y el anciano le respondió que se acordaba de las prostitutas que ofrecían sus servicios apoyadas en la pared, prostitutas que no eran enanas pero que sí había una planta baja con mujercitas. Antes de despedirse le dijo que todo aquello que le había contado era lo que le había traído «fortuna», porque en Nápoles se cree que las putas dan buena suerte.

Nos despedimos con un abrazo en la plaza del Gesù Nuovo donde su hijo Giancarlo ha abierto una sucursal de Dante & Descartes. Y en el ferri que me llevaba a Capri, a la mañana siguiente, empecé a leer el libro que Raimondo me consiguió en casa de su autor: *Curzio Malaparte. «Casa como me», Punta del Massullo, tel. 160, Capri*, de Sergio Attanasio. Y *Neruda a Capri. Sogno di un'isola*, de Teresa Cirillo.

Con la mirada basculando entre las páginas y las olas, pensé que quizá tendría yo también suerte y sería capaz de escribir una crónica de viaje, esa paradoja, porque el viaje es movimiento y la escritura lo detiene, porque el viaje es siempre crónico y la crónica aspira a serlo, pero sólo a veces lo consigue.

III. EL MAR EN MINIATURA

Antes de los perros malapartianos, fueron las cabras los animales emblemáticos de esta isla: mamíferos saltimbanquis y trepadores, perfectos para estos parajes escarpados. ¿No serían cabras lejanas lo que avistaron en estas costas los primeros marineros, confundiéndolas con sirenas? ¿No serían extrañamente seductores aquellos balidos, cantos estrambóticos distorsionados por el viento?

En «Entre las ruinas», su crónica sobre Capri, el mitómano, viajero y narcisista escritor británico Bruce Chatwin recuerda que en «la isla de las cabras» construyeron sus casas al borde de sendos acantilados «tres narcisistas»: Axel Munthe, el barón Jacques d'Adelswärd-Fersen y Curzio Malaparte. En esa brillante crónica de viaje, en que resume la biografía de los tres personajes mientras recorre sus escenarios (y que puede leerse como un autorretrato en espejo cóncavo por su interés por lo extraordinario y el ego desbordado), Chatwin menciona el libro de Malaparte *Donna como me* (1940), «una serie de fantasías autobiográficas con títulos como *Una mujer como yo* o *Un perro como yo*». No hay duda de que la casa selfi fue también una fantasía trans, pero con vocación de testamento o sarcófago. No en vano escribió sobre Mussolini: «Muss, gran imbécil adorado, cadáver como yo».

La Casa come Me va quedando atrás, pero siguen a mi lado los acantilados y los pinos, en esta anfibia vía Tragara que se abisma por momentos, pero que jamás pierde la urbanidad, la elegancia, pues al fin y al cabo bordea fincas privadas, carísimas, en uno de los centros mundiales del turismo pijo. Tras dejar abajo el antiguo puerto de Tragara -una playita con tumbonas y parasoles-, protegido por esas grandes moles erosionadas -viejos dioses en coma- que el mapa llama Faraglioni, me encuentro con otro de los edificios icónicos de Capri: el hotel Punta Tragara. Desde 1973 ofrece vistas privilegiadas desde sus terrazas y sus piscinas, con un martini en una mano y una ostra en la otra; pero durante el medio siglo anterior fue una villa privada, que en la época de *La piel* alojó a los generales Dwight Eisenhower y Mark Clark, y al primer ministro Winston Churchill.

Trescientos metros más adelante, ya casi en el pueblo que abandoné hace cerca de tres horas, me detengo en el número 14 para espiar, tan discreta, la Casetta di Arturo donde pasó unos meses Pablo Neruda. Ninguna placa lo recuerda en la fachada, para que no se concentren los turistas, pero el cronista de viajes sabe que su obligación es ver lo que otros no vieron, de modo que

ante la ausencia de respuesta en el interfono, escalo como una cabra caprese y miro.

Miro la escalera que desciende por el barranco y, sombreados por una gran encina, el patio y la casa que Edwin Cerio -patriarca de la familia más poderosa de la isla- prestó al poeta y a su nueva pareja, Matilde Urrutia. La invitación llegó como agua de mayo. Estamos en 1952 y, por presión de la dictadura chilena, el Ministerio del Interior de Italia ha emitido una orden de expulsión inmediata. Pero un grupo de intelectuales intercede y logra que la orden sea suspendida. Entonces: un telegrama, una invitación a pasar el invierno y la primavera en Capri. En lugar de ir con su mujer, Delia del Carril, lo hace con su amante. Lo que antes se llamaba *su musa*: gracias a ella escribió algunos versos memorables en *Las uvas y el viento* y *Los versos del Capitán* («entonces al fondo de tú y al fondo de yo / descubrimos que estábamos ciegos / adentro de un pozo que ardía con nuestras tinieblas»), y por culpa de ella publicó otros que dan un poco de vergüenza ajena («y luego en la miel oceánica navega la estatua de proa, / desnuda, enlazada por el incitante ciclón masculino»).

Neruda vivió en Capri una vida humilde en una casa humilde, impropia: una vida de aceitunas y vino, de odas elementales. Aunque política y artísticamente Malaparte y él sean antagónicos, me doy cuenta ahora de que el interior de la Villa Malaparte, tal como se ve en las fotos y en las secuencias de *La piel* y de *El desprecio*, se parece muchísimo al interior de las casas de Neruda con vistas al mar: la de Valparaíso y sobre todo la de Isla Negra. La crónica de viaje tiende hacia la unidad aristotélica (de acción, de espacio y de tiempo), de modo que no abriré aquí una larga digresión sobre aquel viaje que, desde su torre en Santiago de Chile, me llevó a las tres casas de Neruda, a sus tres museos de coleccionista estrambótico, a sus tres arquitecturas poéticas. Pero las tres las imagino perfectamente en Capri, por ejemplo en la punta de Massullo.

Seguí paseando por Capri después de espiar la casa adúltera de Neruda; leí y escribí mientras comía en un restaurante cercano a la casa de Yourcenar; visité el Centro Caprese Ignazio Cerio (recuerdo sobre todo los esqueletos de cabras); regresé a Nápoles y regresé a mi casa. Y seguí leyendo a Malaparte y sobre Malaparte, a los perros de Capri y sobre los perros de Capri. Y mirando películas y navegando por pantallas: uno nunca sabe cuándo

empieza ni cuándo acaba una crónica.

Cuenta Malaparte en *Diario de un extranjero en París* que de niño era débil, enfermizo, alguien dominado por la imaginación. El hogar familiar se encontraba en la via Magnolfi de Prato, el pueblo donde se crió: «A los dos años, quité un ladrillo del suelo de mi habitación y, viendo que debajo había arena, pensé que aquella arena era el mar. Me pasaba horas con el oído pegado a aquella arena, para escuchar el mar, la voz del mar». Su padre le regaló una caracola y él construyó su propio mar en aquella habitación infantil con juguetes extraños. Se pasó la vida imaginando islas y cuando quiso darse cuenta él mismo era un volcán rodeado de desiertos.

El desprecio es cine sobre el cine: una construcción en abismo. Narra en segundo plano cómo Fritz Lang -que se interpreta a sí mismo- rueda en Cinecittà y en Capri una adaptación de *La Odisea* de Homero. Entre planos de estatuas griegas, la tragedia de Penélope y Ulises la encarnan el personaje de Brigitte Bardot, rubia o morena según el momento de la película, y el de su pareja Michel Piccoli, dramaturgo que recibe el encargo de reescribir el guión, que no satisface al arrogante productor americano que la financia. La Villa Malaparte es en la ficción la mansión que acoge toda su arrogancia. Y en la ficción dentro de la ficción, en el rodaje que tiene lugar en su azotea, el cine y el amor son entregados en holocausto a los dioses antiguos, porque las escaleras en technicolor de la casa conducen a un gran altar que se prolonga en el horizonte azul.

Alberto Moravia, quien trabajó para Malaparte en *La Stampa* antes de la guerra y vivió en Capri con su esposa Elsa Morante, se divorció de ella al mismo tiempo que escribía *El desprecio*. Cuando Godard preparaba y ejecutaba la adaptación cinematográfica de esa novela, sufrió la crisis sentimental que lo llevaría al divorcio de la actriz Anna Karina y la crisis ideológica que lo volvió maoísta. Son los mismos años en que se fragua la última voluntad de Malaparte, fallecido en 1957, que donó su casa a la República Popular China, porque después del fascismo y antes de la muerte, todavía tuvo tiempo de idolatrar a Stalin y a Mao Zedong y de pedir -en los 120 días de su agonía- que el papa Pío XII fuera a visitarle a su habitación de moribundo. En el hospital recibió un mensaje del alcalde de Capri: la isla se reconciliaba con él, aunque él hubiera preferido que la despedida la firmaran sus perros.

Varias semanas después de regresar terminé de leer *Malaparte. Vidas y leyendas*, la completísima biografía de Maurizio Serra. En el epílogo dice que cuando él visitó la villa en junio de 2010 conoció a una perrita, *Luna*, «aún asustadiza a causa de los malos tratos recibidos antes de llegar aquí, que se ofrece con cautela a nuestras caricias y prefiere ir a hurgar a un recinto de hierba, en el que Malaparte había creado un cementerio canino». Menciona también a Alessia y Niccolò Rositani Suckert, que gestionan la casa. Busco en vano sus emails en la red, sus perfiles en Facebook. ¿A quién más menciona Serra?: una pianista, un finlandés, una mexicana. La busco en Messenger. La encuentro. Es la profesora Maya Segarra Lagunes. La contacto. Me responde.

Me responde que prefiere no opinar sobre la casa. Le digo que no quiero opiniones, sino hechos. Al cabo de dos días me da su correo electrónico y me dice que la propietaria de la villa, Alessia Rositani, y ella misma responderán a mis preguntas por email. Tardan un mes en contestar, pero la espera merece la pena.

«Desde el primer momento, mi relación con la casa fue de profundo respeto y admiración; pero al mismo tiempo de obstinada fascinación por conocerla y comprenderla en cada uno de sus detalles, en cada una de sus soluciones», me escribe Segarra Lagunes: «El objetivo es, en el futuro, seguir investigando sus secretos, para comprender a fondo el porqué de cada una de esas originales e intrigantes soluciones arquitectónicas, que no dejan todavía hoy de sorprender a la arquitectura mundial.»

Por eso precisamente entrevisté largamente a Alessia Rositani Suckert, que gestiona junto con su marido (bisnieto de Malaparte, hijo de Lucia Ronchi) los derechos y el legado del escritor, porque descubro que son ellos quienes conocen más a fondo la casa autobiográfica. Me cuenta que Malaparte era consciente de que no existían relaciones legales entre China e Italia cuando, provocativamente, dejó supuestamente en herencia la casa al gobierno de Mao: «Fue un gesto para alentar el diálogo entre Oriente y Occidente, él siempre abogó por la libertad de expresión y por la apertura, la Casa como Me también representa eso».

Se definen como una «familia tradicional, de valores católicos», que trabaja junto con su hijo Tommaso en la defensa del legado malapartiano. La villa es parte esencial de ese legado: «Es muy delicada y es maltratada constantemente por el mar, la sal, la intemperie, precisa atenciones continuas,

por eso contamos con un equipo de personas excepcionales que se encargan de la manutención, todas ellas hijas o nietas de empleados de Curzio, como el hijo de su tapizador». Nunca han recibido dinero público para las obras: «Somos jóvenes y podemos trabajar para pagar nuestros gastos, el dinero del Estado debe ir a los hospitales y a los necesitados».

Aunque se trate de una residencia privada y ellos vivan en Florencia, alojan regularmente en ella a escritores, traductores y arquitectos. Quienes sí viven permanentemente allí son las amas de llaves y los perros. No puedo evitar contarle que yo caminé por sus alrededores, imitando una secuencia de Godard, el pasado 9 de junio. Y que vi unos personajes a los lejos. Y un perrito: «Probablemente se tratara de mi hijo, o quizá de nuestro traductor al holandés, Jan Van der Haar, con Stephanie La Porte, que estaban trabajando en la casa. Y el perro podía ser una gran danés negra, llamada *Agata*; o nuestro querido *Febo*, un golden retriever; o *Luna*, nuestra pobre huérfana, a quien a menudo mandamos de expedición para que cace las gaviotas que nos arruinan el tejado».



Le pregunto si Malaparte y Neruda se conocieron en Capri: «No lo sé, te lo investigo en el archivo». Paso la hora y media de espera caminando por la via Tragara a través de Google Maps, buscando mi fantasma pixelado, sobrevolando la Casa como Me, buscando el cambio de perspectiva que me permita acabar esta búsqueda, esta crónica.

«He revisado desde el año 48 hasta el 55 y sólo he encontrado este artículo, que me parece intrigante», leo tras minimizar la isla en 3D. Se trata de un texto publicado en *La Nación* de Chile el 25 de septiembre de 1953, que da testimonio del día en que Malaparte visitó en su casa de Santiago a Neruda. La describe pormenorizadamente y concluye: «Es un clima mágico: cada mueble tiene el valor de un ídolo o de un fetiche».

La conversación, en francés, comienza en la entrada, prosigue en el salón y en la biblioteca, termina en el jardín. Al escritor italiano le fascina la colonia de caracolas de mar que habita en la biblioteca: «No hay nada que dé la idea del mar como las conchas; del mar como arquitectura, como geografía, como

patria», escribe, y cuenta que Neruda llama a cada caracola por su nombre. Una viene de Java, otra de México, esta de Ceilán, aquella otra de Valparaíso: «De Capri, de Cuba, del desierto de Atacama: todo el mar y todos los océanos del mundo están en estas caracolas».

Que son casas en miniature.



EN DEFENSA DE LAS LIBRERÍAS

«Cada vez que se cierra un bar se pierden para siempre cien canciones»: así comenzaba el conocido vídeo de la campaña «Benditos bares», que lanzó Coca-Cola España en 2014. La pieza apelaba a las emociones que nos vinculan con esos establecimientos y estaba diseñada para ser viral. Aquel año, por primera vez durante la crisis económica, se abrieron más bares de los que se cerraron. ¿Por qué no ha existido una iniciativa parecida por parte de Planeta, RBA o Penguin Random House? ¿Por qué la industria del libro no ha apostado por una defensa de las librerías como templos emocionales de los lectores? Amazon.es -que en octubre comenzó a vender alimentos- sigue sin dar cifras de sus ventas. En ellas, supongo, está una de las razones de por qué no ha existido la campaña «Benditas librerías».

Otras se pueden encontrar en *Superventas*, de Anita Elberse, que demuestra con datos estadísticos que en la era de internet sigue siendo más lucrativo para las grandes productoras de contenidos apostar por pocos productos *mainstream* que por muchos de nicho. En otras palabras, que sale más a cuenta invertir un millón de euros en una única novela de Carlos Ruiz Zafón que hacerlo en quinientas novelas de otros tantos autores. La profesora de Harvard analiza casos tan distintos como el de Lady Gaga o el del Real Madrid, cuyo modelo *galáctico* está inspirado en el de Disney. Argumenta que, desde la perspectiva de un mercado global, los aficionados que acuden al Santiago Bernabéu son fundamentales como figurantes, pues sin ellos los contenidos que el club produce perderían muchísimo interés y rentabilidad. Yo diría que algo similar ocurre con la mayoría de los títulos de las grandes editoriales: no ganarán con ellos dinero, pero les asegura una visibilidad continua en librerías, plataformas *online* y medios de comunicación. Para Coca-Cola cada botella o lata tiene el mismo valor. Para las grandes

editoriales hay dos categorías de libros: los extras, que son legión, y un selecto grupo de actores y actrices protagonistas.

De los 46 productos que se anuncian en la página principal de Amazon, sólo seis son libros. Eso sí, son los primeros y más visibles. Paradójicamente, en una época en que supuestamente las librerías no inspiran consumo masivo, el supermercado virtual más poderoso del mundo se apropia del prestigio libresco. No sólo eso: abre una librería física ese gesto y se convierte inmediatamente en una noticia global, que nos hace olvidar que también vende batidoras, televisores o comida congelada; o que Internet Bookshop Italia, que lleva casi veinte años en el mercado *online*, se convirtió en 2012 en una cadena de librerías, con sedes por todo el país, algunas tan espectaculares como la de la via Nazionale de Roma. Los medios de comunicación publicitan incansablemente la expansión de Amazon mientras insisten en la extinción de las librerías.

Pero los viejos libreros nunca mueren. Son incontables los que toman el relevo. Hay que reivindicar esa figura, que ha permanecido en la sombra, mientras que la del autor, el editor y el agente se volvían totalmente visibles -incluso estelares. En la memoria de los libreros se conserva un patrimonio que casi nunca se puede descubrir en las paredes de sus librerías o en sus páginas web. Estamos acostumbrados a que los restaurantes reivindicuen con fotografías el rastro de sus clientes más ilustres, ¿por qué no lo hacen las librerías más emblemáticas? Casa Amèrica Catalunya y Xavi Ayún acaban de crear en Barcelona dos rutas del Boom que incluyen en sus puntos de interés tanto las sedes editoriales y los domicilios particulares de sus protagonistas como los restaurantes y las librerías que frecuentaban. No hay que despreciar ese patrimonio inmaterial que en algún momento fue materia. Ni la fuerza económica del turismo cultural. Son muchos los lectores que, en la misma ciudad, quieren saber dónde compraba sus libros Roberto Bolaño o lo siguen haciendo Cristina Peri Rossi, Enrique Vila-Matas o Jorge Herralde.

Las cadenas de librerías no van a poder competir con Amazon. En Estados Unidos se está demostrando que sólo las librerías independientes, ancladas en un barrio, pueden hacer frente a esa competencia. Como centros emocionales, como centros culturales, como centros de distribución de libros a todos aquellos que siguen prefiriendo comprarlos en persona. Los libros infantiles, los de tapa dura de no ficción y los de arte son algunos de los que preferimos

seguir adquiriendo físicamente. El papel de regalo, la dedicatoria o el café forman parte del ritual y de la artesanía que continuamos asociando con la cultura libresca.

Mientras esas pequeñas librerías de autor sobrevivirán, en el polo opuesto se dará en algún momento la confluencia entre el Big Data y las narrativas de inmersión. Nuestros perfiles de consumidores se nutren con toda la información que vamos regalando, al tiempo que se fusionan la industria del videojuego y de la realidad virtual. Alimentado por la información de todos los libros de nuestras vidas; engordado por nuestros comentarios y nuestros *likes* en la red; la tecnología construirá el espejismo de nuestra librería ideal, entre cuyos anaqueles se paseará encantado nuestro avatar letraherido. Una librería personalizada en que todos y cada uno de sus títulos, que podremos tocar y hojear gracias a la realidad virtual, tendrá una virtud que no ostenta ninguna librería real: todos te interesarán. No es descabellado fabular que ese futuro será el de Amazon, pues al fin y al cabo es la compañía mejor posicionada económica y conceptualmente para ello. Pero Borges ya nos advirtió de que si tuvieras en tu cabeza la memoria de Shakespeare no tardarías en aborrecerla. En cuanto en tu librería ideal tuvieras acceso a redes sociales, cada usuario, para interactuar, debería abandonar su espacio exclusivo y entrar en uno común. En una librería configurada por terabytes en lugar de por libros de papel. Pero también nos cansaremos de ella y necesitaremos alternar con espacios físicos, horizontes estables, volúmenes, tres dimensiones: los que nos proporcionan nuestras benditas librerías.

LIBRERÍAS DE VIEJO VERSUS LIBRERÍAS DE NUEVO

UNA CONVERSACIÓN CON LUIGI AMARA

J. C.: No tengo ni idea de por qué me fui inclinando con los años por las librerías de libros nuevos. Lo cierto es que crecí en un barrio periférico de una ciudad pequeña, en el que no había librerías. Sí quioscos, papelerías, un estanco: me recuerdo a mí mismo fascinado por las nuevas revistas de divulgación científica, de videojuegos, por los nuevos cómics de Marvel. En algún momento comencé a frecuentar la gran librería de la ciudad, en el centro urbano, y una librería de viejo, más cerca de mi casa, en una zona que llamaban «ciudad jardín». De modo que los libros nuevos (Robafaves, se llamaba la librería, que ha cerrado) estaban en una calle comercial, de camino a la única biblioteca pública que había en la ciudad (Mataró) en aquella época, mientras que la librería de viejo (Roges Llibres, que ahora sólo vende *online*, pero está relacionada con la ONG que vino a casa a recoger los mil libros de los que tuve que deshacerme cuando nació mi hijo) se encontraba en una calle residencial, más o menos apartada. Ahora veo esos dos polos como platos de una balanza. No tengo ni idea, repito, de por qué me incliné hacia Robafaves. Tal vez por las novedades, las presentaciones de libros, o simplemente porque allí sí estaban los libros que más me interesaron durante la adolescencia: los de juegos de rol.

L. A.: Aunque me cautiva casi cualquier tipo de librería, confieso que siento una debilidad especial por las de viejo. Allí palpita, como quizá en ninguna otra, la inminencia del hallazgo. Es verdad que en una librería de

nuevo uno no tiene que saber necesariamente lo que busca y que, por lo mismo, cabe recorrer sus pasillos con la expectativa de una cita a ciegas jamás concertada, pero hay que hacerlo casi siempre a contracorriente de las marejadas de autoayuda y en zigzag entre las columnas cada vez más abultadas de best sellers. Como decía Virginia Woolf, apenas traspasamos el umbral de una librería de viejo nos invade una sensación de aventura: a diferencia de los ejemplares más o menos domesticados de las bibliotecas y de los obedientes y bien peinados por la mercadotecnia de las grandes cadenas, los libros usados son más bien silvestres y carecen de techo: aunque tal vez lleven décadas acumulando polvo en un rincón, se diría que están de paso, que su lugar en el estante es sólo una escala en el largo peregrinaje del azar. Eso es quizá lo que más me gusta de ellas, la posibilidad un tanto eléctrica del encuentro, de lo repentino: que al final de una línea discontinua y caprichosa de dueños y reventas, de entusiasmos y desdenes, el libro que nos esperaba y no sabíamos siquiera que existía termine de golpe en nuestras manos.

J. C.: No sé si el autor de una historia de la peluca debería utilizar la expresión «bien peinados»... De algún modo, pienso ahora, los dos hemos trabajado en la misma idea: la de la genealogía de un objeto o lugar, la peluca y la librería. La biblioteca sería a la librería, en el imaginario colectivo, lo que el cabello natural al cabello postizo o artificial. Por otro lado, no sé a qué librerías de nuevo vas tú, pero en las que yo frecuento no hay autoayuda. Es tal la cantidad de novedades, de ahora y de los últimos treinta años, que siempre hay también en ellas aventura y encuentro (como en el viaje, el encuentro es el nodo de la experiencia). Recuerdo, por ejemplo, aquella vez que vi en un anaquel de La Central del Raval la primera edición de *Vudú urbano*, de Edgardo Cozarinsky, de Anagrama con prólogos de Susan Sontag y Guillermo Cabrera Infante. Yo había leído el libro en la edición argentina (lo compré en El Ateneo de Rosario), no me imaginaba que la primera edición española nunca se había agotado...

L. A.: Quizá la situación sea más acentuada en México -de allí mi timbre un tanto desencantado-, pero creo que en todos lados asistimos a la transformación de librerías alguna vez emblemáticas en supermercados de libros, en grandes almacenes donde el perfil del libro como mercancía domina

y a veces agota el horizonte, donde la rapidez de venta es el valor central y donde la autoayuda y los *coffee table books* más previsibles han desplazado a ciertos géneros (la poesía y el ensayo entre ellos) a rincones escuálidos y menguantes. Recuerdo, por ejemplo, cuando la librería Gandhi era una escuela no oficial de librereros al sur de la ciudad de México. ¡Cuánto se podía conversar y aprender de ellos! Hace poco entré buscando la edición de Alianza de *Vidas de los filósofos ilustres*, de Diógenes Laercio, y el dependiente no sólo no ubicaba el libro en absoluto, sino que me preguntó cuál era el apellido del autor para buscarlo en la base de datos... ¿Cabe seguir llamando «librería» a un lugar donde se pretende que la computadora reemplace a la sabiduría? Si hoy -y hablo en particular del Distrito Federal- quieres acercarte a uno de ellos, a un librero de los de antes, de los que saben situar un título en una órbita más amplia, rica en conexiones y proximidades, tienes que cruzar el umbral de una librería de viejo: visitar a Enrique Fuentes en la Librería Madero, a Agustín Jiménez en La torre de Lulio, a Max Rojas en El burro culto. Desde luego las librerías de nuevo pueden deparar cierta sensación de aventura, pero me temo que han expulsado a sus viejos lobos de mar.

J. C.: En cambio, en otros ámbitos, las grandes superficies retroceden. Pienso en Estados Unidos, en la debacle de Barnes & Noble, en el cierre de Borders; o en España, donde la crisis, creo, ha reivindicado al pequeño establecimiento y ha puesto en jaque al grande. Por otro lado, en la calle de Donceles de la ciudad de México me sentí muy perdido: no había catálogos informatizados ni librereros que supieran qué estaban vendiendo. Sentí cierto vértigo ante todos aquellos libros que podían llegar a interesarme, sepultados por la masa informe, anónima, caduca. Prefiero el orden y el ordenador al caos, el polvo y esa impotencia.

L. A.: Los supermercados de libros crecen aquí y se hunden allá, mientras que las librerías de barrio prosperan y se extinguen a la velocidad de los hongos; Amazon domina el horizonte como el ojo sin párpado de un dios insensible, y las librerías de viejo asisten atónitas a una euforia fetichista en plena era digital... Se antoja necio apuntarlo ante el autor de *Librerías*, un libro que es también una forma contagiosa de viaje, pero en un panorama tan

variopinto y cambiante, quizá todo dependa de lo que busquemos en ellas, de las expectativas que nos mueven a visitar una librería en particular. (Eso sí, cuando el parámetro es simplemente «grandes superficies», prefiero por mucho la masa informe, caótica y caduca de Strand a la cuadrícula aséptica, impersonal y filistea de la Fnac). La defensa del desorden y el polvo en una librería -te lo dice un maniaco y un alérgico- sólo se sostiene por sus recompensas o, para ser más modestos, por la perspectiva del hallazgo. En «Para coleccionistas pobres», Walter Benjamin evita el ejercicio de jactancia de enlistar sus cualidades detectivescas o sus golpes de suerte, en razón de que difícilmente podrían extraerse de allí directrices o consejos útiles para el bibliómano. Pero como de momento no me mueve ningún afán didáctico, contaré, espero que sin demasiado alarde, la forma en que me hice de uno de mis mayores tesoros libresco. Cuando ya el vértigo comenzaba a convertirse en impotencia en una librería de viejo del centro de la ciudad de México, una librería/dulcería desvencijada y lóbrega a la que había entrado por lo inusual de la propuesta (porque de eso se trata: de una propuesta y no, como parecería a simple vista, de desesperación encarnada), y mientras compraba a veinte pesos -porque el dependiente me había hecho el día con su teoría de la complementariedad del azúcar y la lectura- *Una avanzada del progreso* de Conrad, los vi: dos volúmenes color beige un tanto avejentados pero en perfectas condiciones que me gritaron, como los frasquitos a Alicia, «tómanos». Cada uno costaba setenta pesos, yo tenía en el bolsillo apenas 120, pero el librero consintió en que me llevara los tres por esa cantidad, el Conrad incluido. Una vez en mi casa constaté en internet lo que hasta entonces no era sino una sospecha que ya empezaba a degenerar en taquicardia: eran las primeras ediciones de *Esperando a Godot* y de *Fin de partida* de Samuel Beckett (Les Éditions de Minuit, 1952 y 1957 respectivamente) tesoros cotizados -sobre todo el primero- en miles de dólares, que quién sabe cómo diablos habían ido a parar en una dudosa librería/dulcería del centro del DF vendiéndose por una bicoca... ¿La cadena insobornable del azar los había destinado a ilustrar, medio siglo más tarde, las bondades inesperadas del polvo y el desorden?

J. C.: Lo que te pasó es casi ya imposible que ocurra. Los cazadores de libros y de primeras ediciones hasta hace poco todavía fatigaban (esa palabra)

las librerías de viejo en busca de primeras ediciones valiosas. Ahora se han rendido, porque los libreros saben muy bien qué atesoran, porque casi todo está bien catalogado y tasado en internet. Sin embargo, quedan espacios. No sólo esa librería pastelera que comentas. Pienso en La Habana, donde todavía la gente pone a la venta la biblioteca familiar sin saber muy bien con qué cuenta. Y no sólo en La Habana, porque en todas partes hay familias despistadas sobre los bienes que adquirió el bisabuelo. El año pasado fui al Mercado de los Encantes de Barcelona, poco antes de su desaparición y traslado, y vi cómo a las seis de la mañana media docena de «cazalibros» entran a saco en los lotes de muebles y vajillas para mirar si entre los trecientos o cuatrocientos volúmenes vendidos hay alguna joya. En eso te doy la razón: un mundo se extingue. Pero tal vez justamente por eso me interesa más el mundo de las librerías de libros nuevos: porque creo que está cargado de futuro.

L. A.: Un mundo que se extingue también sirve como refugio, como punto de referencia, y a veces es necesario resguardarse de la catarata apabullante de novedades -cada cual anunciada como «una fiesta del lenguaje», como el-no-va-más-que-nadie-debe-perderse- en busca de algún viejo volumen. De algún modo esos libros polvorientos, atravesados por la polilla, están a su vez cargados de futuro. Desde luego la división no es tajante (en las librerías de usado, sobre todo en las poco escogidas, suelen amontonarse aquellas chillonas novedades que nadie debía perderse y todos se perdieron, así como en las librerías de nuevo están los Luciano o los Chesterton de siempre), pero esos libros amarillentos y frágiles, que han sobrevivido al naufragio, encarnan también una idea de libro, de su materialidad y discurso tipográfico, que vale como un doble refugio frente a la desbordada miseria editorial imperante, como ese contrapunto o paso al margen que permite ver la oscuridad del presente y apuntar entonces en otras direcciones. Por lo demás, si de los libros nos desplazamos a la consideración de las librerías mismas, al placer de visitarlas como espacios rituales (tú mismo practicas y defiendes el peregrinaje a esos recintos imantados de la cultura y la historia), creo que habría forma de defender las librerías de viejo no sólo por lo que venden, sino precisamente como enclaves, como «topografías eróticas» (ahora te estoy citando), como guñón habitables de las urbes que, a la manera de los antiguos

cementerios o las ruinas arqueológicas, nos permiten a la larga encontrar nuestro lugar en el mundo.

J. C.: A menudo pienso que las librerías han sido para mí lo que las iglesias fueron en algún momento para mi madre: tanto el refugio más cercano para la inquietud del espíritu, digamos, como el lugar de visita cuando se hace turismo. De hecho, en algún momento de mis viajes me cansé de las iglesias y las catedrales, incluso de los templos, pero nunca me he cansado de las librerías. Son un lugar con aura, aunque el aura -por supuesto- esté en tu mirada. Un lugar, también, tranquilizador, donde el orden comunica calma. Un lugar, por supuesto, interminable, como lo son de hecho todas las bibliotecas de, digamos, más de mil volúmenes. Cuando vivía en Chicago, a causa de la soledad y de la nieve, pasaba mucho tiempo en la biblioteca de la universidad y en la librería Seminary Co-op. En ambos espacios, tal vez por única vez en mi vida, fui radicalmente sistemático. Quiero decir que llegué a mirar uno por uno todos los libros de las secciones de literatura de viaje o de historia del viaje y del turismo, o todos los escritos por Saul Bellow o J. M. Coetzee, que fueron profesores de aquella universidad, o por Juan Goytisolo y W. G. Sebald, siempre acompañados por una ingente bibliografía secundaria. Quiero decir que leí muchos y compré algunos, que tomé apuntes no de decenas, sino de centenares de ellos. Esa posibilidad extrema de consumo de tu tiempo está siempre, en potencia, en cualquier biblioteca y librería. Casi nunca optas por ello, pero ahí está. De algún modo la fuerza de esos espacios, su enorme poder, dependen de esa posibilidad, la de agotar el conocimiento sobre un tema, la de explorar algo tan a fondo que podrías hacerlo casi tuyo.

L. A.: Comparto esa idea de la librería como refugio y también como pretexto para desplazamientos a veces descabellados y largos. Aunque en general me gusta recorrerlas -al igual que las ruinas o las iglesias- en silencio, en las de viejo también he disfrutado de inesperadas conversaciones con desconocidos, lo que las ha vuelto a su manera más entrañables. Recuerdo que hace ya muchos años empecé a rastrear como un auténtico buscador de tesoros los libros de Léon Bloy y J. K. Huysmans; después de que un sujeto escuchó que buscaba «cualquier cosa» de Villiers de L'Isle-Adam, y me los recomendó en el tono de quien pertenece a una secta; seguramente habría llegado de todas

formas a ellos siguiendo el hilo de asociaciones y proximidades que suelen envolver a los libros, pero no sé si entonces habrían significado tanto para mí. En librerías de nuevo sólo me ha pasado algo parecido en Buenos Aires, donde sentí que de hecho se practica el figoneo libresco y hasta el debate literario de pasillo. Una vez, una señora que de forma más bien indiscreta notó que yo seguía la huella de Gombrowicz en la Argentina, se acercó para orientarme (¿qué digo?, ¿para impartir cátedra!) y de paso para invitarme a la proyección de un documental sobre Gombrowicz que se daría no lejos de la librería esa misma noche, gracias a lo cual la huella del escritor polaco se abrió hacia un horizonte del que no tenía la menor noticia y además me puso en camino de una noche inolvidable.

J. C.: Esta conversación me ha obligado a recordar mis orígenes como lector. Y son unos orígenes muy vinculados con los libros nuevos. Mis padres me los compraban sobre todo en el Pryca, ahora Carrefour, un gran supermercado. Es de ahí, creo, de donde vienen casi todos mis ejemplares de *Los Hollister* y de *Alfred Hitchcock y los tres investigadores*. Me recuerdo, mientras mis padres recorrían los pasillos y acumulaban en el carrito la compra semanal, jugando con mi hermano en la zona de las pelotas (había un gigantesco cono lleno de pelotas de plástico: el juego consistía en cogerlas de la parte inferior y lanzarlas, cuatro o cinco metros hacia arriba, para colarlas en la parte superior; era una suerte de reloj de arena gigante en que los granos eran balones estampados en colores vistosos con los jugadores del Barça o los protagonistas de *Dragon Ball*) o mirando libros en la zona de librería (en una esquina estaban los pósteres enmarcados, la mayoría eran de coches, pero había siempre dos o tres de Sabrina o Pamela Anderson en minúsculos trajes de baño). Más tarde, cuando mi padre entró a trabajar como agente de Círculo de Lectores en su tiempo libre, comenzaron a llegar otros libros a casa, también nuevos, por ejemplo los de Agatha Christie. De vez en cuando mi padre volvía con libros viejos, que había encontrado en su deambulación constante como empleado de Telefónica en un pueblo cercano, pero nunca me enamoré de esos libros, no recuerdo título alguno, tal vez me suscitaba desconfianza el hecho de que hubieran sido leídos, disfrutados, por otros niños, como juguetes de segunda o de tercera mano. Mis orígenes humildes (clase media-baja, como decían mis padres), por tanto, estarían relacionados

con los libros nuevos. Pero, pensándolo bien, tal vez las librerías de nuevo sean más democráticas que las de libros de segunda mano o antiguos. Para empezar, el precio es único, no se puede regatear, todos los clientes somos iguales (también los que, como yo, no fueron educados por sus padres en el arte de la bibliomanía); mientras que en las librerías de viejo, aunque es cierto que la mayoría de los libros son más baratos, no sólo se puede negociar el precio, sino que también hay joyas bibliográficas, libros de un valor mucho más alto. Para seguir, nunca me ha gustado que un libro mío esté firmado por otra persona, dedicado a otra persona, no digamos subrayado por otra persona. Esta mañana me fijaba, mientras leía *Fouché*, de Stefan Zweig, en el sonido del lápiz al rasgar el papel (leo siempre con un lápiz en la mano, por lo común de Ikea, para mí ir a Ikea es ir a robar lápices de lectura, que a menudo quedan como punto de lectura: a veces, años más tarde, cojo un libro del estante y me doy cuenta que tiene un lápiz enterrado, recordándome dónde lo dejé), y pensaba que uno de los motivos por los que no sigo leyendo en mi iPad es por eso, porque hay en los gestos, en los subrayados, en lo táctil, en la textura, una serie de estímulos a la memoria que no existen en lo digital (o que conmigo no funcionan: yo leo para recordar y para pensar, no para evadirme, necesito esa memoria de la lectura).

L. A.: En mi caso, todos esos aspectos «físicos» que rodean la lectura, y que la hacen, si esto tiene algún significado concreto «más real», contribuyen al gusto por las librerías de viejo. Confieso que buena parte de mi afición por ellas proviene del atractivo tal vez morboso de que allí se vendan libros ajenos, es decir, que pertenecieron a otros; esa sensación de expectativa y acaso de desdoblamiento por hacer propio el libro de alguien más, un libro que a juzgar por lo maltrecho de su encuadernación y lo grasiento de sus páginas fue alguna vez muy querido y frecuentado y, también, por causas intrigantes que uno quisiera averiguar del que tuvo que desembarazarse para ya no saber jamás de él, quizá sorprendido por la muerte. El libro usado, el libro no sólo de apariencia gastada y hojas amarillentas, sino aquel que ha sido efectivamente leído por otro, no importa si con pesar o deleite, es en realidad dos libros: además de la historia impresa, que se da por descontada, cuenta la historia involuntaria que el lector le fue añadiendo mientras recorría sus páginas; una historia íntima que es posible entrever a través de la serie de

huellas que el propio libro resguarda como texto cifrado. La esquina doblada de determinada hoja, la dedicatoria exaltada o francamente ridícula, los subrayados a lápiz, las gotas de sangre o de sudor o vaya uno a saber de qué, los mosquitos y demás insectos embalsamados entre el papel, las manchas casi siempre circulares de café o de Coca-Cola, los separadores de libros, las páginas arrancadas, los residuos de tabaco, los párrafos tachados con furia -como si hubiera algo muy grave que censurar-, los comentarios marginales... Todo (todo lo que sería insoportable en un libro de biblioteca) adquiere la cualidad de indicio, todo rastro es una muesca crítica, un comentario ya sea elemental o mordaz; aquí y allá se van encontrando pistas de hastío o de dolor o de deslumbramiento, a partir de las cuales se puede reconstruir la experiencia lectora que nos antecedió, y entonces disfrutar y a veces comprender doblemente el libro, de la misma manera que en el palco lateral de un teatro nos vence la tentación de practicar ese ejercicio de estrabismo que consiste en seguir con un ojo la obra, al mismo tiempo que, con el otro, no perdemos detalle de las reacciones del público.

J. C.: Me ha encantado esa idea del lector de libros usados como un fisgón, como un espía, como un voyeur. Pero precisamente es lo que me disgusta de los libros usados: que tengan una segunda vida y que no sea la mía. Un libro, de algún modo, supone la ficción de que puedes acceder a un mundo, a una vida, a una mirada, directamente, abriéndolo (un libro se abre como una puerta). Aunque en realidad haya infinidad de muros y fronteras entre tú (lector) y lo narrado (y el escritor), me interesa la ilusión de que hay un acceso más o menos directo. Que el libro esté manoseado, subrayado, pone barreras en mi lectura. Pero confieso que en los mercadillos, en los mercados de pulgas, me gusta buscar libros que tengan más que un subrayado: libros con caligrafía en los márgenes, con dedicatorias, con postales o fotografías en su interior. Me interesan mucho esos libros que son cofres, que son museos en miniatura. También me interesan los modos de anotación. ¿Cómo anotas tú, Luigi? Yo uso un sistema que proviene de mis años de ajedrecista aficionado: en el margen, como comentario a lo que he subrayado, dibujo un signo de interrogación cuando no estoy de acuerdo con lo que dice el autor o el estilo me parece muy burdo, cualquier opinión negativa, digamos, y un signo de exclamación cuando me ha sorprendido o gustado una idea, o cuando la forma

me ha parecido remarcable o llamativa por alguna razón. Si hay tres o cuatro signos de exclamación es que ese fragmento es asombroso. No estaría mal hacer alguna vez una antología personal de lecturas con esos pasajes de veinte años de lector. Hace un par de años estuve en el archivo de Sebald en Marbach y descubrí, alucinado, que él también ponía interrogantes y exclamaciones en los márgenes de sus lecturas. Este año me ocurrió lo mismo en la biblioteca personal de Cortázar en la Fundación March de Madrid. Debe de ser más común de lo que yo suponía y no provenir únicamente de la anotación y comentario de partidas de ajedrez...

L. A.: ¿Y usas el signo de jaque mate para los párrafos lapidarios? Mi forma de subrayar se ha ido simplificando a lo largo de los años hasta quedar reducida a una serie de figuras geométricas: rectángulos para los párrafos que abren preguntas, triángulos con la punta hacia fuera para lo valioso y con la punta hacia dentro para lo cuestionable, círculos para lo que juzgo crucial y algún asterisco para lo realmente cósmico, para las frases o páginas fuera de este mundo. En las relecturas de esos párrafos también suelo subrayar del modo convencional: con una raya a lápiz debajo de las palabras. Como a ti, me fascina observar esa parafernalia crítica en los libros ajenos, ese auténtico sismógrafo de la lectura como experiencia incluso telúrica; todo aquello que, en honor a Poe, podría resumirse con el término «marginalia» (y que a su manera se ha trasladado también a internet, ya sea en blogs, en comentarios al vuelo o en subrayados colectivos, tal como sucede en Kindle). Desde luego, si es posible, me gusta hurgar en los libros anotados de los autores que me interesan, pero también en los de perfectos desconocidos. Recuerdo que Charles Lamb habla de eso en un ensayo, de los libros que le regresan «enriquecidos» por sus amigos escritores al dejar huellas, marcas de sus lecturas. Pero esa costumbre de anotar en los libros tiene también su lado problemático. En casa hemos tenido que comprar en ocasiones dos ejemplares del mismo título porque yo ya lo había subrayado y mi esposa quería leer el libro, no el libro a través de las enfáticas evoluciones de mi cabeza...

J. C.: ¿Cómo es tu biblioteca personal? Yo tengo una relación muy contradictoria con la mía. Aunque mi vínculo emocional con ella es muy fuerte, lo cierto es que sólo dos veces en toda mi vida he sido capaz de

controlarla: las dos veces que me he mudado siendo adulto supe qué libros tenía y dónde estaban. Ese descontrol, esa imposibilidad de conocerla, me pone nervioso y me frustra. Intuyo que todos los escritores pensamos constantemente en que no deberíamos escribir tanto, en que deberíamos leer más (o viceversa). Yo, además, pienso muy a menudo que debería invertir más tiempo en ordenar y mimar mis libros. Envidio la maquinaria de una buena librería, en que varios libreros están constantemente velando por mantener una clasificación efectiva de su fondo. El mío, tan cercano a mi biografía y a mis afectos, tiene más polvo y menos orden del que yo quisiera. Te pregunto porque el origen de los libros son compras en librerías. Es necesario pensar en los cordones umbilicales que unen algunas decenas de miles de librerías con algunos millones de bibliotecas personales. ¿También valoras en tu biblioteca el desorden que te gusta encontrar en las librerías de viejo? ¿O te ocurre lo contrario?

L. A.: Admito cierto nivel de caos en mi biblioteca, pero más bien procuro preservar el orden. Divido por géneros o disciplinas (filosofía aquí, poesía allá, etcétera) y al interior de esos estantes sigo un orden cronológico o de nacionalidad: las novelas francesas están todas juntas, así como el ensayo inglés comienza con Bacon y Addison y Steele. A la manera de Georges Perec me habría gustado fijar un número determinado de libros (digamos 666) y no hacerme de uno nuevo sino hasta deshacerme escrupulosamente de otro. Pero con los años me he convertido en un bibliómano -en un bibliómano sin apenas dinero, pero incorregible como todos los coleccionistas- y a pesar de que cada tanto, por razones de higiene mental más que de espacio, nos planteamos en casa «dietas» de libros, la verdad es que no pasa más de un mes sin que caiga de nuevo en el vicio, y entonces procedemos a inaugurar los estantes de dos filas o a mandar a hacer más libreros. Por fortuna (o desgracia) los departamentos en la ciudad de México suelen ser amplios y consienten este tipo de descontrol acumulativo. Pero tu idea del cordón umbilical que une la compra de un libro a la biblioteca en la que figurará me parece iluminadora y sugestiva: es en función de ese cosmos libresco que cobra sentido hacerse de un nuevo ejemplar, de aceptar la presencia de un nuevo planeta en el sistema; de lo contrario, como sucede con algunos libros que uno recibe de regalo o compró precipitadamente, corre el riesgo de no ser más que una estrella fugaz

en el cielo de nuestra biblioteca.

J. C.: Me quedé pensando en lo que hablábamos de la sorpresa. Es curioso que los letraheridos, tanto si somos amantes de las librerías de nuevo como de las de viejo (o de ambas: o, mejor aún, de los híbridos, porque si el modelo de librería de autor de los siglos XX y XXI es el que configuraron Beach y Monnier en Shakespeare and Company y La Maison des Amis des Livres, las míticas librerías de la rue de l'Odéon, la idea platónica de ese espacio pasaría por la convivencia, incluso, de la librería con libros en venta y la biblioteca de préstamo), sabemos que podemos consultar los catálogos *online* antes de ir a una librería, para ver si disponen del ejemplar que buscamos, o encargarlo, pero la gran mayoría del público no lo sabe. Eso significa que para ese grueso de la población, para el cual una librería es un espacio extraño, no demasiado amable, sí existe la posibilidad de la sorpresa. Pero para nosotros, esta ha mutado. Por un lado, tenemos la sorpresa clásica, que se deriva del merodeo, del pensar con los pies y la mirada que es propio de la librería, cuando encontramos algo que no sabíamos que existía (y que, por tanto, no podíamos buscar *online*), una vez que ha desaparecido la sorpresa predigital del chollo, de la primera edición a precio de ganga. Por el otro lado, tenemos la nueva sorpresa, la digital, la que se obtiene con ese otro modo de pensar: el de Google, el de los dedos (en el teclado, en el ratón) y la mirada, que también divaga o «surfea», por la superficie de la pantalla. Así también encontramos lo inesperado. Lo ideal es que después vayamos en persona a buscarlo (esa distopía: drones de Amazon entrando por nuestra ventana). No sé, pensaba que si el algoritmo, tan complejo, no sería la nueva forma de la predestinación, del azar objetivo. Si toda la tradición del surrealismo, reformulada por Cortázar, si esa erótica no estará metamorfoseada en Google Books o en IberLibro.com.

L. A.: Quisiera creer que somos más cambiantes e impredecibles de lo que puede calcular una máquina, que nuestros gustos e intereses son refractarios al más sofisticado algoritmo, pero reconozco que una de mis formas de la sorpresa ha llegado a través de recomendaciones de libros hechas por motores cibernéticos... Y pese a mis reservas, pese a mi resistencia a ser presa fácil de la publicidad dirigida e individualizada de internet, he dado clic una y otra vez y sostengo una relación epistolar más animada con Amazon o con librerías

independientes de otros países que con mis hermanos... En este sentido, somos muy afortunados: las ocasiones para la sorpresa (y para abonar a la bibliofilia) se han multiplicado asombrosamente. Por eso, más que un fundamentalista de las librerías de viejo o un detractor de los grandes monopolios del ciberespacio, me considero un (agradecido) lector promiscuo: leo de todo, desde fotocopias hasta primeras ediciones codiciadas, desde archivos en formato PDF borrosos hasta novelas de aeropuerto. En esa promiscuidad o eclecticismo destaco, por todo lo que ya dije, los libros de segunda mano, esos libros en los que se percibe la sombra de una mano «otra», de una compañía tácita que se me adelantó y que dio vuelta a las páginas antes de que yo lo hiciera.

J. C.: Como todo llega siempre *después* (no siempre *tarde*), ha sido hoy, de regreso de Roma, en el avión, cuando he entendido lo que realmente quería decir, decirte, en nuestra conversación sobre librerías de viejo, de nuevo, etcétera. La respuesta la he encontrado en *Contra toda esperanza*, las brutales memorias de Nadiezhda Mandelshtam. 1938. Encierran a Ósip, su marido, y lo primero que hace es empeñar libros suyos, libros queridísimos, en una librería de viejo, para enviarle dinero, provisiones, lo básico. A cambio de su envío recibe un mensaje escueto, también básico: el poeta ha muerto. Ahí está todo. En el gesto de ella y en la respuesta de ellos (la burocracia, los chequistas, Stalin). Las librerías de viejo son eso. Son la muerte. Son los lectores desaparecidos, las herencias dilapidadas, la pobreza, las casas que han sido vaciadas y cuyas bibliotecas han sido vendidas a peso, el saqueo. En las librerías de viejo están, un volumen junto al otro, todas las historias tristes, trágicas, genocidas, dictatoriales, de los últimos dos siglos. La bohemia negra se vincula también con las librerías de viejo. La picaresca más lamentable. Vendes tus libros para poder cenar. Compras libros de segunda, de tercera mano, porque no puedes comprarlos nuevos. Ya sé que no siempre es así, pero creo que ya te dije que no recuerdo ningún hallazgo, ninguna lectura fundamental, que provenga de una librería de libros usados. En Roma, ayer, pensaba que hay dos tipos de librerías anticuarias: la de libros (y mapas, y grabados) que no podrás comprar, puro lujo, esnobismo, coleccionismo, y la de libros que probablemente no quiero comprar, puro saldo, oferta a granel, inversión de grandes cantidades de tiempo para una improbable

compensación. Intuyo, por todo eso, que cuando yo era muy joven, aposté por las librerías de libros nuevos, que están a medio camino entre el lujo del bibliófilo y la pobreza del saldo. ¿Más democráticas, por tanto? Quién sabe si también aposté por lo nuevo, por el futuro, por un cierto optimismo, una cierta esperanza, en lugar de por lo viejo, el pasado, la supervivencia, contra toda esperanza.

L. A.: Las librerías de viejo tienen, en efecto, algo mortuorio. No son un mausoleo propiamente, porque las cosas se agitan en su interior y cambian de manos e incluso deparan alguna felicidad; pero no están lejos, tanto en sus procedimientos como en su atmósfera, de la profanación de tumbas: exhibir y poner a la venta la biblioteca (sino es que la mente) de alguien que ya no está, comporta cierto sacrilegio y, en cualquier caso, toda la operación se diría envuelta en una sombra tétrica. He sabido que en México, pero probablemente en muchos lados más, existe el ave de rapiña de los libros: un hombre lúgubre que viste todos los días de luto, cuyo trabajo, después de revisar los obituarios, es presentarse ante los deudos con la terrible frase: «Sé que son momentos difíciles, en que se deben afrontar muchos gastos...». He fantaseado con entrevistarle; pero cierto pudor, sino es que horror, me han mantenido lejos de ese auténtico buitres que, sin embargo, sabría fácilmente cómo contactar. Pero el que la muerte esté en los libros apilados de esas librerías por lo demás casi siempre sombrías; que la ruina y la desgracia impregnen las páginas y las transacciones que allí se verifican, me parece que pone en perspectiva los sueños de inmortalidad que suelen rodear a las empresas literarias; hay algo en el polvo adherido a sus lomos, en las inscripciones de plumas fuentes reseca, que se ríe de la idea de posteridad; de allí quizá su atractivo como contrapunto a la esperanza, al optimismo que encarnan los libros nuevos con sus hojas todavía deslumbrantemente blancas. El valor de una primera edición, de un ejemplar firmado, radica en última instancia en que acorta la distancia con su autor; aunque suele considerarse una simple manía fetichista, es también el contrapeso mortal de una abstracción engañosa, de un nombre que se ha vuelto una entelequia; esos libros se cotizan por haber sobrevivido pero, sobre todo (creo), porque en ellos se revela la presencia incontestable de la muerte allí donde solemos esperar siempre vida, intensidad, presente.

J. C.: Me encanta esa leyenda urbana, El Buitre de los Libros, por otro lado tan plausible. Lo imagino en el umbral de la casa del recién difunto, junto con El Buitre de los Cuadros, El Buitre de las Vajillas, El Buitre de Los Muebles Antiguos. Sin duda ahí hay una novela: en esa red de hombres condenados a vagar diariamente por las esquelas y los domicilios en luto. Una novela muy mexicana, por vuestra peculiar relación con la muerte. De hecho, el cazador de libros antiguos tiene algo de carroñero, en su condición de coleccionista. La caza y el paseo: podrían ser dos actitudes distintas y opuestas de transitar la ciudad y sus librerías. En tensión o relajado. Concentrado en la presa, el libro raro y valioso, o abierto a la calle, la plaza, el grafiti, las revistas, las novedades y el fondo. Me interesa esa relación entre viaje urbano y viaje al extranjero. Preparo mis viajes durante meses o años, o bien revisitando mi propia biblioteca y rescatando volúmenes que me pueden interesar (ahora mismo, con la intención de ir a Río de Janeiro en marzo, he encontrado la «Carta del descubrimiento de Brasil», de Vaz de Caminha, en la edición de Acantilado, que no sabía que tenía), o bien -sobre todo- buscando en librerías. En Barcelona tenemos Altaïr, especializada en viajes, que clasifica por países no sólo los mapas y las guías, sino también las novelas, los libros de cuentos, los ensayos y los poemarios. Nunca me voy de viaje sin visitarla. En mi escritorio se acumulan, así, las lecturas que me llevaré en la maleta. *Los ejércitos*, de Evelio Rosero, por ejemplo, esperó ahí al menos cuatro meses hasta que me fui a Bogotá. Leía ayer que Mandelshtam preparó su viaje a Armenia en librerías de viejo, donde encontró las crónicas antiguas que le interesaban. Yo lo hago en La Central, en Laie, en Altaïr. La deambulación por los mercados de libros me interesan más cuando viajo que cuando me quedo en casa. En fin, nada cazador, puro paseante.

L. A.: Es verdad, hay algo que se tensa en el ojo del paseante cuando va en busca del hallazgo. Pero también, por lo que respecta a las librerías de viejo, hay un margen amplio para la vagancia a secas, desprendida del afán de cacería, y esa es la que procuro practicar (aunque a veces, ya frente a los estantes, me brotan ojos de lince y colmillos retorcidos...). En cuanto al buitre de los libros, es algo más que una leyenda urbana, y sí muy novelable. Como te podrás imaginar, en este país no se esperan a que llegue la muerte; el buitre

o, en este caso, el halcón o ave de rapiña, suele estar confabulado con los servicios de mudanzas y, en el lapso que dura el viaje a la nueva casa, adentro del camión transportista, sustrae limpiamente los diez o veinte libros más valiosos de la biblioteca en tránsito. Al parecer tiene ubicadas a la perfección las casas donde hay buenas colecciones. Mis amigos librereros me han invitado a un mercadillo madrugador y clandestino, donde cada día se «lavan» esos botines, fruto de la rapiña o la sed de carroña. Definitivamente tendré que ir un día de estos.

J. C.: Mientras más pienso en nuestra conversación absurdamente polarizada, más me polarizo. Ahora mismo se me ocurría si la librería de viejo no sería un vínculo, con su mística de cripta, con el viejo dios del Libro, y la de nuevo una manifestación moderna del nuevo dios del Capitalismo. Porque si miras con distancia irónica nuestra dependencia de los objetos culturales, nuestra veneración de ciertas novelas, películas o discos, está claro que es tan ridícula como el culto dominical en la iglesia a ojos de un ateo. Llego a las cinco de la mañana, un día de marzo, al DF. Quedemos en ese mercado clandestino.

¿DÓNDE ACABA EL PAPEL Y EMPIEZA LA PANTALLA?

VIAJE A SEÚL ENTRE SIGNOS DE INTERROGACIÓN

¿Por qué?

¿Por qué?

¿Por qué?

Ocupar un día brillante con preguntas

Para niños de cinco años

Seguramente ellos saben

Que sin esos porqués

Todo sería nada.

KO UN

(traducción de Indira Díaz)

Me encuentro en Corea del Sur, el país de LG y de Samsung, el país de Qualcomm Mirasol, el dispositivo electrónico de Kyobo que permite leer libros en color. Me encuentro en el país del mundo con más porcentaje de ciudadanos con teléfono móvil inteligente: más del 90% de los surcoreanos están conectados a las redes. Me encuentro en un país dividido desde 1948 entre capitalistas y comunistas, entre la órbita estadounidense y la soviética, yo mismo dividido entre la vigilia y el sueño. Mejor dicho: entre la melatonina y el jet lag, completamente atontado.

En todo eso pienso sin demasiada lucidez desde lo alto del Lotte Castle

Deoksugung, un edificio de apartamentos con su propio centro comercial y su propia librería en la planta baja, durante mi primera madrugada en Seúl, mientras miro por la ventana el amanecer metalizado. En los alrededores de este rascacielos la oscuridad se deshace sobre las gradas del estadio de un colegio femenino, semicirculares y venerables como un teatro romano, frente a la embajada de Rusia en Corea, un bloque macizo lleno de antenas parabólicas, ambos espacios rodeados de pantallas que permanecen encendidas las veinticuatro horas del día y de la noche.

En España todavía es ayer y la población conectada no llega al 80%, pienso antes de volver a dormirme un rato: he viajado al futuro.

¿Cómo es esa frontera hecha de tiempo? ¿Una gradación horaria? ¿Dónde acaba el presente y comienza el futuro?

El día que le llamaron los promotores del centro-comercial-fabricado-con-contenedores-de-barcos más grande del mundo, Lee Kiseob estaba en la nueva sede de su librería Thanksbooks, que había tenido que abandonar un local más grande, con servicio de cafetería, por problemas económicos.

«No me interesaba abrir una sucursal de Thanksbooks, con la misma estética y el mismo concepto, en Commonground, porque cada zona tiene su identidad y cada librería debe encontrar el modo de dialogar con ella», me dice este librero de lentes circulares, pelo abundante y negro, que no deja de sonreír, contenido pero nervioso, «y aquí teníamos que desarrollar un concepto vinculado con la zona universitaria en que nos encontramos y con el metal de los contenedores.»

Por eso la puerta corrediza es antigua, de madera, de *hanok* o casa tradicional coreana. Por eso hay que subir unos escalones y toda la superficie está recubierta de parqué: para marcar una transición. Una vez dentro te rencuentras con el metal en las mesas y las estanterías.

Index se estructura en tres niveles: el superior es el de la cafetería, donde no se ofrece café expreso, sino filtrado, de la marca Index; el central es el de la librería, curada como si se tratara de una galería de arte, con los libros ordenados alfabéticamente según etiquetas como «*D of Design*», «*U of Used*» o «*W of With*», y el inferior está dedicado a los pósteres, clasificados en grandes cajoneras.

«A nuestros socios de *Graphic Magazine* y a mí nos pareció el tipo de texto más cercano estéticamente a los contenedores», comenta mi guía, que también es diseñador gráfico, «nuestros pósteres son libros de una única página, escritos por artistas, músicos, escritores y diseñadores, son nuestra principal seña de identidad.»

¿Dónde termina la identidad de un librero y comienza la de su librería?
¿En qué espacio de negociación con un edificio o un barrio o una ciudad el espíritu de la librería se contrae o se expande?

«En los últimos años ha habido una explosión de editoriales independientes, de revistas en papel y de pequeñas librerías, abrir un pequeño negocio, unipersonal, vinculado con los libros es una buena manera de escapar de la presión neoliberal del mundo profesional coreano», me cuenta la librera Cha Kyoung hee, quien se presenta en su tarjeta como «*Bookshop Editor*».

Aunque abre normalmente a mediodía, nos ha ofrecido el local a las diez de la mañana para que pueda entrevistar aquí a Han Kang. «Es una librería muy literaria, donde estaremos muy tranquilos», me dijo anoche por email la escritora coreana.

Ni siquiera quienes han vivido siempre en Seúl escapan del caos de sus direcciones postales. «¿Jorge?», me ha preguntado unos minutos antes alguien a mis espaldas. Han Kang también estaba perdida en estos callejones que circundan una especie de fortaleza construida en los años cincuenta por inmigrantes de Corea del Norte. Y eso que es cliente habitual y que el próximo martes tiene que volver para una lectura, con motivo de la publicación de sus relatos reunidos. Al final hemos llegado a Goyo, nos hemos sentado y, con un café que nos ha obsequiado Cha Kyoung hee, hemos comenzado a conversar.

Va vestida con tejanos negros y un jersey de lana también negro en la parte inferior, pero con un perfil gris bordado en la superior, que evoca el de una ciudad de rascacielos. Cabello lacio, también oscuro, sin maquillaje: la única nota de color está en las agujas de su reloj, que son rojas. Irradia una calma tensa, a punto de desaparecer. Todo en ella es discreto menos su discurso, que acompaña con gestos suaves y no obstante cargados de una sutil determinación. La semana que viene cumplirá cuarenta y ocho años. Está acostumbrada a las entrevistas.

La autora de *La vegetariana* fue vegetariana durante unos años, «pero me enfermé y mi médico me obligó a comer pescado, sigo sin comer carnes rojas». Aunque le gustan las plantas, no tiene demasiadas porque vive en un piso, sin jardín. Se considera feminista, porque «lo eres si estás en contra del sexismo». Le gusta viajar, pero no los hoteles, «son muy solitarios, prefiero quedarme durante un largo tiempo cuando viajo, en casa de amigos o en apartamentos, en los lugares que me interesan». Seúl es una ciudad monstruosa, «demasiado grande, pero no lo cambiaría por un lugar más tranquilo, quiero vivir aquí, porque Corea es el paisaje de mi literatura».

¿Cómo contar un país que en 1948 se rompió en dos partes radicalmente distintas, cuyo paisaje está brutalmente escindido? ¿Mediante novelas o películas o exposiciones o crónicas también agrietadas, interrumpidas?

Index se inauguró en noviembre de 2017: hace exactamente un año. Durante estos días de finales de 2018 en que desciende lenta pero constante la temperatura visito otras librerías también nuevas. Historybooks, con su gran e icónica rueda de la historia en el escaparate, abrió antes del verano. Y la editorial IANÑ, que publica libros de arte desde 2007, se decidió en marzo a inaugurar un espacio de venta de libros: The Reference.

Hojeo uno de ellos: *A Blow Up*, de Seung Woo Back, un libro de fotografías hecho con los fragmentos de los negativos que la censura de Corea del Norte le entregó en la frontera, después de recortar con unas tijeras todas las imágenes no autorizadas. El fotógrafo surcoreano tardó muchos años en darse cuenta de que en aquel material mutilado había un relato más elocuente del país gemelo que en los perfectos negativos originales.

En Seoul Selection, un pequeño local especializado en libros sobre Corea, situado en un sótano frente al Palacio Gyeongbokgung y muy cerca por tanto del Museo de Arte Moderno y Contemporáneo de Seúl, consulto el catálogo de la última bienal de arte de Gwangju, donde se exhibió por primera vez arte norcoreano reciente. Muchas de las obras eran colectivas, todas eran académicas: la carrera de artista, como la de escritor, es una de las opciones profesionales que puede escoger un joven del país más hermético del mundo. Pero en el cuadro *En la Exposición Internacional*, de Choe Chang Ho, me encuentro con una imagen inesperada: cuatro mujeres, en un taller de pintor

decimonónico, miran la pantalla de un Mac portátil. En el centro del realismo socialista, el máximo emblema del capitalismo digital. En la escenografía del pasado, el diseño del futuro.

Desde los juegos olímpicos de invierno que se han celebrado este año en PyeongChang se ha precipitado el deshielo: las librerías toman la temperatura de los cambios. Por eso en Veranda Books, la más *hipster* de las que visito, un local encantador de techo abuhardillado que vende sobre todo libros ilustrados, en el barrio de los *hanoks* más antiguos y por tanto con más turistas, no me extraña encontrarme con varios libros y postales sobre el tema del turismo. Después de que sus ciudadanos hayan recorrido el mundo, Corea se prepara ahora para ser ella misma un destino turístico. La frontera con el norte es una de las principales atracciones. Y las librerías y las bibliotecas, que no dejan de multiplicarse, están camino de serlo.

¿Qué superficie refleja con más precisión una cultura? ¿Qué superficies pueden o no representarla? ¿No es todo viaje una búsqueda de lentes, de miradores y de espejos?

«Durante esta década las librerías de Seúl han cambiado radicalmente, antes eran todas iguales, ahora cada una tiene sus señas de identidad y merece la pena visitarlas», me dice Lee Kiseob antes de despedirnos, mientras tres chicas se hacen fotos frente al expositor de postales de Index. En una se lee: «*There is always another kind of game*».

Somos varios los turistas culturales que nos hacemos fotografías en la alucinante Stairfield Library. Atravesada por escaleras mecánicas, la biblioteca de 50.000 volúmenes ordenados en hasta veinticinco pisos de anaqueles -que fue inaugurada el 31 de mayo de 2017- ocupa con sus estanterías imperiales y sus mesas de lectura el hall y algunos laterales del centro comercial Coex. Pero la mayoría de quienes han venido hasta aquí lo han hecho para reunirse o para leer, no para subir imágenes a Instagram.

También hacemos fotos los turistas que recorremos la librería Kyobo, la más famosa de Seúl, admirados por la armónica integración de las secciones de libros -de varios cientos de metros cuadrados- con las de tecnología y objetos de regalo, y por sus cafeterías.

Bookpark, en un gran complejo cultural Hannam-dong del barrio de

Itaewon (y propiedad de Interpark, el «Amazon coreano»), podría convertirse en un tercer icono turístico: en el mejor lugar para hacer la foto de sus estanterías kilométricas y verticales, llenas de libros, hay una señal con el perfil de una cámara. Una cámara del siglo XX, porque los iconos son más lentos que las realidades.

La misma señal te la encuentras en la biblioteca metropolitana de Seúl, junto al ayuntamiento, señalando el espectacular anfiteatro lector, de madera, que desciende hacia la sección infantil de la biblioteca. A pocos metros, en la entrada de Kyobo hay unas gradas que, según me dicen, en cuanto llega el buen tiempo se llenan de gente leyendo. En Book by Book y en la Starfield Library también hay grandes escalones de madera en los que sentarse para leer.

En esa vasta red de interconexiones que es el metro de Seúl, en cambio, no ves a nadie leyendo libros: en ese espacio predominan, un mundo congelado en el silencio, los teléfonos móviles.

¿Dónde acaba la ciudad y comienza el teatro?

Han Kang pone sobre la mesa los tres volúmenes de su narrativa breve. «Son veinte años de cuentos, como imaginarás, son muy importantes para mí», me explica en inglés, lentamente pero con precisión y fluidez. Esos textos conectan a la mujer adulta con la joven que quería ser escritora. Proviene de una familia pobre, de una casa donde no había casi muebles, pero sí muchos libros: «Mi padre era en los años setenta un joven novelista, ahora es un autor prolífico, pero entonces no teníamos ni una mesa donde comer, aunque sí una gran biblioteca, donde yo disfrutaba de total libertad para leer lo que quisiera: la lectura era mi territorio».

Cuando estaba en la escuela secundaria le gustaba imaginar que Seúl se pronunciaba como *soul*, como alma: «Recuerdo que fue entonces, a los diecisiete años, cuando me compré por primera vez un libro, el inicio de mi propia biblioteca, en una pequeña librería de Suyu-ri, aquí en Seúl, donde crecí después de nuestra mudanza desde Gwangju». El libro era un poemario de Han Yong-un titulado *Tu silencio*.

Empezó a escribir poesía en la adolescencia, los cuentos llegaron en la universidad. En los años noventa, en Corea tenías que ganar un premio para poder ser considerado como escritor: «Yo gané el que organizaba un diario

importante, y publiqué algunos poemas en una revista, así me convertí en escritora, ahora el sistema ya no es tan estricto, pero entonces funcionaba así, aunque suene raro para alguien de Europa». A los veintiocho publicó su primera novela, que se podría traducir como *Cuernos negros*, y trata de una mujer que desaparece. Su novio y una amiga se embarcan en un viaje de búsqueda. Le pregunto si todavía la satisface: «Es bastante larga, como cuatro veces la extensión de *La vegetariana*, trabajé en ella tres años, fue una experiencia profunda, sí, todavía me gusta».

¿Puede ser una única persona la mejor vía de acceso al alma de una ciudad, de un país entero? ¿Y una librería? ¿Y una biblioteca? ¿Y un dispositivo tecnológico? ¿Y un libro?

Tongmungwan pasa desapercibida en plena Gwanhun-dong, una calle muy transitada de locales de artesanía y souvenirs. Una placa en la fachada (de «Seoul Future Heritage») y un diploma enmarcado en el interior certifican su valor patrimonial. Abrió sus puertas en 1934: es la librería más antigua de Corea. La mayoría de los libros muestran caracteres chinos, lo que significa que los clientes habituales no son tanto lectores comunes coreanos como académicos y coleccionistas de toda Asia, particularmente de China y Japón. También se encuentran a la venta documentos históricos, diarios, panfletos políticos. Tras el mostrador, al fondo del pasillo central de anaqueles metálicos, literalmente sepultado por los libros que se acumulan en la gran estantería de madera oscura, se encuentra el representante de la tercera generación de libreros. Lee Jong-un -encogido, orgulloso- me cuenta que solamente se mudaron en una ocasión, en 1957, unos pocos metros en la misma calle.

A los diecisiete años Lee Gyeom-no, el fundador de la librería, se fue de casa, en la actual Corea del Norte, con la intención de estudiar en Japón, pero un terremoto en la poderosa isla vecina interrumpió sus planes. Se quedó en Seúl y empezó a trabajar en una librería anticuaria, no por amor a los libros -según tanto repitió después-, sino por hambre. El hambre de alimentos se puede saciar: la de lectura, para bien o para mal, es insaciable. Durante décadas no sólo compró y vendió libros, también publicó a eruditos de todo el país y recuperó documentos y libros robados para devolverlos o donarlos a

las principales bibliotecas nacionales. Cuando durante los bombardeos de 1950 tuvo que escoger entre salvar de su casa una colección de ochenta libros antiguos o la vajilla o el colchón o los cuadros, no dudó ni un momento. Murió a los noventa y siete años, cuatro años después de saldar una deuda pendiente. Durante una reunión de los miembros de las dos ramas de la familia, separadas durante casi medio siglo por la nueva frontera, en el año 2000 Lee Gyeom-no se reencontró con Ryu Ryeol, también bibliófilo como él, también un sabio, y le pagó el medio millón de wo que le debía de derechos de autor por el libro que le publicó antes de la guerra. Sin deudas, ya podía descansar en paz.

¿Serán en realidad Corea del Norte y Corea del Sur el mismo país en dos universos paralelos?

Si Johannes Gutenberg hubiera viajado a Corea en el siglo XV siguiendo la Ruta de la Seda -como hizo Marco Polo a principios del siglo anterior- tal vez hubiera descubierto que lo que él entendía como el futuro era en realidad una versión del pasado. En julio de 1377 dos artesanos llamados Seokcan y Daldam imprimieron con tipos móviles metálicos el *Jikji*, la obra en que su maestro, Beagun Hawsang, resumía las enseñanzas del budismo zen. Ochenta años antes de que Gutenberg imprimiera su Biblia.

La cultura coreana tradicional fue una y poderosa, pese a las periódicas invasiones chinas y japonesas, hasta que se escindió en el ecuador del siglo XX en realidades simultáneas, aparentemente contrarias, pero igualmente dictatoriales. Porque mientras en el norte y bajo el control de Kim Il-Sung, la República Popular Democrática de Corea era una dictadura del proletariado que -como todas- tenía un único gran líder; en el sur la República de Corea también era dirigida por personajes turbios, conservadores y neoliberales, como el presidente Syngam Rhee y el general Park Chung-hee.

Pero mientras el norte se hundía en la pobreza, el sur protagonizaba un milagro económico sin precedentes y, en una generación, saltaba del tercer al primer mundo. Esa transición acelerada ha sido traumática. Tal vez el día del año que con más intensidad reaviva el trauma sea el del examen de ingreso a la universidad, el famoso Suneung, que se ha convertido en un salvaje rito de paso para los adolescentes coreanos. Los padres, que recuerdan el hambre de

sus infancias, depositan todas sus esperanzas y demasiada presión sobre los cerebros de sus hijos. Después de meses estudiando hasta trece horas al día, con una narcótica carencia de sueño, los chicos y las chicas se lo juegan todo en ocho horas de pruebas. Un 10 % de los coreanos confiesan haber considerado el suicidio durante su juventud. Y casi diez de cada 100.000 lo llevaron a cabo.

La mayoría de los cincuenta millones de habitantes de Corea del Sur, la mitad de los cuales viven en Seúl y su área metropolitana, son supervivientes de la guerra, de la pobreza, de las dictaduras, de las presiones, en una rara y vital y todavía joven democracia. Falta mucho tiempo para que sepamos si los veinticinco millones que habitan actualmente Corea del Norte también sobrevivieron.

¿Puede el realismo representar nuestra época?

Si tuviera que decidir un canon de la novela del siglo XXI con solamente diez títulos, uno de ellos sería *La vegetariana*. La hipnótica historia de una mujer que, tras tomar la decisión de no comer carne, irá renunciando progresivamente a su humanidad, hasta identificarse con los árboles, no sólo aborda uno de los grandes temas de nuestra época, el de la empatía con el resto de seres vivos y en particular con el reino vegetal, sino que lo hace con una gran sensibilidad por el arte contemporáneo, tomando las decisiones narrativas más adecuadas para dar cuenta del drama inexplicable de la protagonista. La primera parte está contada desde los ojos del marido, que no la quiere; la segunda, desde los del cuñado, que extrañamente la desea artística y sexualmente, y la última, desde los de la hermana, que no sabe qué hacer con ella. Así, la vegetariana permanece en el centro de la novela como su núcleo oscuro, su misterio fascinante, que jamás se resolverá: «le pareció que era un ser sagrado, un ser del que no se podía decir ni que fuera humano ni animal, o quizá un ser que estaba entre la vegetalidad, la humanidad y la animalidad».

La semilla de la novela fue un relato: «En “El fruto de mi mujer”, de 1997, escribí una primera versión de lo que después sería la primera parte de *La vegetariana*». El cuento -que se puede leer en la web de la revista *Granta*- narra la historia de un hombre que llega de un viaje de negocios y se encuentra

a su esposa en pleno proceso de transformación vegetal; la ayuda; la apoya en su despedida de la especie humana: «fue el resultado de una visión, se me apareció de pronto la imagen de una mujer que se transformaba en árbol, aunque tiene momentos de luz, es un cuento profundamente triste».

Parece una versión contemporánea de la historia de Apolo y Dafne: «No pensé en ello hasta que, tras publicar *La vegetariana* en otros países, se empezó a hablar de la influencia de Ovidio y de Kafka en mi obra, yo los leí a ambos en la adolescencia, supongo que están dentro de mí». Es muy curioso -me cuenta- cómo en cada cultura se han proyectado referentes distintos sobre la novela y le han preguntado por temas también diferentes: los periodistas y los lectores de Italia se interesaron sobre todo por Ovidio y por la dificultad de la comunicación; los de Alemania, por Kafka, por el sentido de lo humano y la violencia; en el mundo anglosajón, en cambio, la obsesión era el feminismo; en Argentina y en España, el martirio y el sacrificio. «Entonces tengo que preguntarte por Borges», la interrumpo. «Me encanta Borges», me responde, «es uno de mis autores favoritos, una de mis lecturas fundamentales.»

Entre el cuento y la novela hay un doble giro -le digo-: desaparece el amor del marido y la historia abandona la fantasía y se vuelve realista. «Creo que el género es muy importante para entender esas cuestiones, esas decisiones: la poesía es muy personal, está íntimamente condicionada por el lenguaje; el cuento también lo es, pero no tanto, y es más visual; pero la novela es para mí el género más importante, porque me permite plantearme las preguntas elementales.» Durante la escritura de *La vegetariana* llegó a una cuestión que no estaba en «El fruto de mi mujer»: el sentido de la humanidad, aunque «desde niña me pregunto qué es un ser humano, porque para mí no es algo natural, me ha costado aceptar que pertenezco a la especie humana, que pertenezco al mismo tipo de animal que construyó Auschwitz o que perpetró la masacre de Gwangju». Su intención era insistir en que la decisión que toma la protagonista, la de dejar de ser humana, no es comprendida por nadie; pero que ella no va a renunciar a su determinación: «Y la verdad es que no creo que yo escogiera el realismo ni que *La vegetariana* sea una novela exactamente realista».

¿Es esta crónica realista solamente en sus fragmentos entre signos de interrogación?

En la librería Book by Book te regalan un café americano si escribes en una de las grandes tarjetas disponibles una reseña de un libro que te haya gustado. Ese trueque de genética ancestral contrasta con la oficina bancaria que ocupa el 50% del local.

Alrededor de la barra del café Conma, en los mismos alrededores del ayuntamiento, se expande hasta el techo una gigantesca estantería llena de libros, que se refleja en el escaparate de enfrente, donde un exhibidor muestra una colección de poemarios, un pantone de portadas. Una chica con vestido de colegiala me saluda mientras hojea uno de ellos: por un momento pienso que es una estudiante, pero lleva su nombre en una chapa en el pecho, es una de las dependientas de la tienda de ropa en cuyo interior se ubica la librería café -sus compañeras llevan el mismo uniforme escolar.

En lo alto del Lotte Castle Deoksugung, mi último día en Seúl, me despertaré frente a una ciudad irreconocible. El anfiteatro del colegio femenino, las antenas parabólicas de la embajada rusa y las pantallas de los rascacielos estarán a punto de desaparecer bajo gruesas capas de blanco. Aunque no sea común la nieve en noviembre, de camino al aeropuerto comprobaré que la maquinaria municipal se habrá puesto en marcha desde temprano: los conserjes despejarán las vías de acceso a los complejos de apartamentos y las excavadoras apartarán el hielo de los sucesivos carriles por donde atravesamos la megalópolis y llegaremos a Incheon. No me sorprenderá que, tras realizar los trámites de facturación y seguridad, acabe desayunando en un precioso café librería que comparte espacio con los mostradores de devolución de impuestos. Sky Book Café versus Tax Refund: y en el centro un robot blanco que se desliza sobre ruedas, con dos corazones rosas en vez de ojos y un mensaje en la pantalla: «*I love you*».

Todas las crisis de las librerías se parecen, pero cada ciudad se enfrenta a la suya de su propia manera. Seúl se ha impuesto la hibridación inesperada: librería y pósteres en un centro comercial hecho con contenedores de barcos; librería y sucursal bancaria; librería y tienda de ropa; librería y aeropuerto. Cuatro respuestas a la misma pregunta, en una ciudad que parece encontrarse en la próxima década de la humanidad.

¿Cómo garantizarán su supervivencia las librerías del futuro?

Andrés Felipe Solano -escritor colombiano que lleva diez años explorando rigurosa y apasionadamente Seúl- me regala el último número de la revista del Instituto de Traducción de Literatura de Corea, donde trabaja codo con codo con los traductores del español al coreano. En el editorial queda claro que el prestigioso premio Man Booker de *La vegetariana* Han Kang es un parteaguas en la historia de la literatura del país. Aquí no hay consenso sobre que sea una obra maestra, pero por sus versiones en las lenguas más importantes del mundo sí ha sido reconocida como una ficción importante. La publicación también deja claro que para Corea del Sur el inglés es un idioma tan decisivo como el chino y el japonés.

La misma certeza se repite en los cinco pisos de Still Books, la librería más exquisita y posmoderna de la capital, en cuya planta baja se exponen en estos momentos todos los números, en coreano y en inglés, de la revista *Brand*, y en cuyo último piso puedes degustar los mejores whiskies japoneses. Caminando entre mesas temáticas, donde los libros conviven con objetos de diseño; avanzando o retrocediendo por las escaleras y los suelos de parqué marrón templado, con exposiciones minúsculas de cartografía, ilustración y fotografía en las intersecciones, constatas que el centro de gravedad de la librería es Seúl, que alrededor de ese protagonista se despliega la cultura coreana y su idioma; pero que la anglosajona, la china y la japonesa son las tres periferias que más interesan tanto a los libreros como a sus clientes. Sus lectores.

Me compro el número que *Brand* dedica a Tsutaya, la cadena de librerías que se define como la principal «plataforma japonesa de la cultura pop». Como Amazon o FNAC, nació con el libro en primer plano, pero a diferencia de esas empresas no lo ha acabado relegando: en las secciones de televisores o de computadoras, según leo, te encuentras miles de libros sobre tecnología, y en la de accesorios de cocina, bibliografía gastronómica. Cada año se abren decenas de nuevas franquicias, pero toda la estructura crece sobre una base libresca. Incluso la arquitectura más icónica, como la de la sede de T-Site (obra de Klein Dytham Architecture), se supedita a ese icono, ese símbolo, esa unidad mínima de significado de la cultura de los últimos siglos y quién sabe si también de los futuros: el libro.

El proyecto gemelo de Tsutaya en Corea podría ser la cadena de librerías

Kyobo, que nació en los años ochenta como una apuesta por la industria cultural de la empresa de seguros del mismo nombre. «Las personas crean libros, los libros crean personas», reza, en grandes letras, la pared de una de sus sucursales. Aunque en los interiores de sus diez sedes encontremos miles de libros y miles de objetos para regalar, dispuestos en decenas de secciones temáticas, su espacio más emblemático es la biblioteca. Grandes mesas de madera que a las nueve y media de la mañana ya están llenas de lectores de diarios y de estudiantes de todas las edades inclinados sobre sus libros abiertos. En el centro de T-Site de Tsutaya también se encuentra una, la Anjin Library, con 120 asientos y una impresionante colección de revistas. Al fin y al cabo, la vía que atraviesa los tres edificios de la librería se llama Magazine Street.

En Still Books venden tanto la guía de las librerías de Seúl, en la versión original en coreano y en su traducción al japonés, como tres guías de librerías japonesas con los títulos en inglés: *New Standard of Japanese Bookstores*, *Tokyo Bookstore Guide* y *Tokyo Book Scene*. Miro las fotos con atención de los cuatro volúmenes: es indudable el parecido de las librerías de Tokio con las de Seúl que he visitado durante los últimos días. Anoto los nombres de algunas japonesas que en un futuro próximo incorporaré sin duda a mi colección: Isseido, Beyer, Shibuya Publishers and Booksellers, Los Papelotes, Orion Papyrus, Sunday Issue, Book and Bed, Sanyono Book Store, Kitazawa, Books and Sons. En el prólogo de cada viaje siempre hay uno o varios libros. Y una lista.

Incluso Bunkitsu, la librería de Tokio que abrió sus puertas hace unos meses y se ha convertido en la primera de la historia que cobra entrada desde su inauguración, tiene en Seúl una inesperada alma gemela. Porque esa exhaustiva colección de revistas y libros de arte, arquitectura y diseño, que comparte metros cuadrados con mesas para trabajar en grupos y otras de lectura individual (inspiradas sin duda en las de la Biblioteca Pública de Nueva York o en la Nacional de Buenos Aires, con sus conocidas lámparas verdes), no se parece tanto a Index como a la Design Library de Hyundai Card. En efecto: no tanto a una librería como a una biblioteca.

Seúl y Tokio se miran la una en la otra a través del espejo del mar de Japón. La historia de violencia entre ambos países pesa, los abusos que Japón cometió en el pasado siguen latiendo y sangrando, pero las librerías parecen

-al menos en esas fotos, en esas ilustraciones, en esos mapas- lugares de encuentro, zonas de paz.

¿Dónde acaba la crónica y comienza el ensayo? ¿Dónde acaban la crónica que ensaya o el ensayo que narra y empieza la ficción?

La imagen de la metamorfosis de la protagonista en «El fruto de mi mujer» era tan potente que Han Kang quería seguir trabajando en ella, pero no estaba preparada para ese proyecto y otro se le cruzó en el camino: el de su segunda novela, que se podría traducir como *Tienes las manos heladas*. Solamente después se enfrentó a la escritura de la tercera, *La vegetariana*, la historia que la volvería conocida en todo el mundo. La publicó en 2007 y el premio le fue otorgado por la traducción al inglés, en 2016: «Fue raro tener que hablar otra vez de ella, porque yo ya me había desconectado de aquel libro, pero sin duda acabé volviendo a pensar mucho en él, por los diálogos con los traductores, con los editores o con los periodistas, de los que aprendí mucho».

En estos momentos se expone en el Museo Nacional de Arte Moderno y Contemporáneo de Corea la obra que Yun Hyong-Keun dedicó al recuerdo de la matanza de Gwangju -en que más de mil ciudadanos murieron a manos del ejército del dictador Park Chung-hee-, unos lienzos en que se fracturan con grietas blancas grandes bloques oscuros. Esa masacre es el centro de *Actos humanos*, la cuarta novela de Han Kang y la segunda que Summe Yoon traduce al español: «Desde mi punto de vista las dos novelas están muy conectadas, aunque sean muy diferentes, porque en ambas el tema de la violencia es central; pero sin duda *Actos humanos* es una novela más personal, la más personal que he escrito».

Le comento que, por su estructura compleja, durante su lectura pensé en *Shoah* de Claude Lanzmann y en una película que es de algún modo su heredera, *S-21, la máquina de matar de los jemerres rojos*, de Rithy Panh, junto con los grandes escritores sobre la memoria del genocidio, como Paul Celan: «Me interesa mucho *La tabla periódica*, de Primo Levi, y el resto de sus libros, que demuestran que es posible escribir sobre Auschwitz, también he leído a Celan, un escritor extraordinario, pero la lectura esencial para *Actos humanos* fue un libro coreano, el de los testimonios de los supervivientes de Gwangju, lo leí durante un mes entero, en sesiones de nueve

horas al día, lloré en cada página, pero antes de esa experiencia estaba perdida, no sabía cómo enfrentarme a mi novela, y después de un mes de lectura y llanto, se me reveló la estructura y pude comenzar a escribir».

Los libros escritos en la lengua materna y las traducciones tienen ritmos divergentes. Mientras presentaba esas novelas en varios países, aquí realizaba performances relacionadas con su último título, *El libro blanco*, donde a través de fragmentos que participan de la poesía, de la narrativa y del ensayo, habla sobre su hermana, que murió a las pocas horas de su nacimiento. De las cuatro performances que realizó en 2016 surgió un vídeo de dieciocho minutos en que intervienen otros performers: «aunque son independientes del libro, tienen una relación metafórica muy clara, intento entender los mecanismos del duelo».

¿Serán todas estas nuevas librerías y bibliotecas de Seúl un síntoma, una reacción, una forma de duelo?

En la época en que las bibliotecas tienden a ser grandes espacios transversales y multimedia, me sorprende encontrar en Seúl las Hyundai Card Libraries, cuatro pequeños laboratorios especializados. En la época en que las bibliotecas se han poblado de personas que buscan en el ámbito libresco un contexto para sumergirse en sus pantallas, en esas cuatro bibliotecas los libros se consultan en relación con objetos que les dan sentido: los textos conducen a la acción física, en lugar de llevarte a la tecnología. En la biblioteca del Diseño, del Cocinar, de la Música y del Viaje los libros siguen siendo los protagonistas.

La Biblioteca del Diseño se parece a un pequeño museo de arte contemporáneo, con un jardín central que articula los tres pisos del edificio. Sus tres zonas se rigen por criterios clásicos de la bibliotecomía: en la primera se encuentran los libros de arte contemporáneo, los catálogos de museos, las publicaciones periódicas y los volúmenes de diseño industrial; estos también están en la tercera área, junto con los de arquitectura, diseño de interiores, público y orgánico, y la fotografía; mientras que en la segunda encontramos la bibliografía sobre diseño de libro, marketing, comunicación visual, diseño de usuario y títulos varios. En un rincón minúsculo de la segunda planta, por ejemplo, al lado de un cubículo con vistas a los tejados de

los *hanoks* del barrio, se ha seleccionado una veintena de libros sobre la pequeñez: lavabos, miniaturas, minimalismo, micropisos.

Para que un libro sea seleccionado para el fondo de la Biblioteca del Diseño tiene que ser inspirador, útil, intermediador, influyente, transversal, un clásico (de hecho o en potencia) y bello. También el resto de bibliotecas han hecho públicas las pautas que han seguido sus respectivos curadores para seleccionar el catálogo de títulos. Lo que hace singular el proyecto, por tanto, no es un nuevo concepto acerca de la dimensión libresca de la biblioteca, sino la curaduría y una puesta en escena que genera una atmósfera totalmente distinta de la que encontraríamos en la biblioteca de una facultad de diseño. La arquitectura y las atenciones se han puesto al servicio de la creación de una experiencia distinta, sensorial, artesanal y muy agradable. Junto a las mesas y sillones de lectura, hay máquina de café y nevera con botellas de agua. En todas las superficies donde se pueden apoyar libros se encuentran unas cajas de madera con lápices Faber Castel y hojas en blanco. Todo ha sido pensado y escogido para que el lector se sienta un ser privilegiado, que va a disfrutar de la posibilidad de traducir su lectura en apuntes, dibujos, proyectos.

En cada una de las cuatro bibliotecas se ofrecen marcapáginas distintos, con una apuesta indudable por el papel, como tacto y como diseño. El folleto que explica la Hyundai Card Libraries es de un gusto exquisito, porque el libro de papel está en el centro de todas las experiencias: bibliografía sobre arte, artesanía y diseño en la Biblioteca del Diseño; libros de recetas, sobre materias primas o sobre gastronomía en la del Cocinar; literatura de viaje, mapas, guías o la colección entera de *National Geographic* en la del Viaje; biografías de cantantes, ensayo musicológico, partituras y títulos melómanos en la de la Música.

En sus alrededores se despliegan las interfaces que permiten convertir la lectura en vivencia y en recuerdo. Esos lápices de la Design Library. Esos discos y tocadiscos de la Music Library (a la venta en la tienda vecina, Vinyl & Plastic). Esos mapas interactivos de la Travel Library. Esas bandejas y cacerolas, fogones y hornos de la Cooking Library. El lector se convierte en hacedor, en *maker*. En ese contexto estimulante, su conocimiento no proviene de YouTube o de Wikipedia, sino de un libro que -por lo general- selecciona con pareja o con amigos. Gracias al mapa, el tocadiscos, el café o a la mesa del restaurante, la lectura se vuelve colectiva, experiencia en grupo,

experimentación de los cinco sentidos.

Las cuatro bibliotecas contienen estructuras en su interior que evocan una casa portátil. En la del Diseño es el esquema de una cabaña de madera; en la del Viaje es un techo en forma de colmena irregular que recuerda el de la buhardilla de un *bed and breakfast*; en la de la Música hay módulos que evocan la intimidad de la habitación donde los adolescentes crean su banda sonora (y una sala de conciertos o discoteca), y en la del Cocinar, una suerte de invernadero exterior que hace las veces de comedor y otro, interior, que clasifica y muestra todo tipo de ingredientes.

Se trata de ofrecer espacios seguros, silenciosos, donde se puedan desarrollar habilidades y conocimientos que no son los propios ni de la academia ni de la empresa. Que son prácticos pero se vinculan con la vida doméstica, con el ocio, como la lectura por placer, en el calor de un hogar semipúblico, compartido, y no con la carrera profesional ni con la transformación directa de trabajo en dinero. Aunque el acceso te lo dé una tarjeta de crédito.

¿Dónde termina el papel y empieza la pantalla? ¿Y viceversa?

Antes de despedirnos, le pregunto a Han Kang por sus librerías favoritas: «Me encanta visitar las pequeñas librerías de esta ciudad, como esta misma, Goyo, como Thanksbooks, como Wit-and-cynical, que está especializada en poesía, o como The Book Society».

Y allí me dirijo. Fue inaugurada por Helen Ku y Lim Kyung Yong en el barrio de Sangsu-dong en 2010, tras dos años de experiencia editorial con el proyecto de libros de arte Mediabus, y ahora se encuentran en un primer piso con atmósfera de galería de arte, encima de un garaje de Jongno-gu. «Desde la inauguración», me cuenta él, «nos hemos focalizado en la organización de eventos que creen comunidad, conciertos, intervenciones artísticas, presentaciones, tertulias.»

Fue aquí, me cuenta la escritora española Lourdes Iglesias, donde ella y su marido, Bartomeu Marí -que ha dirigido el Museo de Arte Moderno y Contemporáneo de Corea durante los tres últimos años- entraron en contacto con la escena local. «Queremos encontrar puentes», prosigue Lim Kyung Yong, «entre el mundo de lo impreso, de los artefactos, y el de las redes, digitales y

humanas, por eso estamos traduciendo y divulgando los últimos textos importantes de teoría crítica del inglés al coreano.»

En un pasaje muy cercano está Irasun, que se define con dos palabras clave: «*Photobook and Booktalk*». En efecto, en su cálido interior se exponen libros de fotografía de las mejores editoriales de todo el mundo y media docena de personas leen o conversan en voz baja.

Esas pequeñas librerías no son fáciles de encontrar. Como muchas otras de Seúl, están en callejones, en vías laterales, o no se encuentran a ras de suelo, porque no pueden pagar los alquileres que sí se pueden permitir las omnipresentes tiendas de cosmética o de tecnología.

A Alibaba, una librería de libros de segunda mano muy cerca de la Kyobo de Ganman, con estética de búnker postapocalíptico, se accede directamente desde el ascensor que desciende a los sótanos de un edificio comercial. Y, frente a él, hay grandes mesas donde los lectores consultan libros o toman notas. El auténtico Ganman Style es underground.

¿Dónde acaba una respuesta y comienza la siguiente pregunta? ¿Qué frontera une y separa cada viaje? ¿No es todo texto una superposición de estratos, una sucesión de preguntas y respuestas?

El editor Seunghwan Lee -discurso profesional, cara de adolescente- me cuenta que en el mercado coreano «las ventas están, aproximadamente, en el 80% para el papel y el 20% para el digital, pero hay libros que se publican exclusivamente en papel, porque al lector coreano le gusta su tacto y su olor». Por eso el común denominador de todas las librerías que he visitado durante estos días es el sofisticado diseño de la portada y del interior de los libros.

En esta ciudad contaminada, por la que tanta gente transita con mascarilla, son totalmente necesarios los caminos y los parques que no dejan de construirse. Por la misma razón, en esta ciudad pixelada, con tantos edificios con pantallas gigantes y con diez millones de teléfonos móviles en perpetuo movimiento, tiene todo el sentido que se multipliquen las librerías y los anfiteatros de la lectura. Pero todos esos lectores son una minoría: Corea del Sur no es sólo el país con más internautas del mundo, también es el país con el índice de lectura más bajo del planeta. Mientras que los indios leen una media de diez horas a la semana, y los españoles casi seis, los coreanos no pasan de

tres.

Todas esas novedosas bibliotecas y librerías híbridas que se han abierto en Seúl en los últimos años tal vez sean una moda o una tendencia con fecha de caducidad. O quizá se deban al proyecto de convertir Corea del Sur en un país turístico. Pero se pueden interpretar también como una rectificación.

El milagro económico convirtió en dos décadas un país pobre en un país muy rico; una economía sin tejido empresarial, en una economía puntera en tecnología, en cosmética, en automoción; unos colegios y universidades anticuados en un sistema educativo tan exitoso como peligrosamente competitivo. El futuro llegó tan rápido que ignoró la ausencia de pasado. En todo el mundo las colecciones de libros, públicas y privadas, edificaron la estructura física y mental, crítica y democrática, que después se fue pixelando poco a poco. Aquí está ocurriendo a la inversa. En verdad no he viajado al futuro, sino al pasado que debió precederle y que Corea del Sur está construyendo ahora. O inventándolo.

Norte Sur Este Oeste: sin hacer distinción
El blanco cubre el mundo por igual
no se puede contener la nevasca.

KIM KWANG - KYU
(traducción de Irina Díez)

LAS LIBRERÍAS SE REINVENTAN EN TOKIO

«En este local antes estaba una librería famosa, la Aoayama Book Center, que tuvo que cerrar sus puertas, como tantas otras de Tokio, porque el negocio no es rentable si solamente vendes libros», afirma Akira Ito, dueño de Bunkitsu, quien -como el resto de sus empleados- viste una bata de conserje sofisticado.

«Para nosotros ir a una librería se parece mucho a ir a un museo, donde sobre todo miras y no necesariamente compras, por eso fijamos un precio de entrada de 1.500 yenes, parecido al que cobra la mayoría de los museos japoneses», prosigue con la fluidez de alguien que ha tenido que repetir el argumento innumerables veces desde que inauguró el proyecto el pasado mes de diciembre.

Porque Bunkitsu se ha convertido en la primera librería del mundo que cobra entrada desde el día de su apertura y -por extensión- es noticia global. Es la segunda que ha llegado a esa solución: Lello, de Oporto, comenzó a hacerlo en 2015 -146 años después de su fundación- cuando se volvió insoportablemente turística a causa de un malentendido: millones de personas creen que tiene alguna relación real con el universo Harry Potter.

Pero tal vez ni Lello ni Bunkitsu sean exactamente librerías. La portuguesa quizá sea sobre todo un museo de sí misma, donde la sección de libros de J. K. Rowling en varios idiomas y de *merchandising* de la propia marca -lo único que realmente se vende, su precio se descuenta de la entrada- funciona exactamente igual a como lo hace la tienda de un museo.

Y la japonesa incluye en los cerca de doce euros de entrada obligatoria todos los té y cafés que el cliente desee tomarse durante las horas que permanezca en el local, que abre de nueve de la mañana a once de la noche. Si

se tiene en cuenta que con 1.500 yenes pagas un café con leche en un local caro y dos en cualquier cafetería de este barrio de Roppongi, se podría decir que Bunkitsu es una tarifa plana de bebidas excitantes con apariencia de librería.

O dos bellos y acogedores espacios de *coworking* comunicados por mesas y anaqueles llenos de libros muy bien escogidos: una larga mesa iluminada con las clásicas lámparas verdes que encontramos en la Public Library de Nueva York o en la Biblioteca Nacional de Argentina, y una zona de mesas, sillas y sofás junto a la cafetería.

Sea lo que fuere, el negocio es viable. «Tenemos unos cien usuarios al día y podemos pagar a diez *conserjes librescos*», concluye Ito -según me traduce del japonés el hispanista Kenji Katsumoto-. La asesoría o el consejo de esos diez libreros con uniforme también está incluido en el precio, así como la lectura de los libros en venta: la mayoría de lectores o clientes toman nota en sus portátiles de lo que leen en volúmenes caros de arte, diseño o arquitectura.

Bunkitsu ha generado un fuerte debate en Japón, porque los escritores, periodistas, profesores y amantes de los libros en general han picado el anzuelo y han discutido una afirmación tramposa, pero que en términos de marketing funciona a la perfección: *la primera librería del mundo que cobra entrada*. Cuando, de hecho, no sólo es normal pagar cuota en un espacio de *coworking* o que en una cafetería haya consumición obligatoria, también lo es en Tokio que las librerías de autor más activistas -como Readin' Writin', Chekccori, Book & Beer o Cien Años- cobre una entrada de al menos 1.000 yenes en sus lecturas y presentaciones de libros.

Hace tres años la Tokio más libresca fue también muy mediática en todo el mundo gracias a la iniciativa de otro librero preocupado con la baja rentabilidad del negocio, Yoshiyuki Morioka. Creó en una calle periférica del célebre barrio de Ginza el proyecto «A single room with a single book» («Un único local con un único libro») en la librería Morioka Shoten, que cada semana pone a la venta una novela, un poemario, un libro de fotografía, un manga, un catálogo de arte o artesanía o moda o incluso una autoedición, acompañado o no de manuscritos, obra gráfica o artículos en venta que guarden relación con el volumen enfocado.

Más difícil de comunicar con un eslogan, en cambio, es el concepto que articula Bookshop Traveller, un café librería que fue inaugurado en agosto del

año pasado y que -pese a su indudable originalidad- no ha captado el interés de la prensa. Su curador es Masayuki Waki, el máximo experto en librerías japonesas, quien se define en su página web como «*bookshop lover*».

A él se le ocurrió, con la intención de eliminar el problema de la gestión de novedades y de fondo, convertir el local en una colmena. Así, las estanterías se dividen en treinta espacios, desde los más pequeños (que se alquilan por 3.000 yenes) hasta los más grandes (que cuestan 5.000). Su contenido depende exclusivamente de los treinta librereros independientes -aficionados o profesionales- y librerías -con local o de venta ambulante o por internet-, que deciden no sólo los libros sino también la decoración de su anaquel o la inclusión de objetos.

El cien por cien del beneficio de la venta recae en quienes alquilan el espacio. No es casual que sean tantos como los días de un mes, porque cada día atiende en Bookshop Traveller uno de ellos. Algunos aspiran a abrir algún día su propia librería y aquí aprenden, ensayan; otros tuvieron que cerrar la suya o regentan un local en otra ciudad y vienen periódicamente a la capital; cada proyecto es un mundo -una o varias biografías-, en un espectro que va desde la autopromoción hasta el sueño romántico. Es muy posible que sea la primera metalibrería de la historia.

Es imposible saberlo, porque existen -y existieron- millones de librerías en todo el mundo. Lo que sí es seguro es que en China hay cerca de 250.000 librerías, de las cuales solamente una, la Mil Gotas de Pekín, vende exclusivamente libros en español. Y que en Barcelona hay 315, pero sólo la recién inaugurada Lata Peinada es especialista en literatura latinoamericana. Y que en Ciudad de México hay 489 visibles, pero solamente dos son secretas: El Burro Culto y La Mula Sabia. Se trata de singularizarse. De buscar opciones nuevas, porque las fórmulas tradicionales son las responsables de que cierren librerías a diario.

Bunkitsu logra ser económicamente sostenible cuestionando una verdad consensuada (pura inercia o herencia): ¿curiosear en una librería tiene que ser gratis? ¿Acaso HBO o Netflix te dejan mirar sus series o sus películas sin pagar la cuota por adelantado? Morioka Shoten hace lo mismo con la idea de variedad y Bookshop Traveler, con la de unidad. Al cobrar entrada, hacer zoom o creer en la inteligencia colectiva, esos tres proyectos innovadores de Tokio se adaptan a los nuevos tiempos.

Esa adaptación no sólo la están llevando a cabo las nuevas librerías independientes de Japón: Tsutaya se expande reinventando las grandes superficies. La empresa nació en 1983 y se dedicó durante más de dos décadas sobre todo al comercio y al préstamo *online* -en paralelo a Amazon o a Netflix-; pero en esta década ha abierto enormes librerías físicas en varias ciudades del país, en alianza ni más ni menos que con Starbucks. Sus librereros también son denominados «conserjes», porque el modelo es aspiracional, que el lector se sienta en un hotel cinco estrellas.

Las dos más impresionantes tal vez sean la de los dos barrios más exclusivos de Tokio: Daikanyama y Ginza. En esta, la del barrio tradicional del lujo, además de miles de libros de bellas artes, fotografía, ilustración o manga, también se venden caras ediciones de Taschen, volúmenes de anticuario y obras de arte (como una de las 2.300 copias de Balloon Dog Magenta, de Jeff Koons, por 1.700.000 yenes, unos 13.800 euros).

En la nueva zona de los millonarios, el edificio diseñado por Klein Dytham Architecture alberga un sinfín de revistas y secciones donde los libros dialogan con objetos muy escogidos. La sección de papelería es exquisita: desde cuadernos Midori o Apica hasta estuches de lápices Faber-Castell o plumas Montblanc, pasando por las fundas con las que los tokies camuflan en el metro las portadas de sus libros de bolsillo.

Como cocinar se parece a leer, en su sección, los libros gastronómicos comparten estantes con utensilios, vajillas de porcelana y botellas de vino. La librería se sincroniza con las estaciones: ahora es tiempo de ciruelas y se ofrecen botes de conserva y manuales para confeccionar mermeladas. Los volúmenes sobre el mundo del motor conviven con un coche de carreras. Y los de historia y ciencias naturales, con una cabeza fósil de mamut.

Sumiyo Motonaga, relaciones públicas de la oficina del CEO, me comenta -por mediación del traductor Akifumi Uchida- que «se trata de crear espacios agradables, físicos, reales, donde una persona pueda pasar mucho tiempo sin que su interés ni su placer decaigan, en una escala exclusivamente humana». Para recordarnos que la de internet -abstracta, gigantesca- no es la natural, la arquitectura del edificio juega con la alternancia de ámbitos grandes con otros más reducidos, en que la consulta o la lectura devienen íntimas.

También en Ler Devagar de Lisboa, en Bookpark de Seúl o en la renovada La Central de Callao, en Madrid, encontramos una gran diversidad de tipos de

espacios. La máxima expresión de esa nueva tendencia tal vez sea la Page One del centro histórico de Pekín, donde cada gran sección ha sido diseñada con una identidad distinta, hasta lograr que -durante las veinticuatro horas en que permanece abierta- puedas visitar al menos seis librerías sin salir de una.

Si las plataformas audiovisuales te cargan automáticamente el siguiente capítulo y las redes sociales usan algoritmos que penalizan los *links*, con el mismo objetivo de evitar que salgas de ellas, las librerías traducen esa lógica a la arquitectura y la llenan de tentaciones, de estímulos, de reactualizaciones. Facebook, Instagram, Twitter, Youtube, Netflix, Line, WeChat o Kakao son algunas de las grandes antagonistas de las librerías. A sus estrategias para captar y fidelizar tu atención, las librerías que he mencionado en este texto le oponen las suyas, en un combate desigual y sin embargo apasionante, que define el núcleo de fusión de nuestra época.

CONTRA LA BIBLIOFILIA

Mucho antes de ser un libro, la Biblia fue una colección de relatos protagonizados por hombres y mujeres de este mundo. Mientras que las grandes mitologías anteriores narran sobre todo la esfera de lo divino y su intersección con la humana, las páginas de la hebrea muestran siempre una pátina de polvo y una solidez de roca, y son pisadas por seres humanos de carne y hueso, con Yahvé como motor inmóvil y personaje secundario, que va y viene -dios invisible o deus ex machina- según le convenga a la estructura dramática de cada uno de esos libros que configuran artificialmente El Libro.

O a cada autor, porque mucho antes de ser capítulos de una única obra monumental, el *Génesis*, el *Cantar de los Cantares* o *El Evangelio según San Pablo* fueron poemas o cuentos o novelas o tratados o leyendas o biografías, cada uno de su padre y de su madre. La unidad de la Biblia es una ilusión colectiva, alimentada durante siglos tanto por los lectores judíos como por los cristianos. Al quedar atrapada en un único volumen se perdió su forma original, mucho más justa con su contenido: una estantería llena de rollos, sin orden ni concierto, una telaraña sin centro, un archivo.

El primer gran editor de la historia, por tanto, no fue el genial humanista Aldo Manuzio, que creó en su imprenta de Venecia un centro de estudio, composición y difusión a finales del siglo XV y principios del XVI, sino el editor o los editores anónimos que los eruditos llama «P.». Así lo explica Karen Armstrong en *La historia de la Biblia*: «Revisó las narraciones de J. y E. y añadió los libros de *Números* y *Levítico*, recurriendo a viejos documentos -genealogías, leyes y antiguos textos rituales-, algunos ya escritos y otros transmitidos hasta entonces oralmente». La revolución de P., que seguramente fuera una escuela y no un único individuo, fue espectacular. Tras releer y discutir todos los materiales más o menos sagrados se decidió que el verbo

«*shakan*» significaba «llevar la vida de los nómadas que habitaban en tiendas» y que, por tanto, Dios en realidad no deseaba un templo, sino el desierto donde habitaban sus creyentes: «En la historia corregida de P., el exilio era la última de una serie de migraciones: Adán y Eva fueron expulsados del Edén; Caín fue condenado a llevar una vida de vagabundo sin hogar tras asesinar a Abel; la humanidad fue dispersada en la torre de Babel; Abraham dejó Ur y las tribus emigraron a Egipto para acabar viviendo como nómadas en el desierto». P. amplió hasta el infinito los límites del templo: el mundo entero fue, desde entonces, una iglesia. O, mejor dicho, un libro.

Pero P. es un peldaño de una larga escalera, que empieza con las primeras decisiones editoriales de J. y E., y prosigue con los añadidos y las reinterpretaciones de Esdras, y con los traductores judíos que vertieron al griego sus textos sagrados durante el siglo III a.C., en la isla de Faros, frente a Alejandría, y con los inventivos narradores judeocristianos de las sectas que creían en la potencia de Jesús y decidieron «escribir una colección de textos sagrados completamente nueva», y con la lectura alegórica de Orígenes, y con la traducción de san Jerónimo (la *Vulgata*), y con el cambio radical de los criterios de selección y de edición que llevaron a cabo Martín Lutero y los revolucionarios protestantes.

Desde la Biblia de Gutenberg hasta hoy, el libro más famoso y más vendido y más influyente -para bien y para mal- de la historia de la humanidad ha estado siempre relacionado con las nuevas tecnologías de la transmisión del conocimiento. Manuzio inventó el libro de bolsillo en Italia, la familia Elzevir lo popularizó durante el siglo XVII en el norte de Europa y la modernidad ya no pudo entenderse sin ese formato que daba acceso a todo el mundo a un conocimiento que, durante siglos, fue monopolio de los eclesiásticos y de los ricos. La gran metáfora de esa democratización es, precisamente, el «papel biblia». Un papel fino, pero muy resistente, que absorbe bien la tinta y que se popularizó por ser la plataforma perfecta donde imprimir biblias y diccionarios.

Tengo exageradamente subrayado mi ejemplar del libro de Armstrong, porque la historia de la Biblia me parece fascinante. Su viaje desde aquellos rollos manuscritos hasta el ejemplar que hay en todas las bibliotecas (y, en Estados Unidos, en los cajones de las mesitas de noche de todos los hoteles). Su extraña evolución: en el principio era una sucesión de textos con voluntad

descriptiva e histórica -digamos: de no ficción-; después se transformó en una antología sagrada -digamos: ficción disfrazada de no ficción-, y finalmente se aceptó que era una ficción simbólica -digamos: no ficción disfrazada de ficción. Pero, más allá de esas lecturas de consenso entre los teólogos, uno puede leerla como poesía o como épica o como novela o como autoayuda, porque todos los clásicos se adaptan a las pupilas de los lectores de cada momento futuro.

No concibo la posibilidad de que haya en mi biblioteca libros que no pueda subrayar. Doblar la esquina de la página. Prestar. Apilar. Llevar a clase. Leer en el metro o en el café. Incluso: perder. Para mí eso es la bibliofilia: el amor crítico y compartido por los libros, por su historia y por sus historias, por su lenguaje, por su capacidad de penetración intelectual, psicológica, moral, espiritual. Por eso no entiendo la otra bibliofilia, la del coleccionismo de ejemplares únicos, delicados y caros. Libros que debes consultar con guantes de tela; que no le puedes dejar a un amigo, y que tienes que esconder como los tesoros que son (mientras uno dice para sus adentros, la cara deformada por la avaricia: «Mi tesoro...»).

Durante la Revolución francesa una de las formas de detectar a un aristócrata era examinando su biblioteca. La encuadernación en piel, a menudo firmada por un gran artesano, era cara; también lo era el ébano de las estanterías. Condorcet podría haber salvado el pellejo si se hubiera deshecho de su preciado ejemplar de Horacio, con el sello de las prensas reales, que lo delataba con un falso republicano. Lo primero que hacían los revolucionarios con las bibliotecas que requisaban era desprender a los libros de sus encuadernaciones, aparatosas y pesadas y monumentales, lo contrario de la ligereza y de la comodidad que invitan a la lectura.

Desde entonces hemos sido millones los lectores que hemos podido permitirnos la posesión de una biblioteca personal. Una biblioteca que -como las librerías en que se refleja, espejos complementarios- es estilística y formalmente diversa, con cubiertas y contracubiertas y solapas y tamaños distintos, con variedad cromática, como si la idea de la biblioteca moderna todavía estuviera huyendo de la imagen de aquellas bibliotecas nobles en que todos los ejemplares estaban encuadernados según el gusto único del propietario, y no según el plural de sus autores y editores. Una biblioteca democrática, donde impera el gusto por la lectura, la voluntad de evasión o el

amor al conocimiento por encima de todas las máscaras del continente que, aunque bien es cierto que dan testimonio de una artesanía y de un arte y de una tradición cultural, también distraen de lo que realmente importa: el contenido.

Como la numismática o la filatelia, la bibliofilia es una afición más propia del museo que de la vida. Es un anacronismo que transporta a una época en que la lectura era patrimonio exclusivo de una élite. La democracia, no obstante, es ese orden de lo real en que pueden convivir las repúblicas con las monarquías, los videojuegos con la hípica, el ingeniero espacial con el leñador, el *youtuber* con el zapatero remendón. Y lo cierto es que si eres amante de los libros, aunque no te gastes una fortuna en ejemplares únicos ni en volúmenes exóticos, no dejas de comprar otros libros, libros de bolsillo, novedades, libros de segunda mano, porque la pulsión es tiranía. Si eres amante de los libros las paredes de tu casa se van a ir revistiendo de anaqueles, hasta cubrirlas por completo. Si eres amante de los libros con el tiempo irás olvidando que tu casa tenía paredes. Si eres amante de los libros, en fin, estás condenado a ser anacrónico, porque el precio del metro cuadrado no permite las bibliotecas infinitas. Pero ¿podemos acaso los seres humanos no vivir en constante estado de contradicción?